



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Dichdji, Ayelén

El movimiento ambientalista en Argentina : construcciones discursivas, actores sociales e ideología (1960-1990)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Dichdji, A. (2020). *El movimiento ambientalista en Argentina: construcciones discursivas, actores sociales e ideología (1960-1990)*. Bernal, Argentina : Universidad Nacional de Quilmes. Departamento de Ciencias Sociales, Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2261>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

El movimiento ambientalista en Argentina

**Construcciones discursivas, actores sociales
e ideología (1960-1990)**

Ayelen Dichdji

El movimiento ambientalista en Argentina

**Construcciones discursivas, actores sociales
e ideología (1960-1990)**

Ayelen Dichdji



Universidad
Nacional
de Quilmes



publicaciones
ciencias sociales

(serie tesis posgrado)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Alejandro Villar

Vicerrector

Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora

Nancy Calvo

Vicedirector

Néstor Daniel González

Coordinadora de Gestión Académica

Cecilia Elizondo

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Presidenta

Alejandra F. Rodríguez

Integrantes del Comité Editorial

Matías Bruera

Cora Gornitzky

Mónica Rubalcaba

Editora

Gladys Nora Rosemberg

Diseño gráfico

Julia Gouffier

Asistencia Técnica

Eleonora Anabel Benczearki

Hugo Pereira Noble

El movimiento ambientalista en Argentina

Construcciones discursivas, actores sociales
e ideología (1960-1990)

Ayelen Dichdji

Dichdji, Ayelén

El Movimiento ambientalista en Argentina : construcciones discursivas, actores sociales e ideología : 1960-1990 / Ayelén Dichdji. - 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-558-664-2

1. Argentina. 2. Ambientalismo. 3. Discursos. I. Título.
CDD 363.70561

Departamento de Ciencias Sociales

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Serie Tesis Posgrado

<http://unidaddepublicaciones.web.unq.edu.ar/>
sociales_publicaciones@unq.edu.ar

Los capítulos publicados aquí han sido sometidos a evaluadores internos y externos de acuerdo con las normas de uso en el ámbito académico internacional.

 Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

 **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).

 **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.

 **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

AGRADECIMIENTOS.....	9
-----------------------------	----------

INTRODUCCIÓN. Pensar la naturaleza dentro de la cultura, y la cultura dentro de la naturaleza.....	11
---	-----------

1. Ecología política de la naturaleza.....	16
2. La construcción del medio ambiente.....	18
3. Propuesta de investigación.....	19
4. Objetivos específicos.....	22

CAPÍTULO 1. Diálogos entre cultura y naturaleza desde la mirada de la historia ambiental latinoamericana y argentina....	27
---	-----------

1.1. Una mirada histórica sobre el ambiente.....	27
1.2. Conceptualización de la historia ambiental.....	30
1.3. El lugar de la historia ambiental en el pensamiento latinoamericano.....	36
1.4. Los avances en historia ambiental en la Argentina.....	43
1.5. ¿Desde dónde nos posicionamos, en qué dirección trabajamos?.....	49
1.6. La responsabilidad de los medios en la cobertura sobre temáticas ambientales.....	50

CAPÍTULO 2. Enfoques teóricos, estrategias metodológicas. Herramientas para abordar el discurso ambiental en la Argentina.....	55
2.1. Discusiones en torno al concepto de “cultura” en la relación comunicación-sociedad.....	55
2.2. Inconformismo, tensiones y nuevas identidades. Nociones sobre la conceptualización del término “contracultura”.....	60
2.3. Medios de comunicación: generalidades del discurso ambiental en los medios de comunicación.....	68
2.4. Prensa gráfica: particularidades de las revistas.....	73
2.5. Medios y representaciones.....	76
2.6. Discurso como práctica social.....	77
2.7. Antecedentes de los Estudios Críticos del Discurso.....	82
2.8. Un posible abordaje metodológico desde la perspectiva de los Estudios Críticos del Discurso (ECD).....	85

CAPÍTULO 3. Laboratorio de ideas verdes. Las revistas contraculturales como plataformas del discurso ambientalista en la Argentina.....	93
3.1. El lugar de las ciencias sociales en las investigaciones sobre cuestiones ambientales.....	93
3.2. Una posible caracterización de la crisis ambiental.....	95
3.3. “Nuestra rebelión, nuestra juventud, nuestra sinceridad.” El contexto del surgimiento de la publicación <i>Eco Contemporáneo</i> ...105	105
3.4. “Una contracultura y una nueva espiritualidad.” Primeros signos del discurso ambiental en <i>Eco Contemporáneo</i>	110

CAPÍTULO 4. “Los espacios no anquilosados de la mente.”

El proyecto persuasivo de la revista <i>Expreso Imaginario</i> (1976-1983).....	125
4.1. El control y la censura como detonadores de caminos alternativos.....	125
4.2. Inicios de la revista <i>Expreso Imaginario</i>	135
4.3. El pensamiento verde en el discurso de <i>Expreso Imaginario</i> ...	136
4.4. La carta de lectores como otra vía de interacción.....	153
4.5 Una aproximación a la construcción argumentativa de <i>Expreso Imaginario</i> en torno a los problemas ambientales.....	156
4.6. Desarrollo analítico e identificación de la estructura argumentativa.....	158

CAPÍTULO 5. “Zona de lucidez implacable.” El encuadre del discurso ambientalista en la contracultura desde la publicación de *Mutantia* (1980-1987).....

5.1. Nuevos enfoques para los mismos problemas.....	171
5.2. Un nuevo espacio para las inquietudes en materia ambiental.....	174
5.3 La consolidación de un pensamiento alternativo.....	175
5.4. Estudio de los argumentos propuestos en la revista <i>Mutantia</i>	197
5.5. Desarrollo analítico con base en el estudio del contenido de la revista <i>Mutantia</i>	199

REFLEXIONES FINALES. La construcción del pensamiento ambiental en la Argentina.....	213
--	------------

BIBLIOGRAFÍA.....	225
Notas periodísticas.....	243
Fuentes.....	244
ANEXO.....	245

| AGRADECIMIENTOS |

La presente investigación no hubiera sido posible sin el apoyo y la colaboración de las personas que acompañaron este trabajo.

En primer lugar, quisiera agradecerle a mi director, Dr. Adrián Gustavo Zarrilli, por su confianza, permanente predisposición, generosa orientación y múltiples consejos durante estos años, que hicieron posibles el desarrollo y la finalización de este trabajo. Asimismo, expreso mi agradecimiento a mi co-directora, Dra. Sara Isabel Pérez, por el respeto a mis sugerencias y propuestas.

También a la Lic. Ana Aymá, por su interés, contribución y material bibliográfico facilitado para la realización del estudio. A los bibliotecarios y bibliotecarias de los diferentes repositorios consultados, por su profesionalismo y cooperación.

A mis amigas, en particular a la licenciada María Celeste Mottes, por sus horas de escucha atenta y colaboración. También a la licenciada Agustina Jakovchuk y a la profesora Belén Pascal Motsch, por el aliento y el compañerismo.

Quiero agradecer enfáticamente a mi familia: mi padre, mi madre y mi marido. Por su infinita paciencia, apoyo incondicional, su comprensión y por haber estado siempre conmigo a lo largo de toda la carrera.

Además, destaco los años transcurridos en el Centro de Estudios de la Argentina Rural, un lugar de trabajo que ha contribuido sustan-

cialmente al desarrollo de mi tesis, brindando un espacio propicio de debate e investigación. Me interesa resaltar las charlas e intercambios con mis colegas, especialmente con el Dr. Juan Manuel Cerdá y la Dra. Celeste De Marco.

A su vez, quiero mencionar a quienes integraron el jurado que evaluó detalladamente este trabajo: Dra. Marina Miraglia, Dr. Leonardo Murolo y Dr. Facundo Rojas, por los comentarios y las sugerencias realizadas, que contribuyeron al enriquecimiento del presente trabajo.

Finalmente, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, por el financiamiento otorgado que facilitó la elaboración de este proyecto.

| INTRODUCCIÓN |

Pensar la naturaleza dentro de la cultura, y la cultura dentro de la naturaleza

La percepción de la naturaleza idealizada e idílica supone una concepción de armonía que es interrumpida por el accionar del hombre sobre el medio (Palacio, 2002). Esta idea de naturaleza estática se mantuvo intacta hasta la segunda mitad del siglo XX cuando, a raíz del avance de la crisis ambiental, esta perspectiva comienza a transformarse, dando lugar a la emergencia de la historia ambiental.

Hablar de historia ambiental supone hacer referencia a las relaciones conflictivas presentes en el vínculo ser humano-naturaleza. Palacio (2002) señala que no se pueden escindir ambos aspectos -naturaleza y conflicto- de la discusión; más aún, para este autor “el reconocimiento de que la naturaleza está en disputa y hace parte sustancial de la guerra y la paz, de la industria y el comercio, y de la acción y la contemplación” debe ser la brújula que guíe los estudios sobre/de historia ambiental (p. 194).

Pese a que este campo tiene un recorrido que supera las tres décadas, continúa en la actualidad siendo un terreno muchas veces desconocido entre los colegas de diversas disciplinas, incluidos los historiadores. La historia ambiental es heredera de la preocupación por el deterioro ambiental y los conflictos sociales que giran en torno a la utilización de los recursos naturales, tanto en las décadas del setenta como del ochenta. Leal (2005) afirma que muchos de los trabajos ini-

ciales en la materia se dedicaban a denunciar las consecuencias del dominio ejercido en la naturaleza, como la desertificación, deforestación, polución, entre otros. Además, la autora sostiene que:

era frecuente hablar de una naturaleza prístina y en equilibrio que resultaba ultrajada por el mundo moderno. Varios críticos han señalado que esa idea no solo es errónea, puesto que la naturaleza es cambiante y ha sido profundamente alterada por las sociedades a través de los siglos, sino que ha sido utilizada como medida objetiva -o “natural”- para condenar las actuaciones humanas. Es decir, hemos creado una concepción de la naturaleza para revestir de objetividad nuestras críticas a la forma como se ha transformado el medio natural. Las críticas son válidas, pero son nuestros valores y no “la voz de la naturaleza” los que emiten tales juicios (p. 5).

Por otra parte, la historia ambiental mantiene su interés por el deterioro del mundo natural no humano y reconstruye las diversas maneras en que las culturas han modificado su entorno. A su vez, considera a la naturaleza como un agente activo en constante transformación y analiza el uso de los recursos naturales, como también los conflictos que de ello se desprenden. También atiende el devenir de las políticas públicas en la relación sociedad-naturaleza, el rol del estado en la regulación de estos vínculos y los impactos ambientales en la modernización agrícola. Así como la transformación del paisaje, el uso de la tierra, los desequilibrios ambientales generados por la utilización de agrotóxicos en los cultivos. Sin dejar de lado la agroecología, la deforestación, la contaminación de los ríos y la megaminería a cielo abierto. Considerando, asimismo, la contaminación urbana y sus consecuencias en la salud humana; junto a las ideas y representaciones sobre la naturaleza, entre otros temas que han acaparado la atención de

los estudios sobre esta materia. Además, la historia ambiental permite la confluencia de disciplinas, saberes, fuentes, metodologías, regiones, archivos y documentos científicos que presentan una perspectiva más completa que establece puntos de contacto dentro de las ciencias.

Con estos preceptos, la propuesta de Zarrilli (2011) establece que la interacción entre sociedad y naturaleza se puede articular sobre la base de cuatro problemas: la naturaleza entendida como un objeto externo a la historia -ya que el conocimiento sobre ella no puede ser comprendido sino como parte del proceso histórico de producción científica-; en segundo lugar, la relación entre naturaleza y sociedad estructurada en tanto producto de las transformaciones concretas de los ecosistemas y las condiciones ecológicas de la producción; en tercer término, la naturaleza incorporada tecnológicamente al proceso de producción capitalista de las sociedades, y por último, la confluencia de los tres puntos anteriores y sus efectos en el ambiente y en la sociedad (pp. 55-56).

Por otra parte, la historia ambiental también se ha planteado como objeto de estudio la identificación de los valores culturales que asocian a la naturaleza en términos de conflicto político ambiental y que han determinado los procesos de transformación de la naturaleza (Palacio, 2002). Esta visión implica que la relación entre los hombres y la naturaleza “a partir de la representación, es una expresión de actitudes culturales y normativas y obedece a razones de orden político. De allí el énfasis de la historia ambiental como una historia cultural” (Florez, 2000, p. 19).

En este punto encontramos dos alternativas: por un lado, situar las investigaciones sobre historia ambiental desde una óptica que considere la armonía de la naturaleza en detrimento del accionar humano,

o bien una historia ambiental que otorgue preeminencia al hombre como parte integral de las transformaciones de la naturaleza. En este sentido, esto se asocia con las disputas internas con las que cada cultura batalla; así nos acercamos a “una transformación de la naturaleza por la acción conflictiva entre grupos sociales que se disputan la apropiación, la significación y los imaginarios mismos sobre la naturaleza deseada” (Palacio, 2002, p. 196). Asimismo, en un esfuerzo por explicar la relación naturaleza-cultura, Palacio (2001) identifica tres períodos de estudios posibles que abarcan entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX. Estos son: Naturaleza liberalizada (1850-1920), que tiene que ver con el desarrollo económico al servicio de la lógica de la apropiación privada de la tierra; Naturaleza modernizada (1920-1970), es decir, la transformación tecnológica del paisaje que acarrea la división triple de la naturaleza en silvestre, urbana y rural, donde se visibiliza la separación entre lo social y lo natural; Naturaleza ambientalizada (1970 en adelante), que procura reincorporar la naturaleza a la cultura (p. 19). Siguiendo esta línea de pensamiento, McNeill (2005) expone la existencia de tres variedades posibles para entender la historia ambiental y los vínculos entre naturaleza-cultura (p. 13):

1. *Enfoque material*: que considera los cambios en los ambientes físicos y biológicos, y el modo en el que esas variaciones afectan a los hombres, a partir de los aspectos económicos y tecnológicos de sus actividades. Se destacan los trabajos vinculados a las temáticas urbanas y rurales. En el primer caso, los esfuerzos se concentraron en estudiar problemáticas vinculadas a la población y el saneamiento, para luego avanzar en el análisis de los sistemas técnicos y el metabolismo de las ciudades. Mientras que lo rural incluye el estudio de los ecosistemas agrícolas,

las selvas y las reservas naturales. Algunos referentes de este enfoque son Tarr y Dupuy (1988), Bernhart (2000) y Massard Guilbaud y Bernhart (2002). Asimismo, existe una gran tradición de estudios rurales que atiende a la interacción sociedad-ambiente, y que se inscribe dentro de la historia ambiental de la mano de la geografía histórica tradicional y la geografía humana francesa, donde se distinguen Marc Bloch (1952), Fernand Braudel (1997) y Emmanuel Le Roy-Ladurie (1973) (Zarri-lli, 2014, p. 116).

2. *Enfoque cultural-intelectual*: que orienta su análisis en las representaciones sobre la naturaleza provenientes del campo artístico y de las letras, y cómo esas imágenes dan cuenta de la sociedad que las produce. La contribución más acentuada en este caso son las generalizaciones a las que se arriban de ideas concretas o de un cúmulo de ideas, y cómo esas concepciones son adecuadas a los nuevos contextos sociales, políticos, económicos y culturales. Algunos historiadores que prevalecen en este enfoque son Keith Thomas (1983, 1996), Simon Schama (1995) y Donald Worster (1977, 1985). Esta vertiente de investigación, que se encuentra en la génesis de los estudios históricos sobre el ambiente, es la denominada *Environmental History* (Zarri-lli, 2014, p. 117).
3. *Enfoque político*: cuya importancia radica en la forma en la cual tanto las leyes como las políticas de estado se relacionan e influyen en el mundo natural. En este caso, la historia ambiental política concierne a todos los procesos históricos modernos. Se concentra en indagar sistemáticamente de qué manera los estados se relacionan con la naturaleza, a qué forma de lucha

suscriben los movimientos sociales y las organizaciones ambientalistas a fin de defender la naturaleza. Samuel Hays (1959, 1987, 2000) se ubica como pionero en los estudios de este campo en Estados Unidos.

El quid de la cuestión que está de fondo en los análisis de esta índole sea cual fuere el enfoque seleccionado para su abordaje, es la crítica a la razón instrumental que se impone bajo la premisa de “conocer para dominar, regular y controlar la naturaleza sin prever las consecuencias para la vida de esta masiva e irreflexiva intervención en el mundo natural” (Lezama, 2004, p. 327). Algo que, para la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, se entiende como la dominación del ser humano sobre el mundo exterior (Adorno y Horkheimer, 1979); así “dominar la naturaleza se tradujo en destruirla y con ello en autodestrucción de la vida humana” (p. 327). En consecuencia, lo antedicho coloca en la encrucijada el paradigma del progreso como inocuo, positivo, sin riesgo, equilibrado y equitativo. El arquetipo de crisis ambiental, entonces, surge en la década del sesenta, cobra mayor relevancia durante los setenta y evoluciona con ímpetu en los ochenta, en paralelo al incremento de la preocupación por el deterioro físico del ambiente y el riesgo al que queda expuesta la sociedad.

1. Ecología política de la naturaleza

Otro punto para señalar, como vertiente complementaria a la anterior, es la ecología política. Este enfoque surge en la década del setenta con énfasis en el cuestionamiento de los modos de producción y consumo, con base en el incremento desmedido del productivismo sistemático y del crecimiento -progreso o desarrollo- a cualquier precio. Asimismo, se ha preocupado por el análisis de las disputas sociales

en torno a la degradación de los recursos naturales. Dobson (1997) declara que la ecología política puede entenderse como “un conjunto de ideas con respecto al medio ambiente, las cuales pueden ser consideradas propiamente como una ideología: la ideología del ecologismo” (p. 21). Otros autores sostienen que en realidad la ecología política es “una herramienta radical y holística de transformación social”, y que debe comprenderse como un “sistema de pensamiento político global y autónomo que responde a unas necesidades históricas concretas” (Marcellesi, 2008, p. 2). Se debe agregar que este enfoque también pondera la identificación de los valores culturales que asocian la naturaleza a conflictos políticos ambientales y su influencia en los procesos de transformación de la naturaleza (Palacio, 2002).

Llegados a este punto, podemos identificar al menos cuatro enfoques centrales dentro de esta línea de investigación: énfasis en los problemas rurales/campesinos y la degradación del suelo, intentando así brindar una respuesta frente a los cambios sociales en términos clasistas y de vínculos establecidos entre grupos sociales y los recursos de la tierra (Wolf, 1972; Blaikei y Brookfield, 1987); el análisis de los movimientos ambientalistas norteamericanos y europeos, junto a la mala administración del estado frente a los problemas ambientales urbanos y rurales (Cockburn y Ridgeway, 1979); la impronta marxista en el análisis de la ecología política que se cuestiona sobre la capacidad del capitalismo para ser o no sostenible (Gorz, 1980; O'Connor, 1997); finalmente, el ecologismo de los pobres y la justicia ambiental que plantean las limitaciones de la economía de mercado que no considera la naturaleza en su ecuación (Martínez Alier, 2005). Cabe destacar, asimismo, sin pretensiones de exhaustividad, los aportes a estos enfoques propuestos por la literatura latinoamericana. Desde

una perspectiva marxista, los aportes de Alimonda (2002, 2006) son clave en el entendimiento del pensamiento latinoamericano en esta materia; Escobar (1994) y su crítica a los fundamentos del desarrollo también resulta de lectura indispensable; Castro Herrera (1996), que vincula las formas de dependencia con las transformaciones de la naturaleza y la explotación de materias primas, se presenta como un trabajo precursor en el área, en sintonía con la propuesta original que la propia corriente latinoamericana tiene para aportar en esta relación (Palacio, 2006). En última instancia, la Ecología Política discute también la construcción simbólica de la naturaleza.

2. La construcción del medio ambiente

Por lo que refiere al discurso culturalista, propone una postura más crítica frente al discurso científico. La oposición entre ambos discursos, en este punto, confronta entre el crecimiento económico y la protección del ambiente como dos pilares contrapuestos que difícilmente puedan confluir. Todo esto parece afirmar que la naturaleza “no es ni un ser aparte, ni algo externo a la vida humana” (Escobar, 1999, pp. 75-80). Por el contrario, es una construcción simbólica (Lezama, 2004) y la cultura se presenta como una categoría sustancial en relación con esa naturaleza. Este enfoque advierte que el conocimiento del medio ambiente no es neutral y que responde a un proceso de invención social (Beck, 1995).

Todas estas observaciones se relacionan también con la construcción social del medio ambiente; así se requiere identificar espacios donde estas representaciones cobren sentido, como la esfera pública, las normas sociales, las imágenes y la retórica utilizada en los temas de medio ambiente (Castro Osorio, 2009). En consecuencia, la manera

de jerarquizar los problemas, su ubicación, su difusión en el espacio público determinan en mayor o menor grado el compromiso que adquirirá la ciudadanía con esos conflictos. Lezama (2004) asegura que estos planteos sugieren “qué se dice, cómo se tipifica el problema, qué tipo de retórica se utiliza y cómo son presentados para persuadir a la audiencia” (p. 38). Por su parte, otros autores sostienen que la emergencia de la preocupación ambiental no tiene que ver tanto con la dimensión de la destrucción como con el significado que se le otorga y la carga simbólica que tiene para la sociedad (Douglas, 1982; Beck, 1995).

3. Propuesta de investigación

Las discusiones sobre la problemática ambiental en el mundo estuvieron y están atravesadas por disputas políticas, económicas, ideológicas, sociales y culturales que exceden a las cuestiones exclusivamente medioambientales. Los estudios sobre los movimientos sociales -en particular ambientales- no son nuevos; por el contrario, han sido abordados por investigadores a través de diversas perspectivas teóricas y metodológicas, como ya hemos advertido. Sin embargo, en la actualidad el origen de estos movimientos en la Argentina continúa siendo motivo de análisis.

En cuanto a la historia ambiental, desde su surgimiento tuvo una importancia radical como encargada de aproximarse al origen y la evolución de los fenómenos ambientales que emergen en el mundo. De este modo, es considerada como la disciplina que estudia las relaciones entre el género humano y el resto de la naturaleza. El ambientalismo, por tanto, es considerado un heterogéneo movimiento social en donde se configuran líneas de pensamiento diferentes cuyo núcleo

-entendido en el marco de la relación existente entre naturaleza y sociedad- lo protagoniza la defensa del ambiente natural y humano. Así, representa en sus muy diversos matices, movimientos en defensa del ambiente con mayor o menor relación con otras problemáticas sociales, económicas y políticas. De allí que existan enfoques ambientalistas más o menos afines con el antropocentrismo, ecocentrismo o biocentrismo.

Resulta complejo encontrar el momento histórico que dio nacimiento al ambientalismo como movimiento contemporáneo, debido a que ha surgido como respuesta a múltiples causas. En la Argentina, el discurso ambientalista cobró creciente relevancia y visibilidad frente a la crisis ecológica, desde comienzos de la década de los sesenta, expresándose en organizaciones ciudadanas, asociaciones académicas en temas ambientales, organizaciones gubernamentales y, en menor medida, en los medios de comunicación. De este modo, cualquier análisis de la relación sociedad/medio debe considerar el hecho de que todos estos agentes, sus valores y sus expectativas respecto al medio ambiente, concurren en un mismo territorio en el que materializan sus actuaciones.

Frente a este contexto, la cultura podría entenderse como trabajo y conocimiento humano para intervenir y usufructuar de la naturaleza. En consecuencia, tanto las instituciones como los hombres abrevan de lo natural para formalizar un discurso que construye nuevas realidades e interviene en lo social, consolidándose en tanto decisión política y recorte ideológico. Indudablemente el recorte se corresponde con un abordaje cultural donde el lenguaje funcionará, entonces, como mediador de la ideología. Según Althusser (1970), el lenguaje está formado por signos que nombran la realidad y los fenómenos sociales, pero siempre desde una clase dominante. En este sentido, para este autor “la ideología es lo que permite a los individuos constituir-

se en sujetos. Y la interpelación es uno de los mecanismos centrales del funcionamiento de lo ideológico. Interpelar es constituir al otro, situándolo en una posición discursiva; es, en definitiva, conferir identidad” (Pérez y Aymá, 2015, p. 50). Desde esta perspectiva, los medios de comunicación asumen tres funciones prioritarias: suministrar y construir selectivamente conocimiento social; reflejar y reflejarse en la pluralidad; organizar, exponer y unir lo que se ha representado y clasificado selectivamente.

En la presente investigación se hará hincapié en la importancia de estudiar los medios gráficos -como las revistas- en tanto espacios históricos donde se conjugan factores sociales, políticos, económicos y culturales, sin dejar de aludir a que se trata de un medio de comunicación y que busca establecer un vínculo con sus lectores.

Como se ha señalado, la problemática ambiental no es nueva, aunque es innegable su actualidad. La razón fundamental por la cual “es pertinente y legítimo hablar de historia ambiental, entonces, no como moda efímera sino como campo serio del saber histórico, es la masa crítica que ha alcanzado” (Gallini, 2002, p. 5). En ese contexto es donde el ambiente ha sido no solo un lugar, sino también el campo de batalla donde han contendido ferozmente ideologías y culturas (Arnold, 2000). Para este autor, la naturaleza se debe considerar como algo que existe dentro de nuestros mundos mentales y nuestro conocimiento histórico. La cultura, de esta manera, podría entenderse como trabajo y conocimiento humano para intervenir y usufructuar de la Naturaleza (Santamarina Campos, 2006).

Con base en lo antes expuesto, esta investigación supone como objetivo general analizar el surgimiento, la conformación y la consolidación de la prédica ambientalista en la Argentina, a través del estu-

dio de la prensa gráfica. Considerando a los medios de comunicación como portadores de poder simbólico y como fuentes de información histórica sobre dinámicas socioambientales y sobre las repercusiones culturales que esas dinámicas tienen en el pasado reciente. Proponemos un abordaje holístico y pluridisciplinar, donde se establezca una interconexión entre tres campos de saber: la historia ambiental, la comunicación y el análisis del discurso. El período de estudio se extiende entre la década del sesenta hasta la del noventa inclusive.

4. Objetivos específicos

- Indagar la emergencia del discurso ambientalista en la Argentina a través de publicaciones periódicas que hayan servido de instrumento de discusión y debate intelectual a estos grupos.
- Comparar los argumentos ofrecidos por revistas contraculturales a fin de entender cómo se construían e instalaban en la opinión pública las cuestiones ambientales en el país.
- Comprender los orígenes ideológicos de los diferentes grupos ambientalistas, los matices que entre ellos se manifiestan y sus propuestas específicas.
- Estudiar las estrategias de comunicación implementadas por la prensa gráfica para transmitir información sobre cuestiones ambientales.
- Analizar las imágenes presentes en los medios gráficos con el fin de revisar la construcción de las representaciones culturales sobre la crisis ambiental en el período estudiado.
- Entender los modos, tiempos e intereses con los cuales se conformó la relación que la sociedad argentina construyó con su medio ambiente.

- Explicar el discurso ambientalista argentino en el contexto del surgimiento de los movimientos ambientales en Occidente a partir de la crisis ecológica.
- Interpretar las representaciones culturales del ambiente y las transformaciones que ha sufrido la relación sociedad-naturaleza en la Argentina en perspectiva histórica.

Dada la problemática mundial y nacional, emerge el relato construido por los medios de comunicación; por consiguiente, entendemos que el discurso ambientalista -en esta investigación- evidencia una situación de comunicación y, por lo tanto, debe pensarse como una práctica social y de intercambio. Así, resulta imposible aislar al discurso, como elemento fundante de la estructura social, de su contexto histórico de producción y recepción. En consecuencia, se seleccionaron medios gráficos clave que servirán de referencia para analizar el origen y el discurso del movimiento ambientalista argentino. Tomaremos como base del estudio y análisis revistas pertenecientes al movimiento contracultural argentino como: *Eco-contemporáneo* (1961-1969), *Expreso Imaginario* (1976-1983) y *Mutantia* (1980-1987), por considerarse publicaciones pioneras en temas ambientalistas de la Argentina y de debates de eco-filosofía para indagar cómo construyen y aportan miradas acerca de la relación que se establece entre el discurso político-social, las imágenes de la naturaleza, los recursos y los sujetos que interactúan sobre este espacio.

El trabajo se realizará a través de un enfoque histórico-ambiental donde ocupe un lugar central el origen del discurso ambientalista. Se pondrá especial atención a la construcción del discurso del medio (ubicación de los temas en el medio -secciones, páginas, carta de lectores, entrevistas-); a la agenda del medio: relevancia y continuidad

de los temas; así como la ubicación en la diagramación, el diseño, los titulares, la terminología utilizada y el tratamiento de la temática. La investigación será de carácter cualitativo, descriptivo, exploratorio y comparativo. Se hará hincapié en la manera en que el medio estructura su discurso y se expresa frente a su lector, observando los disensos, las rupturas y/o las semejanzas a lo largo del período de estudio.

En el primer capítulo se da cuenta de la trayectoria que tiene la historia ambiental como campo de saber, y con ese objetivo se plantea un recorrido historiográfico y conceptual de las líneas centrales de investigación que definieron la historia ambiental latinoamericana y argentina. Además, se plantea el interrogante sobre cuáles son los principales temas que se trabajan en la actualidad; también se procura distinguir cuáles son las áreas que aún permanecen vacantes en este campo de estudio. Frente a este contexto de situación, finalmente, nos proponemos introducir la pregunta por el lugar de los medios de comunicación en la construcción social del ambiente.

En el capítulo 2 se aborda la estructura teórico-metodológica que será el marco referencial para desarrollar la investigación. En esta oportunidad, el capítulo se divide en tres partes: una primera, perteneciente al enfoque cultural; la siguiente, vinculada al enfoque comunicacional, y finalmente la tercera, relacionada a la presentación de las herramientas concretas de análisis. Al igual que en el capítulo anterior, se presenta el derrotero de definiciones y conceptualizaciones que permiten adentrarse en la discusión sobre la acepción de dos conceptos clave que atraviesan transversalmente toda la investigación, a saber: cultura y contracultura. Del mismo modo, en la segunda parte del capítulo se trabaja sobre las definiciones de comunicación, medios de comunicación y representaciones sociales, al tiempo que se esboza

un primer acercamiento a las generalidades del discurso ambiental en la prensa. Por último, se presenta la concepción de discurso con la cual se trabajará, se brindan los antecedentes de los estudios críticos del discurso y las herramientas concretas que se emplearán para desarrollar el estudio.

En el capítulo III se realiza una introducción sobre la concepción de crisis ambiental, trazando un recorrido desde la década del sesenta hasta los ochenta. Al mismo tiempo, se presenta el desarrollo analítico del primer caso de estudio seleccionado: la revista *Eco Contemporáneo* como primera publicación en abordar, en la Argentina, cuestiones de índole ambiental.

El capítulo IV se presenta como una continuación de su antecesor; por consiguiente, se desarrolla el escenario histórico que permitió el surgimiento de la revista *Expreso Imaginario* -segunda fuente principal de análisis seleccionada-, y además se expone el pertinente análisis de la publicación con relación a las cuestiones ambientales durante la década de los setenta.

El capítulo V, con el análisis de la tercera fuente principal de estudio que abarca la década del ochenta, culmina la indagación de las fuentes seleccionadas para aproximarnos al surgimiento de las inquietudes de los grupos ambientalistas en nuestro país desde el ámbito contracultural.

A continuación, se expresan las reflexiones finales que se desprenden del análisis desarrollado durante los cinco capítulos que componen esta investigación.

| CAPÍTULO 1 |

Diálogos entre cultura y naturaleza desde la mirada de la historia ambiental latinoamericana y argentina

La crisis ambiental, el deterioro de la naturaleza, la distribución y las formas de manejo de los recursos naturales, el crecimiento ilimitado y el desarrollo tecnológico, las transformaciones del paisaje, la preservación del medio ambiente, los conflictos socioambientales, las contradicciones entre el modo de producción capitalista y la conservación de la naturaleza, el papel del estado en esta dinámica y el rol protagónico que adquieren los seres humanos en estas discusiones -entre otras cuestiones- son nudos temáticos relevantes para la historia ambiental. En ese sentido, el presente capítulo aborda la interacción entre sociedad-naturaleza desde una perspectiva histórica tanto latinoamericana como argentina.

1.1. Una mirada histórica sobre el ambiente

Dentro de la historia las alusiones a las temáticas ambientales son recurrentes; no obstante, la historia ambiental se presenta como un campo cuyo abordaje multidisciplinar impulsa la relectura de los desequilibrios ambientales en clave histórica, atendiendo a las relaciones sociedad-naturaleza. Es inobjetable que ese vínculo entre la sociedad y el ambiente es definido por los procesos políticos, sociales y económicos que protagonizan los hombres en su apropiación de los espacios y en la utilización de sus recursos (Zarrilli, 2014).

El interés por el cuidado y la preservación, tanto del medio ambiente como de los recursos naturales, surge en la década de 1960 a raíz de la crisis ambiental. En la carrera por consolidar sus impulsos científicos y tecnológicos de avance y modernización -como consecuencia de la creciente capacidad de destrucción que tiene la sociedad- el deterioro de la naturaleza resulta inevitable. Esta tendencia siguió con atención las preocupaciones tanto de grupos ambientalistas como, progresivamente, del mundo académico. Desde la década de 1960 -y con mayor ímpetu a partir los Informes del Club de Roma de 1972, 1974, 1976 y la Cumbre de Estocolmo de 1972- se habilitó la intervención de nuevos y variados movimientos sociales. Estos contribuyeron a modificar la concepción predominante de una “naturaleza ilimitada”, por una “noción que enfatizaba tanto la diversidad como la fragilidad de un mundo natural considerado muy valioso” (Pádua y Leal, 2013, p. 6). Esto implica el incremento de la conciencia social sobre la trascendencia de esta temática. De esta forma, se considera que estos nuevos actores fueron pioneros en denunciar, en primer lugar, el alcance de las relaciones entre sociedad-ambiente y, en segundo término, la magnitud de los conflictos ambientales que azotan dicho vínculo y lo ponen en jaque.

En este sentido, la interacción sociedad-ambiente se torna compleja de abordar, puesto que, como sostiene García (2011), una civilización que cree que la naturaleza le pertenece para dominarla y que dispone de una tecnología poderosa “tiene la misma probabilidad de sobrevivir que una bola de nieve a mitad del infierno” (p. 293). En otras palabras, siguiendo a Worster ([1984] 2000), el aceleramiento del deterioro ambiental en el planeta se debe, en parte y desde la Segunda Guerra Mundial, al resultado de los emprendimientos científicos impulsados por las motivaciones de la humanidad.

Para este autor la ciencia ha hecho posible la moderna devastación de la naturaleza. Por consiguiente, se requiere un enfoque que complemente tanto a las ciencias naturales como las sociales, permita un abordaje holístico de la problemática y proponga posibles lecturas para resolver estas cuestiones, dado que “en la medida que se incrementa la incertidumbre (...), los atributos de la ciencia tradicional, su certeza y su neutralidad valorativa resultan más cuestionables” (García, 2011, p. 293).

En este contexto de progresivo interés por parte de los académicos en abordar y complejizar las relaciones naturaleza-sociedad, cobra sentido la emergencia de la historia ambiental. Desde su fundación se ubicó como encargada de aproximarse al origen y la evolución de los fenómenos ambientales que emergen en el mundo. El quehacer historiográfico contribuyó con la incorporación de investigaciones centradas en vincular los estudios históricos clásicos con las disputas, tanto por la apropiación como por la conservación y la preservación del mundo natural. Pese a que el pensamiento occidental concentró sus esfuerzos y sus preocupaciones fraccionando las cuestiones vinculadas a la naturaleza, de aquellas de índole social, estas temáticas se constituyeron en campos de conocimiento disímiles con propuestas teóricas, metodologías y esquemas de interpretación propios de cada caso. Rojas y Gallardo (2017) sostienen que, desde entonces, la historia ambiental ha incrementado “el número de investigaciones, expresándose como un campo altamente interdisciplinario y con el desarrollo de abordajes y metodologías que en ocasiones han fomentado el diálogo entre las ciencias naturales y las sociales” (p. 22).

De esta manera, la historia ambiental supera los parámetros metodológicos tradicionales del campo histórico, permitiendo la incor-

poración de los historiadores en la discusión por brindar un contexto histórico a los conflictos ambientales y una explicación sobre las transformaciones que ha sufrido el ambiente, así como las interacciones que se desarrollaron entre las dinámicas naturales y sociales.

Bajo estos lineamientos, en el presente capítulo nos proponemos realizar un recorrido historiográfico y conceptual de las líneas de investigación centrales que definieron la historia ambiental latinoamericana y argentina, exponiendo cuáles son los principales temas que se trabajan en la actualidad, e intentaremos distinguir cuáles son las áreas que aún permanecen vacantes en este campo de estudio.

1.2. La conceptualización de la historia ambiental

El interés por la temática ambiental no es nuevo, pero se incrementó tanto en los círculos científicos como en las sociedades desde la década del sesenta. Para poder comprender el momento de formación y desarrollo de la historia ambiental no podemos dejar de hacer alusión a su antecedente directo: *La Escuela de los Annales*, en su primera y segunda generación. Se advierte que los trabajos de esta Escuela, en sus inicios, fueron bisagra y marcaron un punto de inflexión para los estudiosos en temas ambientales. Sin embargo, esto no implica la homogeneización de las investigaciones de este grupo ni la uniformidad de sus enfoques, por el contrario. Empero, nos permite discernir las bases precursoras de lo que, tres décadas después, conformaría el campo de estudios de la historia ambiental como lo conocemos en la actualidad.

La historia ambiental se afianza en Estados Unidos y Francia, debido al surgimiento de los movimientos sociales y culturales que transitaban los últimos años de la década del sesenta -más precisamente

desde 1968- y comienzos de los setenta. El primer paso hacia la institucionalización del campo lo dio, en 1977, la Sociedad Americana de Historia Ambiental (ASEH)¹. Esta Sociedad promueve la enseñanza de la historia del medio ambiente y la comprensión de la historia de la interacción humana con el resto del mundo natural. Además, desde su creación, fomenta el diálogo entre la erudición humanista, ciencias ambientales y otras disciplinas. Estos procesos de consolidación continuaron dando lugar al surgimiento, en 1999, de la Sociedad Europea de Historia Ambiental (ESEH)², que fomenta el estudio de la historia del medio ambiente en todas las disciplinas académicas y, desde sus inicios, tiene como objetivo estimular el estudio de la historia europea del medio ambiente en una perspectiva comparativa.

Estos antecedentes nos permiten entender que el objeto de estudio de la historia ambiental comprende la relación dialógica entre la esfera natural y la social. Además, atiende a cómo los modos de producción y organización social repercuten directamente en ese vínculo. Por consiguiente, frente a las crecientes demandas que por aquella época pedían “responsabilidad con el medio ambiente”, historiadores como Roderick Nash asistieron a la oportunidad para el compromiso moral. En palabras de McNeill (2005), la historia ambiental derivó mucho de su primer ímpetu a las orientaciones y los compromisos políticos.

En virtud de ello, uno de los referentes más destacados de la historia ambiental, Donald Worster ([1984] 2000), definió al campo como una “nueva historia [que] busca combinar la ciencia natural y la histo-

¹<http://aseh.net/>

²<http://eseh.org/>

ria (...) como una importante empresa cultural que modificará considerablemente nuestra comprensión de los procesos históricos” (p. 6). En este aspecto, este campo opera a partir de tres ejes, en los cuales se deben considerar: la complejidad de la naturaleza, como un mundo en sí mismo, sin la presencia del hombre en ella; los vínculos que se establecen entre el hombre y la naturaleza a través de los bienes de consumo producidos gracias a los recursos que provienen del mundo natural, y el estudio de las consecuencias ambientales en relación con el accionar humano (pp. 6-12). Además, como indica O’Connor (2001), la historia ambiental culmina, sintetiza y trasciende el ciclo de desarrollo de la historia misma como práctica cultural en nuestra civilización. En consecuencia, la certeza del desequilibrio y la perturbación en las formas en las que el mundo social y natural se han construido, adaptado y vinculado entre sí, en los diferentes momentos históricos, se encuentra estrechamente ligada a las capacidades que el hombre tiene para alterar los ciclos y las estructuras del ambiente. Esto implica entender que el ser humano interviene excesivamente en el entorno natural generando desequilibrios ecológicos, contaminación ambiental, deforestación y destrucción de los recursos naturales (Santamarina Campos, 2006).

Por estas razones, a medida que el interés por las cuestiones ambientales se multiplica, también se acentúan las preocupaciones de los movimientos sociales. De esta forma la historia ambiental aparece asociada a compromisos políticos y sociales; de igual modo indaga la manera en la cual el hombre, en tanto miembro de una sociedad y cultura, advierte los cambios que afectan al ambiente natural, así como los orígenes de esos conflictos. Asimismo, procura interpretar cómo percibe esas modificaciones, las aborda, reflexiona sobre ellas y

actúa -o no- en consecuencia (O'Connor, 2005). Rojas y Gallardo (2017) rescatan como una de las particularidades centrales de la historia ambiental el empleo de fuentes históricas para desarrollar estudios ambientales, como por ejemplo: la reconstrucción de series climáticas e hídricas y la interpretación en clave social, política y cultural de un amplio abanico de temáticas ambientales (p. 22).

Cabe destacar que la historia ambiental supo nutrirse de los aportes que tanto la antropología como la geografía y la ecología supieron brindar al estudio de la relación hombre-medio. Resulta indiscutible que el intento de definir la cultura frente a la naturaleza se posiciona como un aporte valioso para el campo social, puesto que el devenir histórico no se limita a lo estrictamente humano; del mismo modo el ambiente no se acota solo a lo biológico. Por el contrario, el ambiente también es definido por los procesos políticos, sociales y económicos que protagonizan los hombres y las sociedades, en su apropiación de los espacios y en la utilización de sus recursos.

Hay que mencionar, además, que el vínculo naturaleza-cultura se ha entendido en general, dentro de los estudios antropológicos, como una relación entre campos opuestos, deuda que la historia ambiental busca saldar con los enfoques propuestos. Esta mirada binaria considera que la naturaleza no se constituye como un agente activo dentro de la historia. Antes bien, la entiende como un elemento más al alcance del hombre, y cuyo valor se determina en virtud del desarrollo productivo de las sociedades (Déscola y Pálsson, 2001).

En esta línea, la antropología, en diálogo con la historia ambiental, y -más aún- la etnografía como metodología de trabajo, se constituyeron como un cimiento trascendental para presentar la diversidad de concepciones que sobre la naturaleza tienen las diferentes culturas.

Así como la forma en que estas configuran el devenir de los conflictos ambientales en perspectiva histórica.

Frente a esto, es indiscutible que la contextualización de la naturaleza se presenta como resultado de un proceso de interacción históricamente construido. Y se encuentra en constante diálogo con las sociedades que, al mismo tiempo, articulan sus relaciones y jerarquizaciones con el entorno que las rodea, colocándose como actores dinámicos de esa relación. Por consiguiente, cada grupo social a través de la historia construyó una forma de interactuar, dependiendo principalmente de su cultura y tecnología, puesto que las variaciones en la naturaleza acontecen con temporalidades diferentes de las de la sociedad; conforme las condiciones materiales de la sociedad cambian, esa relación con la naturaleza también difiere. En consecuencia, se genera una nueva percepción por la cual esa interacción entre naturaleza y sociedad se complejiza.

Esta tradición de estudios que vinculan naturaleza y sociedad también fue abordada por la geografía³. La línea norteamericana se encuentra signada, fundamentalmente, por los aportes de Carl Sauer. Sauer ([1984] 2004) es considerado un personaje saliente dentro del desarrollo y la constitución del saber ambiental contemporáneo, empeñado por construir su objeto de estudio desde una mirada interdisciplinaria. En este aspecto, fomentó una perspectiva “diacrónica en el estudio del paisaje”, y además se interesó en las modificaciones que el hombre supo generar en la flora y la fauna (Saurí Pujol, 1993). Por esta razón, ya en 1938 señaló que el cambio económico y demográfico en los trópicos impulsado por las potencias coloniales implicaría el em-

³Cabe destacar los aportes de Paul Vidal de La Blache y su enorme influencia desde la geografía en los estudios sobre la relación hombre-medio.

pobrecimiento actual y futuro de la Tierra. Se concentró en analizar la capacidad de la especie humana de alterar su medio natural, así como también la manera de efectuar esta alteración y las consecuencias de ello. Es decir, su abordaje concuerda con el planteo propuesto por la historia ambiental: un análisis histórico de las transformaciones e impactos que el hombre ocasionó en su entorno natural.

Sostenemos que la historia ambiental contribuye al campo historiográfico con temas, objetos, enfoques y metodologías de estudio que generan interés en el campo científico. Son evidentes los numerosos aportes realizados al campo, aunque, de una forma u otra, todos apuntan a entender la relación sociedad-ambiente como una relación dinámica. En este sentido, los trabajos pioneros de Joan Martínez Alier, Donald Worster, James O'Connor, John McNeill, Manuel González de Molina, William Cronon, Alfred Crosby, y Warren Dean dedicados a la historia ambiental, conflictos socioambientales y movimientos sociales han sido significativos para la comprensión del fenómeno ambiental, así como también los estudios de Pedro Bevilacqua, Florent Marcellesi, Beatriz Santamarina Campos, Josefa Bru, entre otros.

Por su parte, la historia ambiental también condensa las inquietudes y demandas de las sociedades, con creciente preocupación e inclinación por las cuestiones socioambientales, como ya se mencionó. Por esta razón, entendemos que las ciencias sociales deben cumplir un rol primordial en el momento de analizar y entender la relación entre hombre y medio, puesto que este problema resulta ajeno al abanico de las disciplinas naturales, dado que la problemática ambiental presenta en sus raíces un carácter social, y emerge debido a los vínculos que las sociedades establecen con su hábitat en el proceso productivo, tecnológico, cultural y reproductivo.

Frente a este panorama, se pone en tensión un espacio hegemónico de saber en el cual las posturas tradicionales de entender el mundo social y natural entran en conflicto. En este sentido, frente a la mirada historiográfica tradicional que consideró a la naturaleza como un ente estático, que existe en medio de procesos sociales variables, la historia ambiental pretende rehabilitar al ambiente como agente histórico activo, ya que las sociedades no pueden desarrollarse desatendiendo los vínculos que comparten con el mundo natural. Por esta razón, todas las prácticas productivas dependen, de una forma u otra, de los recursos que brinda la naturaleza para desarrollarse. En virtud de ello, en cuanto la naturaleza se encuentra determinada por las relaciones sociales de producción, se convierte en objeto de la historia, en proceso histórico susceptible de ser intervenido, analizado y explicado. A su vez, se debe tener en cuenta que las sociedades constituyen y adecuan el medio ambiente para su confort y lo explotan para su desarrollo y supervivencia. De acuerdo con esto, el hombre no puede ignorar la historia que comparte con su entorno.

En este contexto, la historia ambiental propone superar el pensamiento dicotómico que concibe al hombre disociado de su entorno. Antes bien este campo, como mencionan Martínez Alier y González de Molina (1993), “aspira a entender el pasado del hombre en su ambiente” (p. 14). En aquella declaración estriba la envergadura de la historia ambiental que se presenta como un espacio de encuentro y construcción.

1.3. El lugar de la historia ambiental en el pensamiento latinoamericano

La variedad de enfoques que aborda la historia ambiental es uno de los rasgos que la transforman en un campo multidisciplinar que

procura integrar la naturaleza dentro de la historia humana. Esta característica habilita la relectura de los desequilibrios ambientales en clave histórica, atendiendo a las interacciones sociedad-medio. Además, permite abordar las percepciones de la naturaleza y la influencia de esta en la vida social, las formas de intervención de bajo impacto, los procesos de urbanización, la transformación del paisaje, entre otros aspectos. Al decir de Palacio (2003), este tipo de historia se diferencia de otros porque considera las particularidades tanto relevantes como dinámicas de la naturaleza “reintroduciéndola en la historia humana”. Incluso identifica como característica la búsqueda de conceptos derivados de la “interacción específica entre la naturaleza y la cultura, tales como: verticalidad, biodiversidad o tropicalidad” (p. 1). Al respecto, Rojas y Gallardo (2017) identifican como principales líneas de trabajo dentro de este campo:

la reconstrucción de las variaciones eco-sistémicas y de las condiciones ambientales en determinados períodos históricos, a través de la elaboración de series climáticas e hídricas, reconstrucciones de cambios en la vegetación, estudio de la adaptación humana, metabolismo social y flujos de energía; y con mayores cercanías a la geografía física, a la economía ecológica, a la arqueología y a diferentes disciplinas de las ciencias naturales (p. 22).

En lo que concierne específicamente a América Latina, el abordaje de lo ambiental como objeto de estudio histórico todavía se encuentra en desarrollo. Las transformaciones producidas a través del tiempo por la interacción del hombre con la naturaleza, en parte determinan los crecientes conflictos socioambientales en el área, vinculados a la explotación de los recursos naturales de la región. En este sentido,

siguiendo a Alimonda (2006), se entiende que las relaciones sociales son las que regulan

el acceso, la disponibilidad y la utilización de los elementos de la naturaleza, dividiendo a las sociedades en función de esta disponibilidad y de su usufructo. De esta manera, las relaciones entre los humanos son intermediadas por la naturaleza, así como esta ha sido marcada por las acciones de los hombres, que han intervenido sobre ella consciente o inconscientemente (p. 13).

En las últimas décadas, la preocupación por la cuestión ambiental y la emergencia de los conflictos socioambientales suscitaron un progresivo interés en la relación sociedad-naturaleza. Como menciona Leal (2002), la transformación de la naturaleza ha sido un tema predominante en la historia ambiental latinoamericana, excediendo las inquietudes del ámbito académico, apropiándose de un espacio en los debates políticos, económicos y culturales. Esto se debe a una progresiva toma de conciencia que implica valorar el ambiente como una dimensión irreductible en la estructura socioeconómica de las sociedades, donde se proyecta como un espacio cuyo deterioro atenta contra la calidad de vida de los seres humanos y, finalmente, donde su desgaste simboliza la degradación estructural de la sociedad occidental contemporánea.

La historia ambiental surgió con más ímpetu en Estados Unidos y Europa, y su desarrollo en América Latina fue más paulatino. Entre los años ochenta y principios de la siguiente década se generaron, en forma aislada, producciones sobre “los efectos ambientales de modelos de desarrollo o ambiciosas visiones nacionales” (Leal, 2005, p. 6). Hacia 1980 Nicolo Giglio y Jorge Morello editan *Notas para una historia ecológica de América Latina*; allí destacan con énfasis la importancia del

enfoque ambiental en la historia de los países latinoamericanos. Esta publicación sentó las bases de lo que sería entendido en Latinoamérica como historia ambiental.

En este aspecto, el aporte de Castro (1996) es central, ya que diferencia con claridad las dos corrientes que predominan en la actualidad en los estudios histórico-ambientales en Latinoamérica. Por un lado, distingue la historia ambiental de América Latina de la historia ambiental latinoamericana. Al respecto explica que la primera se refiere a la historia ambiental que “encuentra su objeto de estudio en la región, con independencia de la cultura de origen de quien realiza dicho estudio”. La segunda alude a “las tendencias y problemas que caracterizan el quehacer de los latinoamericanos en este campo” (p. 114).

De acuerdo con esto, Clare (2009) entiende que la década del ochenta se presenta como la propulsora de la historia ambiental en América Latina, puesto que recibió un gran impulso por parte de la CEPAL, que “trataba de forjar un estilo de desarrollo socialmente equilibrado y ambientalmente racional” (p. 187). Conjuntamente, se propició la publicación de materiales como *Estilos de desarrollos y medio ambiente en América Latina*, de Giglo (1981), y *Desarrollo y medio ambiente: principales escuelas, tendencias y corrientes del pensamiento*, de S. Melnick (1980). De este modo, resulta propicio afirmar que esta corriente evidenció el desarrollo posterior del campo en la región.

Es a partir de la década del noventa que se evidenció una producción sostenida, motivada en parte por el interés por los problemas ambientales y también ligados a los preparativos por la Conferencia de Río 92. Como menciona Castro (1996), en 1990 el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y la Agencia Española de Cooperación Internacional publicaron en Madrid el libro *De-*

sarrollo y medio ambiente en América Latina: una visión evolutiva, que intentaba ofrecer un análisis en perspectiva histórica de los problemas de la región (p. 5). El caudal bibliográfico y los estudios sobre cuestiones socioambientales en la región se incrementaron en las últimas décadas, representando un esfuerzo por “generar un diálogo interamericano e institucionalizar este campo de la historia en la región” (Leal, 2005, p. 6). Pero será recién a partir de la creación de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (SOLCHA), en 2006, que la temática logrará institucionalizarse (a pesar de estar trabajando sobre la materia desde 2003). Esto permitió integrar tanto a historiadores como investigadores de otros campos latinoamericanos y latinoamericanistas, interesados en los problemas socioambientales que aquejan a nuestras sociedades, ya que este campo no está integrado exclusivamente por historiadores, sino que se caracteriza por ser un campo abierto donde confluyen investigadores que provienen de otras disciplinas (geografía, antropología, ecología, ciencias políticas, etcétera).

Para Gallini (2009) es posible distinguir al menos tres corrientes dentro de los estudios latinoamericanos de historia ambiental: la interrogación teórica y metodológica sobre el propio campo de estudio; cómo la cultura y el medio ambiente están interrelacionados y se transforman recíprocamente, y cómo los ecosistemas latinoamericanos han sido transformados por las fuerzas de la economía mundial durante los siglos XIX y XX.

Al igual que en el caso norteamericano, es innegable que en Latinoamérica la emergencia de este campo también se encuentra atravesada por la preocupación, tanto de los movimientos sociales -que cobran visibilidad recién a fines de los setenta y principios de los

ochenta- como de los académicos. Cabe destacar, como característica propia de este campo, la multidisciplinariedad.

En este sentido, su fortalecimiento en América Latina permite eludir “la batalla por el disciplinamiento”, y fomentar el trabajo con grupos de especialistas que provienen de campos diversos, como ya se mencionó. La bibliografía al respecto es amplia y compleja, sin pretensiones de exhaustividad. Destacamos los trabajos de Enrique Leff, Adrián Zarrilli, Lucrecia Wagner, Pablo Camus, Mauricio Folchi y Fernando Ramírez, Germán Palacio, Guillermo Castro, Stefania Gallini, Héctor Alimonda, entre otros.

En cierto modo, para los gobiernos latinoamericanos los cuestionamientos sobre las relaciones hombre-medio solo cobraron luz luego de la insistencia de las agencias internacionales, a saber: la Comisión Económica para América Latina, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (Gallini, 2009, p. 95). Sin embargo, como plantea Leff (1986), la cuestión ambiental excede a los aparatos ideológicos del estado, al tiempo que penetra en el seno de la sociedad civil, genera nuevas estrategias relacionales, nuevos vínculos con el poder político, económico y con los modos de producción. En paralelo, mientras la crisis ambiental se intensifica, se desarrolla un proceso de concientización social, movilizado por grupos ecologistas, movimientos sociales y ambientales.

De acuerdo con lo planteado, la historia ambiental reconoce el diálogo entre hombre-naturaleza y concede la existencia de un entorno natural que es, al mismo tiempo, intervenido y modificado por el accionar humano. En este aspecto, como señalan González de Molina y Martínez Alier (2003), la mirada que tenemos respecto del mundo es principalmente una construcción social, por lo tanto, la concepción

que tenemos de la naturaleza es fundamentalmente una elaboración de nuestra mente y, en este sentido, es histórica. Por esta razón, las formas de vincularse con la naturaleza difieren de acuerdo con cada sociedad, así como la manera que cada grupo social adoptó para relacionarse con su ambiente. Por consiguiente, la discusión sobre el dualismo naturaleza/cultura, en tanto construcción social e histórica, se presenta como un pilar primordial de la historia ambiental y, como plantea Gallini (2009), recupera la noción de naturaleza entendida como co-partícipe de la historia humana.

Por consiguiente, aquellos que se encuentran relacionados con este campo están participando activamente en el desarrollo de una nueva cultura ambiental en la región, en diálogo y colaboración con colegas que trabajan en otras direcciones, como la ecología política y la economía ecológica (Castro, 2010). La historia ambiental latinoamericana se enfrenta a la necesidad de incurrir en la agenda ambiental de la región, sorteando definitivamente la disyuntiva entre las ciencias en sociales y naturales.

Destacábamos, como propia del campo latinoamericano en historia ambiental, la preocupación por los conflictos entre sociedad y ambiente. La conflictividad socioambiental continúa siendo un tema de debate en la actualidad; ejemplo de ello son las producciones que han surgido como resultado de discusiones en los Simposios organizados desde SOLCHA, como es el caso del dossier “Conflictos ambientales en el mundo contemporáneo: una perspectiva latinoamericana y española” (2016). Allí se da cuenta de la diversidad de perspectivas y enfoques que se emplean en la actualidad para abordar los conflictos generados en la relación sociedad-ambiente. Asimismo, cabe remarcar algunas de las líneas de investigación que actualmente se ocupan

de estas temáticas en la región, a saber: historia del clima, desastres ambientales urbanos, cultura de la naturaleza, educación ambiental, biodiversidad y conservación, conservacionismo y manejo de los recursos, conflictos y justicia ambientales, representaciones y significaciones de la naturaleza, transformaciones del ambiente y del paisaje, metabolismo social de los sistemas agroecológico y urbano.

Además, resaltamos la publicación del Rachel Carson Center “Nuevas historias ambientales de América Latina y el Caribe” (2013), donde se recogen investigaciones que abarcan la segunda mitad del siglo XX vinculadas a las revoluciones sociales de México y las consecuencias que de ellas se desprenden en el entorno natural, la historia regional de los cultivos tropicales en el Gran Caribe, las cosmovisiones sobre la naturaleza en los Andes Tropicales, la construcción de Brasil y sus vínculos con el espacio natural, la trascendencia de la Cuenca del Plata y su valor ambiental para la historia de América Latina, las transformaciones de las fronteras selváticas, la historia del sistema urbano en Latinoamérica, la agricultura a pequeña escala y su contribución a la agrobiodiversidad, la historia ambiental de la ganadería en la región y la extracción minera. Esta enumeración temática -no exhaustiva, desde ya- demuestra el abanico de posibilidades que ofrecen los aportes de historia ambiental en la región en la actualidad. Sin embargo, y siendo notables los avances en la materia, la historia ambiental latinoamericana todavía tiene un gran terreno por recorrer principalmente en lo que refiere a los ambientes urbanos, litorales y mares, salud y ambiente, entre otros.

1.4. Los avances en historia ambiental en la Argentina

La interacción sociedad-naturaleza merece un análisis complejo que haga hincapié en los modos particulares que tiene cada cultura

para vincularse con su entorno natural, y que además profundice en las causas y las consecuencias de aquellos procesos históricos que configuraron las relaciones e interacciones del hombre con su entorno. Es claro entonces que las condiciones ambientales de un país determinan, en parte, sus modos de producción y desarrollo, al utilizar sus recursos naturales de maneras diversas dando “un uso productivo a unos, [depredando] otros y [manteniendo] varios sin utilización. [Así] el vínculo material entre unas y otros son las tecnologías, como conjuntos de conocimientos y habilidades aplicados a la explotación de los recursos naturales” (Zarrilli y Salomón, 2015, p. 1).

En el caso de la Argentina, es su formación socioeconómica y su fisonomía geográfica lo que nos permite hablar de una historia ambiental local; por lo tanto, en cada una de las etapas del desarrollo argentino encontramos una problemática ambiental determinada que se desprende de la forma de utilización de los recursos y, en definitiva, del proyecto de nación que se llevó a cabo (p. 4). En este contexto, se destacan los estudios sobre procesos histórico-ambientales vinculados al ámbito rural, donde se hace hincapié en los procesos de transformación profunda de los espacios regionales.

De acuerdo con esto, se resalta la centralidad que tiene el sector agrario argentino tanto a nivel económico como social, así como también la trascendencia que adquirió el conflicto rural en la dinámica de la política local. Estos factores revelan el interés de los investigadores por explicar nuestro pasado, donde el espacio geográfico se asume como determinante de las diferencias regionales e interregionales por sobre los actores sociales. A pesar de ello, los estudios cuya perspectiva teórica vincule la relación, evolución y desarrollo del hombre con la naturaleza, aún son escasos.

Tanto la región pampeana como la extrapampeana todavía precisan estudios que abarquen las características del espacio y del ambiente, las particularidades de los sujetos sociales protagonistas de las transformaciones del medio, así como los rasgos de las políticas públicas implementadas a fin de sanear los desequilibrios interregionales históricos. De igual modo, la historiografía local no implementó categorías socioambientales en sus estudios, excluyó de los análisis de los procesos económico-sociales la evidente relación entre el hombre y su entorno, y se sirvió del espacio solo con el objeto de situarse geográficamente. Esto implica desatender la estrecha relación concreta, material y simbólica que mantiene la sociedad con la naturaleza (Zarrilli, 2014).

En consecuencia, los registros historiográficos sobre estudios donde la problemática ambientalista cobra relevancia y centralidad en la Argentina, como se mencionó, son escasos e incipientes. Pese a ello, este debate no pretende suprimir las construcciones teórico-sociales para interpretar los sucesos solo desde una perspectiva ecológica. Antes bien, se procura combinar las ciencias sociales y biológicas desde una posición horizontal, crítica e interdisciplinaria (Zarrilli y Salomón, 2012).

Desde este posicionamiento, las transformaciones que acompañaron el devenir de la historia social, política y económica de la Argentina se encuentran signadas por las relaciones que la sociedad forjó con el ambiente. De acuerdo con esto, el campo de la Historia Ambiental puede ser pensado como “la reconstrucción social del ambiente a través del tiempo articulada por los procesos de cambio ambiental” (p. 9).

Lo expresado permite pensar y reflexionar sobre los problemas característicos que acompañaron a la conformación de la sociedad argentina. En algunos casos, aun en la actualidad, estos inconvenientes perpetúan, se refuerzan o renuevan, a saber: la ocupación de las tie-

rras; la expansión de monocultivos y su impacto ambiental; las políticas públicas para el medio ambiente y políticas de salud que incluyan la arista ambiental como problemática; la utilización de herbicidas o plaguicidas en los cultivos y la expansión de la frontera agrícola; los conflictos sociales provocados, por ejemplo, por el desarrollo de la minería a cielo abierto o la contaminación de los ríos, o bien los movimientos sociales en defensa del ambiente. En este sentido, los estudios sobre apropiación y uso de los recursos naturales, por parte de los diferentes grupos sociales, conducen a determinar cómo esos procesos beneficiaron o perjudicaron a las comunidades locales (Zarrilli, 2011).

Dentro de este campo se destacan las investigaciones sobre el agro argentino; en particular se abordan las transformaciones generadas -en la región pampeana- producto de las alteraciones en el paisaje y el ambiente. También encontramos trabajos que analizan la explotación indiscriminada de recursos forestales, con las consecuencias ambientales implícitas en la práctica. Se distinguen los textos de Guido Galafassi; Walter Pengue; Antonio Prego; Carlos Reboratti; Adrián Zarrilli; J. Morello y A. F. Rodríguez; A. D. Domínguez y P. Sabatino. Se destacan, a su vez, trabajos sobre cuencas hídricas de nuestro país, como las producciones de Marina Miraglia.

Además, las relaciones que definen los cambios productivos de la sociedad, como también su manera de organizar el espacio dentro de los límites de la expansión de la agricultura, se reflejan en los trabajos de C. León, N. Prudkin y C. Reboratti. Asimismo, se destacan los estudios comparativos sobre ambientalización del discurso campesino en la Argentina y Brasil, en el trabajo de Lucas Pinto. Desde otro punto de vista, como consecuencia de las proliferaciones de emprendimientos extractivistas, así como la instalación de empresas multinacionales enfocadas -funda-

mental pero no exclusivamente- a la megaminería a cielo abierto, se impulsaron estudios que articulan estas problemáticas con el crecimiento y la puesta en acción de nuevos movimientos sociales, a saber: Hortensia Castro; Carlos Reboratti; Lucrecia Wagner; Maristella Svampa y Mirta Antonelli; Vicente Palermo. Lo expuesto permite identificar las principales líneas de trabajo, pese a que no son las únicas, sobre las cuestiones socioambientales en la Argentina, destacando la pluralidad de enfoques.

En este aspecto, dentro de la tradición académica, desde la década del noventa crecen las investigaciones con enfoque histórico-ecológico; así se destaca el trabajo de Antonio Brailovsky. Por otro lado, desde el espacio de la historia colonial rioplatense, los estudios son escasos. Sin embargo, sobresalen los aportes de Juan Carlos Garavaglia y Raquel Gil Montero, cuyo abordaje se centra en el análisis de los conflictos socioambientales en el desarrollo de la historiografía colonial y de la primera mitad del siglo XIX. Desde otro ángulo, las consecuencias socioeconómicas que durante el siglo XIX tuvieron los desastres ambientales en la región cuyana son tratadas por María del Rosario Prieto y Elena Abraham; María del Rosario Prieto y Roberto Herrero; M. Prieto, E. Abraham y P. Dussel, Facundo Rojas. De la misma manera la ecología política en la Argentina, con Héctor Alimonda, propone construir marcos de referencia analítica para el abordaje de los procesos de transformación y conflictos, presentes en la relación hombre-medio. De igual modo, la ecología del paisaje, con trabajos como los de S. Matteucci y J. Morello y Walter Pengue, vislumbran una sostenida producción atenta a la articulación de patrones espaciales y procesos ecológicos de diversas escalas. Finalmente, cabe destacar las compilaciones sobre historia, ambiente, naturaleza y cultura, de revistas académicas abordadas desde la pluralidad disciplinar, a saber:

G. Galafassi y A. Zarrilli (2004), A. Salomón y A. Zarrilli (2012), Alfredo Bolsi y Raquel Gil Monetero, o bien Guillermo Castro.

Así, si bien el listado de autores presentados no concluye la bibliografía sobre historia ambiental argentina, permite ejemplificar la creciente producción académica. Al tiempo que proporciona un enfoque general de las líneas de investigación preponderantes que se trabajan en la actualidad en el país, como por ejemplo: conflicto y medio ambiente, problemáticas ambientales en el ámbito rural; turismo, patrimonio y ambiente; gestión y conservación de recursos naturales; políticas, legislación y planificación ambiental; problemáticas ambientales en el ámbito urbano; riesgo ambiental; educación ambiental; conflictos socioambientales, disputas por recursos, impacto territorial, representaciones culturales de la naturaleza, discurso ambientalista; conflictos ambientales a raíz de la intensificación de la agricultura; los parques nacionales como claves discursivas en la construcción de la idea de nación; soberanía alimentaria, políticas agrícolas y procesos de ambientalización de la cuestión agraria.

Sin embargo, encontramos como deuda pendiente dentro de la historia ambiental argentina estudios que aborden las relaciones entre sociedad y naturaleza desde el enfoque cultural propuesto por McNeill (2005), donde se pondere la reflexión sobre las representaciones culturales del ambiente en diálogo con las sociedades. Asimismo, son escasos los estudios sobre la historia del movimiento ambientalista en el país. Tampoco encontramos trabajos que analicen publicaciones periódicas dedicadas al ambientalismo (o bien que hagan referencia a lo ambiental) como objeto de estudio, ni que hagan hincapié en las representaciones e imágenes que construyeron los diferentes grupos ambientalistas a partir de estas publicaciones.

Las principales líneas de investigación en nuestro país han sabido articular procesos sociales y ambientales en diferentes escalas. No se han perdido de vista las consecuencias en el uso de la tierra, los conflictos por el agua, la destrucción de los bosques, pero sobre todo estos y otros temas de estudio en la materia dan cuenta de la trascendencia que tiene la historia ambiental en la Argentina y la heterogeneidad, no solo de sus temáticas sino de sus enfoques.

1.5. ¿Desde dónde nos posicionamos, en qué dirección trabajamos?

La historia ambiental surge en un ámbito académico, político y social específico. El desarrollo de este campo se corresponde con la preocupación latente por la degradación del ambiente a nivel local, regional y mundial. En consecuencia, desde el ámbito académico se buscan respuestas tan plurales, heterogéneas y complejas como lo es su objeto de estudio.

En virtud de ello se habilita la reflexión crítica y teórica sobre la relación que construye el hombre con el medio natural, puesto que todas las sociedades producen y elaboran una representación respecto al ambiente e instituyen un vínculo particular con la naturaleza. De esta forma, tanto la multiplicidad de enfoques como la diversidad de disciplinas forman las bases de este espacio aún en construcción que procura explicar la trama de relaciones sociedad-ambiente, donde la naturaleza es entendida como un agente histórico activo afectado por las relaciones sociales de producción.

En este sentido la historia ambiental, por un lado, facilita explicaciones sobre las causas de los problemas ambientales del pasado. Por otro, brinda una perspectiva sobre las consecuencias de esas acciones

en el futuro próximo, tanto sobre el ambiente como sobre nuestro devenir, dado que los conflictos ambientales actúan también como un indicador de los modos de producción y consumo de la sociedad. Por consiguiente, la alteración de la naturaleza permite reflexionar sobre nuestra propia organización y práctica social. De igual modo, cuestiona el rol que los diferentes agentes -estado, empresarios y sociedad civil- tienen en el manejo del ambiente y el usufructo de sus recursos.

De acuerdo con esto, se presenta como un espacio de intersección que reconoce los aportes de otros campos disciplinares y se beneficia de ellos, ya que enriquecen el estudio de la compleja relación sociedad-ambiente. Asimismo, acentúa el interés de la perspectiva histórica por las cuestiones ambientales, al tiempo que omite la concepción dualista que interpreta tanto a la naturaleza como a la cultura, en términos antagonicos.

Así, la contextualización de la naturaleza se explica como el resultado de un proceso históricamente construido. Además, en todos los casos, se genera en constante diálogo con las sociedades que articulan sus relaciones y jerarquizaciones con el entorno que los rodea, colocándose como actores dinámicos de esa relación. Frente a este contexto el afán de la historia ambiental -tanto en Latinoamérica como en la Argentina- es, aun en la actualidad, el de construir una historia integral y categórica.

1.6. La responsabilidad de los medios en la cobertura sobre temáticas ambientales

Los debates públicos que se plantean en los medios de comunicación en la Argentina sobre las cuestiones ambientales y los conflictos

socioambientales suelen evitar, por lo menos, dos esferas: las raíces económicas del conflicto y los intereses políticos que se encuentran imbricados en cada problema ambiental. En este aspecto, es común encontrar coberturas mediáticas sobre celebraciones organizadas por movimientos ambientalistas, campañas de reciclaje, actividades propuestas por ONG's "verdes", pero cuando se trata de acontecimientos de riesgo el acento frecuentemente se encuentra en las inclemencias del tiempo, los desastres, amenazas y catástrofes "naturales", entre otros términos comúnmente utilizados. Es decir que existe una deformación en la manera de entender y presentar los conflictos ambientales, en consecuencia "los receptores de la información mediática de catástrofes están más acostumbrados a saber identificar fenómenos catastróficos que a saber comprenderlos" (Lozano Ascencio, 2002, p. 3). En principio, porque esas calificaciones suponen invertir la responsabilidad del hecho ocurrido a "fuerzas naturales" o "sobrenaturales" que atentan irremediablemente en contra del ser humano. Otra malinterpretación de los fenómenos ambientales consiste en atribuir la carga negativa sobre la naturaleza, considerando su "acción malfica" por encima de otras causas, como las condiciones políticas y los intereses económicos que se esconden detrás de estos acontecimientos. En muchos casos estas representaciones son reforzadas y difundidas por los medios de comunicación. Política, economía, naturaleza, democracia, ciudadanía y comunicación, lejos de ser esferas disociadas entre sí, están estrechamente vinculadas. Así, los medios de comunicación tienen una función primordial en la construcción de imágenes y discursos sobre los problemas ambientales. Por momentos se ha llegado a creer que en nuestro país no existieron políticas ambientales; este es un postulado erróneo. Por el contrario, las políticas

ambientales se fueron perfilando de acuerdo con el momento histórico particular del país, atravesando gobiernos democráticos y de facto. Esto nos permite pensar, entonces, que la Argentina -con mayor o menor éxito- intentó construir una cultura ambiental (Arnold, 2000) conforme a la estructura política y económica vigente, y a los modos de participación de los actores sociales y de la ciudadanía.

Los medios de comunicación se constituyen como una referencia inexorable en el establecimiento de la agenda pública, donde los ciudadanos toman sus decisiones -políticas, económicas y ambientales- sobre la base de la información que le proporcionan. Por consiguiente, no resulta menor el comportamiento de estos en la creación de una conciencia ambiental. En el caso particular de la Argentina, los temas ambientales han ocupado un espacio reducido en la agenda mediática. Son escasos los medios que cuentan con especialistas en el tema; esto implica errores groseros en su tratamiento, así como una simplificación de la complejidad que acarrearán estos problemas. Es decir que los medios de comunicación cuentan con una gran responsabilidad social al seleccionar qué transmitir y cómo hacerlo. En este aspecto, entra en juego la percepción social de los problemas ambientales que para García (2011) encierra tres dimensiones: la preocupación, que refiere al grado de consideración que adquieren los problemas ambientales para la sociedad; la disposición a actuar, que tiene que ver con las actitudes determinadas que toman los ciudadanos en virtud de la información que tienen sobre las cuestiones ambientales, y el significado, es decir, enlazar la protección del medio ambiente con otros valores (p. 276). Los tres ejes se deben tener en cuenta en el momento de desarrollar un análisis sobre problemas o conflictos ambientales, más aún cuando se estudia de qué forma estos fueron abordados por los

medios de comunicación. En consecuencia, estas manifestaciones estarán en mayor o menor medida presentes en cada sociedad de acuerdo con el grado de información al que esté expuesto, a la presencia del tema en los medios, a la incidencia directa o indirecta que tenga en la vida cotidiana de los ciudadanos, al grado de incertidumbre, etcétera (García, 2011). Indudablemente tanto las emergencias, los desastres, los problemas y conflictos ambientales son novedosos, y por lo tanto ocupan un espacio en los medios de comunicación. En consecuencia, estos poseen una responsabilidad de informar con seriedad, de forma ética y científica, con el fin de trascender la sensación de alarma, con profundidad teniendo en cuenta el contexto y los antecedentes de cada caso particular, sin eludir las obligaciones que cada actor social presente posea.

Por lo antedicho, este estudio procura ser un aporte al estudio de las representaciones culturales sobre el ambiente. El trabajo se realizará a través de un enfoque histórico-ambiental, donde ocupe un lugar central el origen del discurso ambientalista, y se pondrá especial atención a la construcción del discurso de los medios de comunicación a lo largo del período establecido entre 1960 y 1990.

| CAPÍTULO 2 |

Enfoques teóricos, estrategias metodológicas. Herramientas para abordar el discurso ambiental en la Argentina

En este segundo capítulo nos proponemos conceptualizar qué y cómo entendemos la cultura, la contracultura, la comunicación, y cómo se vinculan estos preceptos con el discurso ambiental. Posteriormente, nos detendremos a establecer a qué nos referimos cuando hablamos de discurso; asimismo, desarrollaremos cuáles son las herramientas metodológicas que emplearemos en esta investigación.

2.1. Discusiones en torno al concepto de “cultura” en la relación comunicación-sociedad

La comunicación implica la construcción de sentidos que, de manera sistemática, se construyen y se negocian. La propia definición encierra una multiplicidad de significados. Es innegable que los procesos de comunicación han motivado interés en diversas disciplinas, tan heterogéneas como “la filosofía, la historia, la geografía, la psicología, la sociología, la etnografía, la economía, las ciencias políticas, la biología, la cibernética o las ciencias del conocimiento” (Matterlart, 1997, p. 9). Además, fue cuestionada la legitimidad científica de este campo dentro de las ciencias sociales; al respecto Mattelart (1997) señala que la historia de las teorías de la comunicación es la de los “fraccionamientos y de los diferentes intentos de articular o no los térmi-

nos de lo que, con demasiada frecuencia, aparece más bajo la forma de dicotomías y oposiciones binarias, que de niveles de análisis” (p. 10). Para Thompson (1998), por su parte, la comunicación es entendida como una actividad social que implica la producción, transmisión y recepción de formas simbólicas (p. 36). En este contexto, los medios de comunicación desempeñan un papel primordial al ser concebidos como un fenómeno social cuyas formas simbólicas se plasman en contextos culturales e históricos precisos. La comunicación, por lo tanto, siempre “forma parte de contextos sociales estructurados de varias formas y que, a su vez, tienen un impacto estructural en los actos comunicativos” (p. 26). En este sentido, el proceso comunicativo resulta trascendental en la constitución de una cultura. El enfoque culturalista, al decir de McQuail (1994), engloba todas las particularidades de la producción, formas, recepción de los textos, como también del discurso que los envuelve (p. 158). Este autor respalda la visión de Carey (1975), para quien la relación comunicación-sociedad debía conceder un espacio primordial a la cultura; así definió a la comunicación como “un proceso simbólico mediante el cual se produce mantiene, repara y transforma la realidad” (McQuail, 1994, p.158).

Cabe destacar que no resulta sencillo definir el término “cultura” por la pluralidad de sentidos que se le han otorgado a esta palabra. La literatura sobre este concepto cuenta con un amplio recorrido procedente de una diversidad de disciplinas. En efecto, se presenta como un concepto ambiguo y extenso, el cual reviste de importancia y relevancia dentro del campo de las ciencias sociales. Sin embargo, en el debate por la cultura, para Williams (2008) “la complejidad no está en la palabra, sino en los problemas que las variaciones de su uso indican de manera significativa” (p. 92). Por esa razón, si bien no es posible rea-

lizar una reseña exhaustiva de todos los autores que nutrieron la discusión, los usos de la cultura que se desarrollan aquí se definieron en función de los autores más relevantes que, desde diferentes campos de saber, con sus aportes proporcionaron un marco de referencia al debate. Además, tomaremos como parámetro la propuesta de McQuail (1994), quien sostiene que la comunicación es una condición fundamental de la cultura, puesto que ninguna cultura podría desarrollarse, sobrevivir, difundirse y tener éxito en general sin la comunicación.

En relación con Williams (2008), este autor realiza un recorrido del término “cultura” sentenciándolo, como se mencionó, como una de las palabras más complejas para definir debido a su enrevesado proceso histórico, y sostiene que “ha llegado a usarse para conceptos importantes en varias disciplinas intelectuales diferentes y varios sistemas de pensamiento distintos e incompatibles” (p. 87). Al mismo tiempo, propone una historización del concepto, y afirma que para la historia y los estudios culturales la referencia al término “cultura” implica hablar de “sistemas significantes o simbólicos” (p. 91).

En el caso del antropólogo y crítico cultural Néstor García Canclini (1981), la cultura se define como la “producción de fenómenos que contribuyen, mediante la representación o reelaboración simbólica de las estructuras materiales, a reproducir o transformar el sistema social” (p. 14). De esta manera, se concibe a la cultura como un proceso social en constante transformación.

El antropólogo Clifford Geertz, por otra parte, sostiene que la cultura es el conjunto de estructuras de significación que se encuentran superpuestas y entrelazadas entre sí, y a través de las cuales el mundo humano tiene sentido (en Caletti, 2002). En esta perspectiva, la cultura implica una trama de significaciones que son socialmente esta-

blecidas, lo que reduce la cuestión al ámbito de lo simbólico. Para el sociólogo Zygmunt Bauman (2002), la cultura refiere tanto a la

invención como a la preservación, la discontinuidad como a la continuidad, a la novedad como a la tradición, a la ruina como a la ruptura de modelos, al seguimiento de las normas como a su superación, a lo único como a lo corriente, al cambio como a la monotonía de la reproducción, a lo inesperado como a lo predecible (p. 22).

Gilberto Giménez (2005) menciona que la cultura se concibe como una “dimensión analítica de la vida social”. La considera como un “proceso de continua producción, actualización y transformación de modelos simbólicos (en su doble acepción de representación y de orientación para la acción) a través de la práctica individual y colectiva, en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados”. Por consiguiente, como un “conjunto de hechos simbólicos” que cobran sentido en la sociedad (pp. 67-87).

Yuri Lotman, lingüista y semiólogo, establece un vínculo entre comunicación y cultura, y señala que esta última constituye la información no hereditaria que recogen, conservan y transmiten las sociedades humanas (en Caletti, 2002). Dada esta definición, se puede establecer que las prácticas de los sujetos sociales son entendidas como componentes de un sistema de significación que posibilita el acto comunicativo entre hablantes. Desde este foco, el análisis de la cultura nos asegura, al entender de Lotman (1979), que es posible describir los diversos tipos de cultura como tipos de lenguajes particulares y que, de esta manera, pueden aplicárseles los métodos usados en el estudio de los sistemas semióticos (pp. 41-42).

Sin embargo, serán los Estudios Culturales del Centro de Birmingham, fundado en 1964, donde se hará hincapié en “las formas, las

prácticas y las instituciones culturales y sus relaciones con la sociedad y el cambio social” (Mattelart, 1997, p. 71). El Centro de Estudios Culturales cimienta sus bases en las obras de Hoggart, Williams y E.P. Thompson. En el primer caso, Hoggart se concentra en describir los cambios “que trastornaron el modelo de vida y las prácticas de las clases obreras” (p. 71), mientras que Williams -como vimos al comienzo- entiende a la cultura como un “proceso global a través del cual las significaciones se construyen social e históricamente” (p. 72). Finalmente, Thompson, al igual que Williams, advierte la idea de cultura en términos plurales, es decir que no habla de una sola cultura sino de varias, y declara que “la historia está hecha de luchas, tensiones y conflictos entre culturas y modos de vida, conflictos íntimamente ligados a las culturas y a las formas de clases” (p. 72).

En consecuencia, Hall (quien queda al frente del Centro en 1968 y es uno de los padres de los estudios culturales) vincula los procesos comunicativos a la cultura y la identifica como “el nivel en el cual los grupos sociales desarrollan distintos modos de vida y dan forma expresiva a sus experiencias vitales, sociales y materiales”. Por lo tanto, “la cultura es el modo, las formas, en que los grupos utilizan la materia prima de su existencia social y material” (Hall y Jefferson, [1976] 2010, p. 69).

En este sentido, la cultura presenta los entramados de significados que hacen asequible y descifrable el mundo para los sujetos, armonizando tanto el orden simbólico como el social. Así, la cultura es entendida como “un modo de vida particular y distintivo con significados, valores e ideas corporizados en instituciones, en las relaciones sociales, en sistemas de creencias, en las buenas costumbres en los usos de objetos y vida material” (Hall y Jefferson, [1976] 2010, p. 69). Es entendida como aquello que configura y moldea las relaciones so-

ciales y, al mismo tiempo, aquello que permite entender, interpretar y experimentar esos vínculos. Es decir, es un proceso constante de producción de significados.

Al mismo tiempo, la cultura es jerárquica y dominadora y, de esta forma, es posible encontrar culturas hegemónicas que intentan presentarse como las únicas legítimas. Por consiguiente, no se puede hablar de una cultura sino de múltiples culturas organizadas en dominancia (Cabello, 2008).

Con el fin de explicar el vínculo entre culturas dominantes y dominadas, Hall retoma la noción de hegemonía de Antonio Gramsci, quien sostiene que es la “capacidad que tiene un grupo social de ejercer la dirección intelectual y moral sobre la sociedad, su capacidad de construir en torno a su proyecto un nuevo sistema de alianzas sociales, un nuevo bloque histórico” (Mattelart, 1997, p. 73). En el caso de Hall, el concepto de hegemonía descansa en la suposición de que “en las sociedades modernas, los grupos fundamentales son las clases sociales, y las principales configuraciones culturales serán culturas de clase”. De esta forma, la cultura se sostiene en tanto las clases dominantes perduran (Cabello, 2008). No obstante, las propias culturas comprenden el surgimiento de otras fuerzas capaces de enfrentar el orden establecido, como es el caso de las contraculturas, donde también la comunicación es una dimensión irreductible en la disputa por la producción de sentidos.

2.2. Inconformismo, tensiones y nuevas identidades. Nociones sobre la conceptualización del término “contracultura”

Los Estudios Culturales de Birmingham también se preocuparon por explicar y analizar el fenómeno de la “cultura juvenil”,

surgida luego de la Segunda Guerra Mundial, que protagonizó con posterioridad la emergencia de la denominada *contracultura*. En este caso, para Hall ([1977] 2010) las “culturas juveniles” o subculturas se “forman en el terreno de la vida social y cultural [y] aparecen en momentos históricos particulares: se vuelven visibles, son identificables, etiquetables” (p. 75). El planteo de Hall se orienta al estudio de las subculturas integradas por grupos de jóvenes provenientes de la clase trabajadora de Inglaterra, heredera del período de posguerra, en oposición a la “cultura parental” y la cultura dominante. Advierte que

las subculturas deben ser relacionadas con las “culturas parentales”, de las cuales son un subconjunto. Pero las subculturas, además, deben ser analizadas en su relación con la cultura dominante -la disposición general del poder cultural en la sociedad como un todo- (Hall ([1977] 2010, p. 74).

Si las culturas juveniles nacen asociadas a la clase trabajadora, para este autor la contracultura se relaciona a la aparición de grupos identificados con sectores de la clase media. En este marco, las contraculturas de clase media -como las define Hall- se diferencian por “explorar instituciones alternativas a las centrales de la cultura dominante: nuevos patrones de vida, de vida familiar y de trabajo” (p. 144). Asimismo, se caracterizan por evidenciar su oposición a los valores e instituciones dominantes, haciendo más explícito su planteo. Así, las contraculturas direccionan su disenso y oposición directamente contra las instituciones que reproducen los vínculos ideológico-culturales dominantes. Ahora bien, si se tienen en cuenta los orígenes de este movimiento, en constante tensión y enfrentamiento contra ese

régimen cultural establecido de los convulsionados sesenta, es posible comprender las dificultades que presenta su abordaje.

Los esfuerzos de Hall por definir las subculturas son herederos de los planteos de Theodore Roszak, quien en 1968 desarrolla el concepto de contracultura por primera vez. El autor caracteriza a la contracultura como un fenómeno que atañe solo a “una estricta minoría de jóvenes y a un pequeño puñado de sus mentores adultos” (Roszak, 1968, p. 10). Asimismo, posee importancia suficiente “tanto por su alcance numérico como por su fuerza crítica y exige una atención particular e independiente” (p. 11). Además, definió a los movimientos contraculturales como

una cultura radicalmente (...) desafiada o desafectada a los principios y valores fundamentales de nuestra sociedad (...) que pretenden transformar el más mínimo sentido de nosotros mismos, los otros y todo lo que nos rodea (Roszak, 1984, pp. 57-64).

Si bien Roszak concentra sus esfuerzos en definir a la contracultura dentro de la sociedad norteamericana, en el afán por precisar el término también realiza un recorrido de las acciones que desarrollaron las minorías juveniles en Europa, colocando como emblema de esta disputa entre jóvenes y adultos de la sociedad occidental, a la Rebelión de Mayo de 1968:

Si miles de estudiantes marchan en rebeldía a las barricadas, sus prudentes padres marchan a favor del statu quo por decenas de miles y votan por millones por el general y la élite de tecnócratas reclutada en la École polytechnique a fin de salvaguardar la nueva opulencia de Francia (p. 17).

Dejando en evidencia que ningún reclamo juvenil puede prosperar sin el apoyo de las fuerzas de los grupos adultos. Roszak define a la contracultura en oposición a lo que él denomina tecnocracia, es decir, una forma social arraigada en Estados Unidos por la cual la sociedad industrial consigue “la cumbre de su integración organizativa” (p. 19). La tecnocracia opera a partir de categorías incuestionables, tales como “la necesidad de más eficacia, seguridad social, coordinación en gran escala de hombres y recursos, crecientes niveles de abundancia y manifestaciones del poder colectivo humano cada vez más formidable” (pp. 19-20). En este sentido, la contracultura se opone a la presión del sistema, la cual obstaculiza y pervierte a la voluntad humana. No obstante, Roszak asegura que aun siendo insuficientes los esfuerzos de esa generación de jóvenes para llevar adelante una “transformación secular”, es desacertado suponer que no buscan una transformación radical (Roszak, 1968).

Otros autores como el filósofo político Herbert Marcuse, integrante de la Escuela de Frankfurt, también se interesaron por conceptualizar este fenómeno, atendiendo a las raíces de la opresión de la sociedad industrial capitalista y la posterior sublevación de jóvenes que, como se mencionó, se concretó hacia 1968 particularmente en Estados Unidos y Francia (Fernández, 2010). Marcuse señala que existen en la sociedad tendencias que proclaman el quiebre total con “las necesidades dominantes en la sociedad represiva”. Al igual que Roszak, considera que los grupos identificados con el movimiento contracultural son “característicos de un estado de desintegración del sistema”. Sin embargo, sostiene que como fenómeno no tiene ninguna fuerza transformadora, aunque llegará el momento en que “junto con otras fuerzas objetivas mucho más potentes, pueda tener su función” (Mar-

cuse, 1968, p. 21). En este aspecto, otros teóricos, como el sociólogo John Milton Yinger, entienden la contracultura como “aquellas subculturas en donde los valores se encuentran en oposición al sistema axiológico dominante” (García Naharro, 2012, p. 304). En este sentido, los movimientos contraculturales se caracterizan, tal como menciona Ken Goffman, por “afirmar el poder del individuo para crear su propia vida, más que para aceptar los dictados de las convenciones y autoridades sociales que los rodean” (p. 304).

En el caso de América Latina, Pujol (2007) indica que “se reconoció una posibilidad antes negada: el postergado encuentro entre una cultura joven atenta al mundo y un ‘destino continental’ apuntalado por el discurso de liberación nacional y la lucha contra el imperialismo” (p. 323). Mientras que José Agustín (1996) afirma que existen diferentes maneras de concebir el término “contracultura”, de acuerdo con si se comulga o no con este movimiento. Sin embargo, para este autor el concepto “abarca toda una serie de movimientos y expresiones culturales, usualmente juveniles, colectivos, que rechazan, se enfrentan o trascienden la cultura institucional” (en Arse Cortes, 2008, p. 263). Para Guillermo Fadanelli (2000), la contracultura implica aquello que se caracteriza en ir en contra de cualquier institución y de los pensamientos considerados hegemónicos o dominantes para la época (en Arse Cortes, 2008).

Lejos de considerar a los movimientos contraculturales como un todo homogéneo y totalizador, se debe tener en cuenta que el quiebre social y cultural que proponían colisionaba con el statu quo y con el orden o disciplinamiento que se desprendía de aquel. Tal vez por esa razón sea prudente comprender que la contracultura no es un movimiento disciplinado sino, como menciona Roszak (1968), tiene algo de “cruzada medieval: variopinta procesión en constante movimiento,

ganando y perdiendo miembros a lo largo del camino” (p. 63). Por el contrario, es un fenómeno que rechaza, a nivel individual como colectivo, la trasgresión de los instintos y de la sensibilidad humana (Roszak, 1968). Por consiguiente, la contracultura es aquello que se opone a lo convencional y el rechazo a lo instituido, implica la búsqueda del colapso normativo, además de la superación de las corrupciones de la cultura dominante, las cuales se erigen como pilares básicos de su proyecto (Naharro, 2012).

En este marco, los jóvenes⁴ de la época y sus intereses encuentran resonancia de sus inquietudes, fundamental pero no exclusivamente, en el rock y en la prensa gráfica. Dos productos culturales con los que este colectivo se siente identificado.

La época de apogeo de la contracultura se ubica entre fines de la década del sesenta y principios de la del setenta, atravesada por diferentes preocupaciones que fueron consolidando los temas que se abordaban, por ejemplo, en esos primeros medios de comunicación del *underground*.

Paulatinamente, primero en Estados Unidos y luego en el resto del mundo, fueron surgiendo periódicos y revistas enfocados en resaltar estas nuevas tendencias que comenzaban⁵ a manifestarse. En el pri-

⁴“Alrededor de la década del cincuenta en adelante los jóvenes irrumpieron en el espacio público intentando diferenciarse de las generaciones anteriores, de la cultura ‘adulta’ y en contra de la cultura dominante. Esta subalternidad se expresó en la contracultura estadounidense, la generación beat, el hippismo, los movimientos políticos y estudiantiles del 68 en París, Praga y Tlatelolco, sumándose luego el Cordobazo y la lucha armada en casos como Montoneros, y el episodio conocido como La noche de los Lápidos, de Argentina” (Murolo, 2011, p. 145).

⁵La expresión “Lost Generation” fue originariamente acuñada por la escritora norteamericana Gertrude Stein, e identificaba a los escritores norteamericanos de entre fines

mer caso, se rescata el magacín *Village Voice* (1955) como precursor, fundado por Ed Fancher, Dan Wolf, John Wilcock y Norman Mailer. Este semanal llegó a editar artículos de Ezra Pound (poeta y ensayista perteneciente al grupo de la Generación Perdida), Henry Miller (novelista que influyó profundamente en los protagonistas de la Generación Beat⁶) y James Baldwin (escritor y activista por los derechos civiles de los afroamericanos), entre otros. Pero fue el *The East Village Other* (1965) quien se posicionó como un hito dentro de la prensa contracultural norteamericana. Fue fundado por Walter Bowart, Ishmael Reed, Allen Katzman, Dan Rattiner, Sherry Needham y John Wilcock. Además, fue una de las publicaciones fundadoras del Underground Press Syndicate, donde se congregaban las diferentes publicaciones del entorno contracultural. Esa red, al decir de los autores Benedetti y Graziano (2007), permitió

la circulación del caudal informativo alternativo, con la ventaja del copyright libre y una llegada más intensa del estimulante panorama de revistas de comics underground que reflejaban con humor su propio submundo y el desencanto de los marginales americanos (p. 18).

En el caso de la vertiente latinoamericana se encuentran las revistas mexicanas *El corno emplumado* (1962), editada por Margaret Randall

de la Primera Guerra Mundial y la Crisis de 1929. Esta “Generación perdida” estaba integrada por John Dos Passos, Ezra Pound, Erskine Caldwell, William Faulkner, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Sherwood Anderson y Francis Scott Fitzgerald.

⁶La “Generación Beat” hace referencia a un conjunto de escritores estadounidenses de la década de los cincuenta, cuyos referentes eran Allen Ginsberg, William Burroughs y Jack Kerouac. Este movimiento expresaba el descontento frente al sistema estadounidense.

y Sergio Mondragón, y *Pájaro Cascabel* (1964), editada por Thelma Nava; mientras que por Nicaragua encontramos *El pez y la serpiente* (1961), de Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal. En el caso argentino, las revistas de Miguel Grinberg *Eco Contemporáneo* (1961) y *Contracultura* (1970) también formaron parte de esa red de medios alternativos, y junto a *Mutantia* (1980) y *Expreso Imaginario* (1976) se constituyeron en íconos del movimiento en el territorio argentino, además de ejemplos a nivel latinoamericano.

Por un lado, en estas publicaciones comienzan a desarrollarse temas sobre arte, sexualidad, drogas psicodélicas, movimientos pacifistas, misticismo, revolución del estado de vida reinante, y por otro, sobre conciencia ambiental, acciones comunitarias grupales, desarme nuclear, protesta estudiantil, entre otros. Definitivamente la heterogeneidad de asuntos dividía a los grupos entre aquellos que buscaban una cultura alternativa utópica y, por otra parte, quienes concentraban metas políticas más operativas. A pesar de ello, las diferentes vertientes de este movimiento compartían la misma matriz: el rechazo a la cultura parental o dominante en términos de Hall, o bien la oposición directa a la tecnocracia, en el caso de Roszak. En definitiva, se trata de expresiones culturales enfrentadas a la cultura institucional imperante.

En la Argentina, en el período 1960-1980, son los nuevos medios de comunicación, como los casos que se estudian en la presente investigación, los que emergen como espacios de resistencia y se colocan como pioneros dentro de la prensa gráfica contracultural local. Las publicaciones ya mencionadas, como *Eco Contemporáneo* (1961-1969), *Expreso Imaginario* (1976-1983) y *Mutantia* (1980-1987), abrieron camino y se consolidaron dentro del periodismo contracultural argentino.

Principalmente se afianzaron dentro del campo por la selección y el abordaje que realizaban sobre las cuestiones ambientales y debates de eco-filosofía que, como mencionamos anteriormente, funcionaron como tópicos dentro de la tendencia contracultural. Por esta razón, se escogen estos medios gráficos clave que servirán de referencia para analizar el origen y el discurso del movimiento ambientalista argentino en sus inicios en el ámbito contracultural.

2.3. Medios de comunicación: generalidades del discurso ambiental en los medios de comunicación

Los medios de comunicación masiva desempeñan una función central en la configuración de la sociedad moderna y se colocan como mediadores necesarios del acontecer social entre el “suceso” y los individuos. Además, son vehículos de transmisión tanto de información como de opiniones, y responsables de la construcción social de la realidad circundante. Por ello los medios no pueden considerarse neutrales; por el contrario, construyen representaciones sociales particulares que permiten elaborar una determinada concepción del mundo a través de la selección que realizan sobre qué se muestra, qué se omite y qué actores sociales e instituciones se (re)presentan. También establecen agenda, entre otras razones, gracias a la autoridad relativa que la comunidad les ha otorgado (Raiter, 2008), y producen discursos con características y estructuras particulares. Si aceptamos que el contenido que brindan los medios no es neutral, tampoco puede serlo el uso que se hace de “las formas lingüísticas como diseño, diagramación, redacción, intervención, reportajes” (Raiter, 2008, p. 9). Para Charau-deau (2003), los medios son “soportes institucionales” que incorporan los conceptos “información” y “comunicación” a sus lógicas econó-

micas, tecnológicas y simbólicas. En términos de Thompson (1998), los medios constituyen el poder simbólico encargado de producir y difundir formas simbólicas.

Tradicionalmente, los medios cumplen con la función de mediadores entre los hechos y su público, realizando una selección de los temas que presentarán; de ese modo se construyen los sistemas de valores que regulan el sentido social de las comunidades (Charaudeau, 2003). Cabe destacar que los medios imponen una visión de los hechos; por lo tanto, construyen una realidad posible y un sentido particular del mundo para las comunidades. Es decir, elaboran una “visión adecuada a sus objetivos, pero muy alejada de un reflejo fiel” (p. 15). De modo similar, Thompson (2014) sostiene que en la cultura mediática el espacio público se asemeja a “un laberinto de espejos, donde todo lo que existe es reflejo de otras representaciones mediáticas” (p. 49).

En general los medios de comunicación han construido sus discursos sobre el mundo y sobre las problemáticas ambientales partiendo de crisis locales o regionales, seleccionando y jerarquizando aquella información que, según su criterio periodístico, es más pertinente, aunque eso no implicó que la cobertura mediática, en sus inicios, dejara de ser esporádica.

Sin embargo, uno de los hechos más destacables de las coberturas ambientales es el enfoque catastrófico o sensacionalista que se le brinda a la información. De esta manera se propicia la “espectacularización” del suceso noticiable, en detrimento del análisis y la concientización, provocando en la audiencia estados de estupor o perplejidad frente a los hechos narrados. Esto significa que los medios no solo cumplen con la función de informar sino también elaboran un espectáculo para sus receptores. Como señala Bru (1997), este con-

cepto alude, en primer lugar, a la utilización de imágenes del medio y de la naturaleza como “objetos de consumo visual con alto contenido simbólico”. En segundo lugar, a que los conceptos, imágenes y valores que las sociedades contemporáneas asignan al medio y a la naturaleza “tienen muy poco que ver con un mayor conocimiento y una experiencia más directa de la realidad de ambos” (p. 169), es decir que es una construcción social, un producto para el consumidor. Mientras que Charaudeau (2003) asegura que los medios “si bien no son una democracia en sí misma, en todo caso son un espectáculo de ella” (p. 15). Para esta autora el espectáculo se presenta como una necesidad dentro de la lógica simbólica que encierran los mecanismos mediáticos. Finalmente, Raiter (2008) sostiene que los medios “forman parte de una gran industria cultural, una industria que produce mercancías para ser consumidas durante el llamado ‘tiempo libre’ ” (p. 11).

Como señala Thompson (2014), la sociedad moderna es una sociedad caracterizada por el riesgo, que nos mantiene en constante alerta sobre los cambios que pueden producirse. En ese marco los medios de comunicación desempeñan un rol protagónico, puesto que la información que transmiten “aumenta la conciencia del riesgo” (p. 50). Pero para Krimsky y Plough (1988), los medios no deben perder de vista tanto la racionalidad técnica (precisión informativa, datos estadísticos concretos, criterios científicos, etcétera) como la cultural (sensibilidad de la población, disminución del pánico, descripción sobria de los hechos, etcétera) en el abordaje de las comunicaciones sobre riesgos ambientales. Por último, Castells (2009) sostiene que las emociones negativas sobre la audiencia “focalizan más la atención que las positivas. El miedo es la emoción negativa más poderosa. Las connotaciones catastróficas de las consecuencias [de la crisis ambiental] in-

funden un miedo profundo en la gente” (p. 416). En este sentido, en la mayoría de las coberturas mediáticas sobre problemáticas ambientales, se pondera el riesgo por sobre la prevención y la catástrofe antes que la información, aumentando la preocupación de la población en lugar de promover la concientización. Para Lozano Ascencio (2002), “los riesgos de catástrofes pueden ser muchos y muy complejos”, pero los medios de comunicación colaboran para que sean percibidos como algo único y generalizable. De esta forma, “nadie está exento del peligro de sufrir un trastorno destructivo, por improbable que pudiera parecer” (p. 3).

Por lo que se refiere a la percepción social sobre la problemática ambiental, esta, como veremos durante la presente investigación, atraviesa tres etapas diferenciadas: la preocupación por el perjuicio hacia la naturaleza; la puesta en acto en búsqueda de soluciones posibles para sanear el problema; la significación, es decir, la imbricación de la problemática con otros valores culturales. En tanto avanzamos con el estudio de estas fases, el análisis se vuelve más complejo; al mismo tiempo eso evidencia la especificidad del objeto.

En este contexto, el estudio de los medios de comunicación es de capital importancia porque a través de ellos la sociedad adquiere información y construye, además, su “cultura ambiental”. Los medios son espacios donde se disputan no solo significados sino también la hegemonía sobre esos significados; por ello Arnold (2000) afirma que el ambiente “ha sido el campo de batalla donde han contendido ferozmente culturas e ideologías” (p. 11). En consecuencia, la formación de la identidad colectiva de cualquier grupo cultural estará condicionada por las características de su entorno natural.

En las coberturas mediáticas los problemas ambientales se convierten en una construcción social “hecha por nosotros mismos, en un ve-

hículo de nuestra subjetividad” (p. 59). Si tenemos en cuenta que en la mayoría de los casos los ciudadanos no tienen una experiencia directa con estas problemáticas ambientales (Lema Blanco y García Mira, 2009, p. 275), los medios de comunicación se tornan indispensables.

Lema Blanco y García Mira (2009) afirman que las actitudes ambientales de las personas no pueden entenderse sin comprender el grado de información ambiental al que están expuestas, por lo tanto, los medios de comunicación brindan la materia prima informativa para la construcción social de las representaciones del ambiente (Bonnes, Nonaiuto, Metastasio, Aiello y Sensales, 1997). Al mismo tiempo, connotan y otorgan significados particulares a aquellos acontecimientos vinculados a problemas ambientales, puesto que actúan como intermediarios entre la realidad de la que informan e interpretan y la sociedad a la que se dirigen (Montero, 2002; Lema Blanco y Meira Cartea, 2007). Al mismo tiempo, para Manzini (2000) las cuestiones ambientales mencionadas en la prensa son relativas y se perciben de acuerdo con factores aleatorios, eventuales, y al lugar que ocupa la problemática en los medios.

Conforme a esta visión, el desarrollo que tuvo el interés por las cuestiones ambientales desde la década del sesenta es semejante al proceso que aconteció en la cobertura mediática sobre el tema. Consideremos ahora que el interés por las cuestiones ambientales surgió en la década del sesenta a causa de la crisis ambiental, producto de la alteración y destrucción de los recursos naturales; se acentuó en la década siguiente gracias a la emergencia de los movimientos ambientalistas que enarbolaron la bandera de la conciencia ambiental; diez años después se atenuó, producto de la poca difusión que recibían los reclamos, hasta inicios de los noventa, cuando renace el interés por

la protección del ambiente. Esta evolución en la consideración que tuvo la cuestión ambiental también se vio reflejada en el desarrollo de la cobertura mediática. Más aún, para que los medios centren su atención en las cuestiones ambientales, estas deben contar con ciertas características.

Recuperando la propuesta de Schoenfeld, Meier y Griffin (1979), encontramos que existen al menos cinco pautas para tener en cuenta: la información debe adaptarse a los criterios noticiosos; además se tienen que localizar en una sección periodística; también se deben conciliar los posicionamientos del medio como de los ambientalistas y disponer de profesionales de la comunicación comprometidos con la problemática; finalmente, la cobertura no debe atentar contra los intereses económicos del medio; de lo contrario, la información es suprimida.

En resumen, los medios de comunicación cumplen un rol protagónico en la identificación, interpretación, difusión y construcción del discurso sobre temas ambientales, porque es a través de la cobertura mediática que las comunidades se informan, conocen y construyen su concientización ambiental.

2.4. Prensa gráfica: particularidades de las revistas

Entendemos que la comunicación es construcción de sentido y, por lo tanto, implica reflexionar sobre un circuito de interrelaciones, subjetividades que se negocian y disputan (Martini y Luchessi, 2004). Es por ello por lo que Thompson (1998) destaca que la comunicación mediática posee una dimensión simbólica irreductible, es decir que se ocupa de la producción, el almacenamiento y la circulación de materiales significativos para los individuos que la producen y la reciben.

En el caso de la prensa gráfica, se posiciona como un espacio propicio para el desarrollo de las transformaciones socioculturales de los grupos sociales (Verón, 2004) y como soporte⁷ que permite tanto la difusión de información como la circulación de los discursos sociales.

En las primeras décadas del siglo XX el auge de nuevos medios de comunicación en la Argentina, en particular de los relacionados al ámbito gráfico, permitió consolidar un acervo de lectores atraídos tanto por los periódicos como por las revistas.

En el caso de las *revistas*, responden a una lógica particular y compleja que presenta una determinada mirada sobre la realidad, en correspondencia al perfil de receptor al que va dirigida. Es decir, hay una necesidad desde el medio por establecer una identificación con la audiencia, así cada una se presenta de forma particular de acuerdo con el público al que se orienta y la época en la que se edita. Por su especificidad, estas publicaciones reflejan el momento histórico, político, social y económico de un país e intervienen en la realidad modificándola parcialmente, dado que producen un discurso atendiendo a los intereses de un determinado grupo construyendo identidades, relaciones sociales, sistemas de creencias y conocimientos (Fairclough, 1995).

En la Argentina, la incidencia de los medios de comunicación, como ya se mencionó, tuvo relevancia a partir del siglo XX y, como plantean Ulanovsky (1997) y Eujanian (1999), se debió a una fuerte alfabetización que colaboró con el desarrollo de la prensa. Así, tanto

⁷En palabras de Charaudeau (2003), los medios se pueden entender como un “conjunto de soportes tecnológicos cuyo rol social consiste en difundir las informaciones relativas a los acontecimientos que se producen en el mundo-espacio público ya sea la prensa, la radio o la televisión” (p. 16).

por el gradual incremento en el caudal de potenciales lectores y compradores de revistas como por el progresivo surgimiento de nuevos medios gráficos, nuestro país comenzó a constituirse como un productor de publicaciones con un amplio bagaje temático. Esto le permitió acercarse a los distintos públicos que se han transformado en fuertes compradores de material impreso.

En relación con la concepción de que las revistas son reflejo de un momento histórico, cabe decir que estas publicaciones revelan un vasto entramado simbólico. Además, encierran ideas, valores, creencias y experiencias capaces de convertirse en claves que permitan a la sociedad discernir la coyuntura social, política y cultural que la rodea. Por otro lado, asegura que grupos minoritarios de esa sociedad puedan plasmar inquietudes y diversas formas de expresión artística, cultural, etcétera. En consecuencia, las revistas constituyen la forma privilegiada de la militancia cultural y su vida es el despliegue periódico de un programa colectivo, “suelen nacer con un manifiesto programático y normalmente mueren cuando ese programa se consume” (Tarcus, 2007, pp. 2-8).

Consideremos ahora que las revistas no son solo un medio de comunicación creado para la transmisión de información, sino también fuentes históricas. Al decir de Trejo (2003), comprender a los medios de comunicación implica entender “las dimensiones del hombre, las tensiones políticas y económicas, el estado moral contemporáneo, el destino de la educación y los límites del ocio” (p. 47). Estas publicaciones se constituyen como fuentes legítimas de interés histórico, toda vez que se presentan como registros de procesos relevantes para el estudio historiográfico; asimismo son caja de resonancia y tribuna de los debates suscitados durante el siglo XX. En este sentido, este tipo de

publicaciones gráficas se configuran como portavoces e ideales de una generación (Quattrocchi-Woisson y Girbal-Blacha, 1999).

Si bien hasta el momento se presentaron las concepciones de revista entendidas desde dos campos diferentes, comunicación e historia, en la presente investigación se procurará establecer un vínculo entre ambas definiciones con el objetivo de lograr una perspectiva y un estudio complementario y multidisciplinario. Analizaremos la importancia de estudiar los medios de comunicación gráficos -como las revistas- en tanto espacios históricos donde se conjugan factores sociales, políticos, económicos, culturales, sin dejar de aludir a que se trata de un medio de comunicación y que busca establecer un vínculo con sus lectores.

2.5. Medios y representaciones

Como se afirmó en el apartado anterior, los medios construyen una realidad social a partir de los hechos que el público no puede experimentar de forma directa. Pérez y Aymá (2015) manifiestan que “de manera profunda e irreversible, el desarrollo de *los media* ha transformado la naturaleza de la producción simbólica y el intercambio en el mundo moderno” (p. 121). No solo se encargan de producir, reproducir y hacer circular información sino, además, a través del lenguaje elaboran representaciones sociales mediante la selección de temas que imponen en su agenda.

Si entendemos a la comunicación como una forma de acción, entonces el análisis de la comunicación debe basarse, al menos en parte, en un análisis de la acción y en una explicación de su carácter socialmente contextualizado, pero, a la vez, no podemos

perder de vista que la dimensión simbólica de la comunicación mediática es irreductible (Pérez y Aymá, 2015, p. 121).

Seguimos a Raiter (2001), quien sostiene que las representaciones son imágenes mentales que cualquier hablante tiene respecto a algún proceso. Es decir que la representación “constituye una creencia y es la base del significado que adquiere cada nuevo estímulo relacionado con esa cosa, evento, acción o proceso” (p. 11). Asimismo, esas creencias individuales se convierten en sociales gracias a la comunicación; cabe destacar que esas representaciones no son neutras. Esto implica que los individuos toman decisiones condicionados por las imágenes que tienen de los hechos percibidos desde los medios (Raiter, 2001). Al mismo tiempo, son las representaciones sociales compartidas por una comunidad las que le otorgan sentido de cohesión (Raiter, 2001). Es por ello, también, que Pérez y Aymá (2015) sostienen que “es importante tener en cuenta que el fenómeno de la información remite siempre y de alguna manera al problema del lenguaje, dado que se trata de un intercambio semiótico en tanto saber que se transmite” (p. 128). En este sentido, para Raiter (2001), las imágenes construidas por los medios contienen un tema de agenda y una marca que funciona como elemento de conexión entre la imagen construida y la creencia del sujeto.

2.6. Discurso como práctica social

El siguiente aspecto trata de aclarar cuál es el vínculo de los medios de comunicación y la circulación de los discursos en la sociedad. Como se afirmó anteriormente, los medios desempeñan un papel primordial al ser concebidos como un fenómeno social cuyas formas simbólicas se plasman en contextos culturales e históricos precisos,

y se constituyen en soportes de los discursos que circulan en la sociedad. Fairclough y Chouliariki (2000) califican a los medios como instrumentos vitales de disputa de poder, ya que se presentan como neutrales debido a que “constituyen un espacio para el discurso público [así, en apariencia] reflejan desinteresadamente los estados de cosas [y se muestran como si] no ocultasen las percepciones ni los argumentos de quienes son noticia” (p. 25). Por su parte, Pérez y Aymá (2015) afirman que “la relación del discurso con los sujetos/habla-ntes no es tan transparente como pudiera parecer a partir de las conocidas categorías ‘emisor’ y ‘receptor’ ” (p. 31). En este sentido, los medios disputan hegemonía al establecer, por un lado, qué temas es pertinente abordar y, por otro, al poner en circulación una singular manera de interpretar la realidad. Es decir que los medios, a través de sus discursos, hacen circular ciertos signos ideológicos (Voloshinov [1960] 2009). En palabras de Voloshinov ([1960] 2009), “todo signo ideológico no solo aparece como un reflejo, una sombra de la realidad, sino también como parte material de esta realidad” (p. 28); además esos signos emergen en el proceso de interacción social. Como señala también Pardo Abril (2013) cuando retoma los aportes de Sapir-Whorf (1971), “la percepción humana de la realidad se moldea en el uso de la lengua y esta, a su vez, determina formas de percepción” (p. 32). En consecuencia, si bien es cierto que una de las funciones de los medios es la de informar, también elaboran espacios propicios para la propagación de diferentes temas devenidos en discursos sociales.

En este aspecto, hablar de discurso implica referirse a una práctica social que no es individual, sino que cobra sentido en la esfera social a través de la interacción de los sujetos sociales. Foucault (1973) sostiene el carácter discursivo de las sociedades; en su planteo el discurso,

lejos de ser “un elemento transparente o neutro” se encuentra “en el orden de las leyes”. La producción de discursos, entendiendo a estos como “realidad material de cosa pronunciada o escrita”, dentro de la sociedad se encuentra reglamentada, controlada y redistribuida. En este sentido se reconoce un conjunto de procedimientos de exclusión, separación y rechazo de los significados sociales, cuyo objetivo final conduce a la dominación del acontecimiento. Esta forma de concebir el discurso implica una estricta relación con el deseo y el poder. Es decir que se reconocen “formas de exclusión que las sociedades ejercen, ya sea sobre el discurso mismo, sobre los sujetos o los modos de circulación de las lógicas” (Pardo Abril, 2013, p. 53). En consecuencia, la conceptualización del acto discursivo en Foucault no se constituye como aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación; por el contrario, es aquello por lo que, y por medio de lo cual, se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse (Foucault, 1973, pp. 11-38).

Retomando las palabras de Pardo Abril (2013), la noción de discurso en Foucault pone en evidencia principios teóricos y metodológicos consecuentes con el estudio del discurso en perspectiva histórico-crítica. Se infiere, entonces, que lo histórico del discurso “no es un bagaje estático a la espera de la interpretación desarraigada sino un objeto parcial, reconstruido con faltantes que desde su incompletud demanda una construcción externa” (p. 54), lo que implica un análisis centrado en las ausencias y los silencios del texto, que otorgan significación al acontecimiento y sentido al discurso.

En el caso de Martín Rojo (1997), la autora retoma a Foucault e interpreta el concepto de discurso como aquel mecanismo por el cual se construye una realidad posible. Es decir que cimienta las bases de las representaciones del mundo que circulan en la sociedad, al tiempo

que permite fundar las bases sociales por las cuales los actores y las instituciones entablan relaciones entre sí. Lo dicho hasta aquí supone considerar a los discursos como interpretación y construcción de los acontecimientos, de las relaciones sociales y de los sujetos. Asimismo, Martín Rojo continúa con los planteos de Foucault respecto del vínculo entre discurso y poder, percibiendo al universo discursivo de un modo similar: como un espacio social constituido por grupos sociales antagónicos en constante oposición, en pugna por establecer “jerarquías discursivas”, es decir, por instalar qué discursos son legítimos y válidos y cuáles no. En otras palabras, los discursos “instituyen, ordenan, organizan nuestras interpretaciones de los acontecimientos y de la sociedad e incorporan además opiniones, valores e ideologías” (Martín Rojo, 1997, pp. 2-14).

Es Van Dijk (2001) quien explica que el discurso es “un suceso de comunicación” y, por tanto, los sujetos emplean el lenguaje para “comunicar ideas o creencias y lo hacen como parte de sucesos sociales más complejos”. Es decir que el discurso, en este caso, “es una interacción verbal” (pp. 21-22). Van Dijk (2003) considera necesario enmarcar los discursos en una perspectiva histórica, social, cognitiva y lingüística, donde el contexto (de producción y circulación) se vincula con los actos comunicativos, las construcciones culturales, sociales y políticas de una comunidad. De esta manera “la cognición social explicita el conjunto de conocimientos, actitudes, ideologías, normas y valores socialmente compartidos que estructuran las representaciones sociales básicas de un grupo” (Pardo Abril, 2013, p. 68).

De esta forma, interpretamos el discurso como un suceso de la comunicación y, por tanto, como una interacción, como parte fundamental y elemento primario de la estructura social. Se resalta la

importancia del discurso como práctica social, inmerso en un contexto sociocultural que no resulta ajeno a los miembros de los diversos grupos e instituciones que conforman la sociedad. Es decir que la idea de discurso no se encuentra aislada de la dimensión social, política e histórica, puesto que todo discurso tiene una dimensión social, cultural y cognitiva (Pardo Abril, 2013).

Finalmente, Fairclough y Wodak (2000) sugieren pensar el discurso como una “relación dialéctica” por la cual el suceso discursivo “está moldeado por las situaciones, instituciones y estructuras sociales, pero a su vez les da forma” (p. 367). Esto implica interpretar el discurso como práctica social, supone entenderlo como una forma de acción capaz de emplear formas lingüísticas que configuran los modos de comunicación, las representaciones de la realidad y del mundo circundante. Fairclough (2003) entiende al discurso como un hecho sociocultural, y la práctica social se comprende como “un conjunto organizado y estabilizado de actividades sociales que pueden ser descritas en términos de sus acciones, sus instrumentos y sus objetos” (Pardo Abril, 2013, p. 71).

De manera análoga, Wodak (2003) considera indispensable pensar el discurso en su enfoque histórico, así integra los conocimientos disponibles sobre las fuentes históricas que incluyen los aspectos sociales, políticos y discursivos. Concibe al discurso como un intrincado conglomerado de actos lingüísticos simultáneos interrelacionados que se manifiestan en ámbitos sociales de acción (Wodak y Meyer, 2003).

Para estos autores el contexto del discurso es fundamental, porque denota los vínculos inter e intratextuales; “las relaciones que se derivan del contexto de situación que incluye las instituciones, la situación social y el marco sociopolítico e histórico en el que se inscriben

las prácticas discursivas” son esenciales para el análisis de diversos acontecimientos sociales (Pardo Abril, 2013, p. 77). En este sentido todos los discursos son híbridos y dialogan con otros discursos sociales.

2.7. Antecedentes de los Estudios Críticos del discurso

Los inicios formales de los Estudios Críticos del Discurso (en adelante, ECD) se ubican en la década de 1970 con las contribuciones de Kress y Hodge (1979), Van Dijk (1985), Fairclough (1989) y Wodak (1989), quienes ilustraron los principios y procedimientos fundamentales hasta el momento abordados por la Lingüística Crítica. Sin embargo, no es hasta comienzos de la década de 1990 que se institucionaliza este saber, cuando estos mismos especialistas comienzan a intercambiar y discutir tanto teorías como métodos. Sin lugar a duda la aparición ese mismo año de la revista *Discourse and Society*, dirigida por Van Dijk, fue una bisagra para la consolidación de esta perspectiva.

Los ECD son herederos de los estudios del lenguaje como práctica social, con un contexto particular y con interés en las relaciones de dominación y poder (Pardo Abril, 2013), mediante la revelación de estrategias discursivas argumentativas, la identificación de elementos contextuales que colaboren con la interpretación de los sucesos y el empleo de la lengua como fenómeno social a través del cual los sujetos se comunican y los discursos se difunden.

Los ECD surgen como una forma de análisis que reconoce “el papel del lenguaje en la estructuración de las relaciones de poder en la sociedad”; además estudia el lenguaje como práctica social y contempla el contexto de uso del lenguaje como crucial (Calsamiglia Blancafort, 2002, p. 22). Cabe destacar que todos los discursos son históricos y, por

lo tanto, solo pueden entenderse por referencia a su contexto (Wodak, 2001); además conviene subrayar que consideramos al discurso como una expresión sociocultural resultante de un contexto social determinado por la coyuntura histórica.

Los ECD consideran que la “amplia unidad del texto discursivo es la unidad básica de la comunicación” (Wodak, 2001, p. 18). Fairclough (1992, 1995) es uno de los referentes de esta perspectiva e integra elementos del análisis lingüístico y los componentes de análisis sociales. Sus principales aportes al campo se relacionan con las nociones de interdiscursividad y la categoría de orden del discurso (Pardo Abril, 2013). Asimismo, Fairclough junto a Chouliariki (1999) explicitan los progresos en el campo, evidenciando cómo ha evolucionado el marco analítico para investigar el lenguaje con relación al poder y la ideología. Explican cuál es la importancia que atañe al ECD en relación con la “naturaleza discursiva de gran parte de los cambios sociales y culturales contemporáneos” (Wodak, 2001, p. 25); al tiempo que se concentran en el análisis de los medios de comunicación por considerarlos instrumentos vitales de disputa de poder. Esto implica considerar la dimensión crítica que encierra cada discurso, y al tener en cuenta que estos son históricamente elaborados e interpretados, se requiere analizar desde el plano lingüístico y con un enfoque crítico el estudio de la interacción social. Dicho de otra manera, se debe considerar una perspectiva de análisis cuyo encuadre se puede combinar con otras disciplinas humanas y sociales.

Van Dijk (2001) asegura que, debido a su combinación de saber y de responsabilidad social, los ECD deben ser un saber riguroso, una perspectiva teórica que dialogue con otras teorías y métodos sociales en tanto campo de estudio transdisciplinar (Fairclough, 2001).

Los analistas del discurso orientan su trabajo a los problemas sociales más que a las teorías, los ECD proporcionan las herramientas teóricas y metodológicas necesarias para una mirada crítica fundamentada del estudio de los problemas sociales, el poder y la desigualdad (Van Dijk, 2001). Teniendo en cuenta que todos los discursos son históricos, solo pueden entenderse por referencia a su contexto. Siguiendo a Fairclough (2001), los ECD pueden vincularse con problemas y luchas particulares de grupos dominados, pero también pueden contribuir a generar una conciencia crítica.

Otra característica por resaltar es la descripción del objeto de investigación desde perspectivas diferentes (Mayer, 2001, pp. 35-59). Uno de los enfoques a los que apunta esta perspectiva entiende como indispensable la producción del discurso vinculado al contexto de elaboración. En este sentido, Wodak (1990) desarrolló el Método Histórico Discursivo, un estudio interdisciplinario que sigue un principio de triangulación y propone integrar el conocimiento disponible sobre las fuentes históricas con el trasfondo de los ámbitos social y político en los que se insertan los “acontecimientos discursivos” (Wodak, 2001). Así, propone vincular la dimensión discursiva, el contexto social y una perspectiva histórica de los procesos estudiados, dando como resultado lo que la autora denominó Aproximación Histórico-Discursiva (en adelante, AHD) (Colorado, 2010, p. 581).

Como se ha dicho, se puede considerar al discurso como una expresión sociocultural resultante de un contexto social determinado por la coyuntura histórica. En otras palabras, “la complejidad del mundo contemporáneo requiere el desarrollo de estrategias teóricas y metodológicas que puedan abordar los problemas sociales y políticos en esa complejidad” (Pérez y Aymá, 2015, p. 75). En este sentido,

el enfoque histórico del discurso, asociado al análisis crítico, trabaja con perspectivas diversas de manera multimetódica y basándose en la diversidad de datos empíricos e información de fondo, buscando integrar fuentes históricas, contexto social, político y cultural en el cual se producen los discursos (Wodak, 2003).

Lo dicho hasta aquí supone el carácter interdisciplinario de estos estudios y su orientación hacia los problemas no exclusivamente lingüísticos, aportando una metodología que incorpora teorías y métodos apropiados que permiten comprender y explicar el objeto de investigación. Por consiguiente, el contexto histórico es siempre analizado y se incorpora a la interpretación de los discursos y los textos. Por último, este análisis específico se vincula con teorías de rango medio, siendo las categorías y herramientas las que se definen en función de los pasos antes mencionados (Wodak, 2003).

En definitiva, el encuadre “se orienta hacia los problemas, no se centra en elementos específicamente lingüísticos”, siendo la “recontextualización el proceso más importante para vincular esas variedades discursivas, junto con los temas y los argumentos” (Wodak, 2003, p. 109). El discurso siempre es un objeto históricamente producido e interpretado, por eso se sitúa en un tiempo y un espacio determinados que deben ser tenidos en cuenta para su análisis (Wodak, 2003).

2.8. Un posible abordaje metodológico desde la perspectiva de los Estudios Críticos del Discurso (ECD)

En el caso del discurso mediático se posiciona como un tipo de discurso particular, así Van Dijk (1990) combina las líneas de investigación de diferentes analistas centrados en la “producción, usos y funciones

de los discursos mediáticos” (Wodak, 2001, p. 26). Este autor realizó estudios sobre la prensa gráfica vinculando cuestiones tanto de poder como de racismo. Asimismo, considera necesaria una teoría sistemática del discurso periodístico como de las relaciones entre las estructuras de las noticias, los procesos de producción y recepción de estas (Van Dijk, 1990). También plantea que el tema central de cada noticia puede encontrarse resumido en su titular, y el estilo de los informes periodísticos se encuentra controlado por los contextos comunicativos (Van Dijk, 1990). De esta forma, manifiesta que “la noticia no está solamente escrita, sino que es también un discurso público” y, además, el discurso periodístico es impersonal, puesto que “no lo produce y expresa un único individuo sino organizaciones institucionalizadas, sean públicas o privadas” (pp. 112-115). Más aún, añade que los relatos periodísticos firmados no revelan señales de expresión personal sino identificaciones secundarias de una voz institucional del medio (Van Dijk, 1990).

El desarrollo del análisis del discurso en tanto estudio transdisciplinar proporciona las herramientas necesarias para estudiar tanto los discursos de los medios de comunicación de una “manera más explícita, sistemática e interesante”, ubicando a los medios dentro de un contexto histórico, socioeconómico, cultural particular, amplio y donde las noticias pueden ser consideradas como una “forma particular de práctica social” (Van Dijk, 1990, pp. 249-250). Todas estas observaciones se relacionan también con el planteo de Wolf (1985), para quien la efectividad de los *mass media* solo es factible de ser analizada en el contexto social en el que actúa, donde su “influencia se deriva más que del contenido que difunden, de las características del sistema social que las rodea” (p. 27).

En cambio, para Fairclough (1992) las diferentes posiciones comprendidas en la rutina de producción de los textos periodísticos son sig-

nificativas e interesantes, y toma en cuenta las diferencias existentes entre los textos colectivos e individuales. Con base en esta perspectiva, podemos señalar las distintas secciones de los periódicos donde se incluye la firma del productor del texto (entrevistas, sociedad, economía, etcétera), en contraste con aquellas cuyo autor es tácito (pronóstico del tiempo, por citar un ejemplo). Dicho de otra manera, los individuos no consumen un medio de comunicación solo por quien escribe en él, sino por las características generales de ese medio (Zullo, 2001), su línea editorial, el estilo, la selección o interpretación de las fuentes utilizadas, el público al que va dirigido (Van Dijk, 1980). Estos son atributos propios de todos los medios impresos y, además, están “sujetos a cambios socio-históricos” (Zullo, 2001).

Teniendo en cuenta estas observaciones, a los objetivos de nuestro estudio, se adoptarán diversos enfoques que permitirán obtener un análisis más nutrido de acuerdo con las fuentes trabajadas. Siguiendo a Pardo Abril (2013), proponemos un recorrido constituido por cuatro instancias delimitadas:

- 1) identificación del fenómeno sociocultural y apropiación del corpus;
- 2) sistematización del corpus identificando las formas de categorizar los hechos;
- 3) análisis cualitativo que permita evidenciar esquemas conceptuales y categorías, y
- 4) observación de los modelos y representaciones en circulación.

Como señalamos antes, la percepción y el grado de receptividad de la población sobre los problemas ambientales se relacionan con la forma en que estos son presentados por los medios ante la opi-

nión pública (García Mira y García González, 2007). Por esta razón, es importante el abordaje teórico transdisciplinar sobre la problemática, a fin de aproximar a la sociedad la complejidad del caso (Lema Blanco y García Mira, 2009). Conforme a lo expresado, entendemos que el hombre plantea una relación con la naturaleza a lo largo de la historia; a la vez adquiere determinadas características psíquicas, físicas y sociales de acuerdo con el medio que lo rodea y la ideología dominante. Esto implica la construcción de metáforas y representaciones que conforman discursos. En este sentido tomaremos de Fairclough (1995, 1992) el concepto de discurso como práctica social e intertextualidad, por el cual cada texto puede transformar textos previos y reestructurarlos para generar nuevos textos. Asimismo, de Raiter (2001) adoptamos el concepto de representaciones sociales, porque las imágenes construidas por los medios circulan en forma de discursos en las comunidades.

En este aspecto, siguiendo a Angenot (2010), hablar de discurso implica referirse a “hechos sociales e históricos” (p. 15), y en términos de Verón (1984) el análisis de los discursos sociales implica vincular los textos con sus contextos de producción. Acudimos también a la Teoría de la Argumentación de Wodak (2003) para hablar de topoi e identificar la construcción argumentativa que cada medio realiza de acuerdo con las menciones efectuadas sobre la cuestión ambiental. Siguiendo a Pérez y Aymá (2015), “llegar a determinar los topoi que funcionan como soporte de los discursos de cierto tipo de sociedad en un momento determinado puede ayudar, ciertamente, a identificar las representaciones sociales hegemónicas en el discurso dominante de esa coyuntura” (p. 78). Desde esta perspectiva, los topoi son elementos de la argumentación que

Forman parte de las premisas obligatorias [tengan] carácter explícito o precisen de inferencia. Son justificaciones relacionadas con el contenido, también conocidas como “reglas de conclusión”, que vinculan el argumento o los argumentos con la conclusión, esto es, con [la idea] que se pretende afirmar (Wodak, 2003, p. 115).

Wodak (2003) distingue cinco herramientas dentro de su teoría de la argumentación, a saber:

- *Referencia o modo de nombrar.* Esta categoría de análisis se pregunta: “¿De qué modo se nombra a las personas y de qué modo se hace referencia a ellas?”.
- *Predicación.* Es el “etiquetado de los actores sociales de forma más o menos positiva o negativa, más o menos desaprobadora o apreciativa”. La pregunta que se plantea es “¿Qué rasgos, características, cualidades y particularidades se les atribuyen?”.
- *Argumentación.* Justificar las atribuciones negativas o positivas mediante las cuales se ha etiquetado a los actores sociales. La pregunta que se plantea es por medio de qué argumentos y esquemas argumentativos se trata de legitimar la exclusión, la discriminación, la supresión y la explotación de los otros.
- *Perspectiva.* El interrogante reside en averiguar desde qué perspectiva o punto de vista se expresan las etiquetas, atribuciones y argumentos, con el objetivo de ubicar el punto de vista del que habla.
- *Intensificación / Atenuación:* con el objetivo de modificar la posición epistémica de una preposición, la pregunta es si se articulan abiertamente las respectivas afirmaciones, y si resultan intensificadas o atenuadas, en relación con la fuerza ilocutoria de las afirmaciones (pp. 114-116).

Si bien Wodak (2003) ha desarrollado esta teoría pensando en términos de exclusión, discriminación, supresión y explotación⁸, siguiendo a la autora es posible plantear interrogantes que se ajusten a la presente investigación, a saber: ¿bajo qué argumentos y estructura argumentativa se presenta y emerge la problemática ambientalista en los medios seleccionados? ¿El tratamiento mediático sobre las cuestiones ambientales en la revista apunta a la espectacularización de la situación o se opone a esa visión? ¿Cuáles son los orígenes ideológicos de los diferentes grupos ambientalistas, los matices que entre ellos se manifiestan y sus propuestas específicas? ¿Cómo construían e instalaban en la opinión pública la cuestión ambiental en el país? ¿Cuáles son los orígenes del discurso ambientalista en la Argentina a través de publicaciones periódicas que hayan servido de instrumento de discusión y debate intelectual?

Mientras que de Van Dijk (1990) tomaremos la estructura de producción de las noticias, ya que la identificación de la noticia (medio en el que aparece, fecha de publicación, página, sección, presencia en

⁸Cabe destacar que la teoría ecofeminista ha sido pionera a la hora de poner en valor la relación entre explotación e injusticia social y mundo natural. Al decir de Núñez (2011), el ecofeminismo habilita una perspectiva que evidencia de qué forma un “imaginario patriarcal sesga el mapa de comprensión del problema de la naturaleza” (p. 113). En este sentido, desde el ecofeminismo se puede explorar, por ejemplo, el uso de metáforas vinculadas a la naturaleza que dan cuenta cómo se legitiman situaciones de dominio con relación a diferentes sectores de la sociedad entre los que se ubican las mujeres. De esta forma, con base en una “cierta hegemonía de la lógica de dominio (...) se naturalizó a las mujeres y se proyectó sobre ellas y sobre la naturaleza las mismas estrategias de control y sometimiento asimilando la idea de mujer a la de naturaleza” (p. 114). Esta perspectiva originalmente fue presentada en 1974 por Françoise d'Eaubonne. Para más información recomiendo revisar el texto de Paula Núñez (2011): *Distancias entre la ecología y la praxis ambiental. Una crítica desde el ecofeminismo*.

portada) es un síntoma del contexto de producción o construcción de esa información (Pardo Abril, 2013).

Esta propuesta supone el reconocimiento de los participantes de la coyuntura discursiva y tiene como objetivo identificar tanto las representaciones sociales sobre la relación naturaleza y sociedad, como las estrategias discursivas implementadas por los sujetos sociales para abordar la cuestión ambiental. Para concretarlo se recuperan elementos teóricos, metodológicos y categorías analíticas propuestas por teóricos del ECD, junto a los aportes de distintos estudios y autores que han sido mencionados en los párrafos anteriores. En este sentido, las herramientas esbozadas aquí permitirán entender cómo se construyó el discurso ambientalista en la Argentina, a partir del estudio de la prensa gráfica. Al mismo tiempo posibilita conocer cómo se instaló la problemática ambiental en la opinión pública en el marco de la crisis ambiental global. Finalmente, se propone dejar constancia sobre la necesidad de establecer un trabajo interdisciplinario donde confluayan y se entrecrucen diferentes tradiciones teóricas y campos de saber que releven la complejidad del tema analizado.

| CAPÍTULO 3 |

Laboratorio de ideas verdes. Las revistas contraculturales como plataformas del discurso ambientalista en la Argentina

En este tercer capítulo se procura realizar una introducción sobre la concepción de crisis ambiental, trazando un recorrido desde la década del sesenta hasta los noventa. Al mismo tiempo, se presenta el desarrollo analítico del primer caso de estudio seleccionado: la revista *Eco Contemporáneo* como primera publicación en abordar, en la Argentina, cuestiones de índole ambiental.

3.1. El lugar de las ciencias sociales en las investigaciones sobre cuestiones ambientales

Las preocupaciones sistemáticas sobre la problemática ambiental se inician a fines de la década de 1940 y principios de 1950. Precisamente, como consecuencia de las fundiciones de acero y zinc, en Estados Unidos (1948) una inversión térmica fue la causante del fallecimiento de veinte personas y de más de seis mil enfermos. Mientras que, dos años después, en México los gases sulfúricos venteados de las chimeneas de una refinería de petróleo generaron una gran contaminación que trajo aparejada la internación de más de trescientas personas y causó el deceso de una veintena de ciudadanos. Sin embargo, en

1952 sobrevino en Londres el primer desastre urbano de índole ambiental. En aquella oportunidad, las Islas Británicas se vieron afectadas por una densa niebla, acompañada por un fenómeno climático denominado “inversión térmica”. Este evento genera una bruma particular repleta de polvo, hollín y diversos gases, llegando a producir serias alteraciones en las vías respiratorias de las personas más vulnerables de la sociedad.

Frente a este contexto, tanto los especialistas en geografía humana como los antropólogos se inclinaron por estudiar los vínculos entre el hombre y la naturaleza de la mano de la “ecología cultural de los ’50 y la antropología ecológica de los años ’60” (CICS/UNESCO, 2015, p. 42). Asimismo, en la década siguiente surgieron “la economía ecológica, la sociología ambiental, la historia ambiental, la filosofía ambiental, la ecocrítica literaria y la ecolingüística” (CICS/UNESCO, 2015, p. 42), un amplio espectro de disciplinas que indican el lugar preponderante de las ciencias sociales en el estudio de los problemas ambientales en todo el mundo. Cabe destacar que las cuestiones ambientales no atañen únicamente a las ciencias naturales; por el contrario, están íntimamente conectadas con los modos de producción y consumo junto a otras características propias de la forma de vida contemporánea (crecimiento demográfico acelerado, globalización económica y cultural, desigualdad, etcétera). De acuerdo con esto, queda en evidencia que nos enfrentamos a problemas complejos y compartidos que demandan esfuerzos colectivos. Por consiguiente, resulta claro que las consecuencias del aceleramiento del deterioro ambiental afectan a todas las comunidades, y sus causas tienen su origen en múltiples dimensiones: ambiental, política, social, cultural, económica, psicológica. Por tanto, sostenemos que “el medio ambiente no es solo natural, también es cultural” (Santamarina Campos, 2006, p. 49).

En este sentido, ya desde los acuerdos de Bretton Woods⁹ de 1944 se planteaba la necesidad de “no hipotecar [la vida de las generaciones futuras] con actividades irresponsables” (Fernández Reyes, 2013, p. 7). Frente a este panorama, las esferas sociales y naturales deben apostar a la integración para afrontar las investigaciones y los debates sobre las cuestiones ambientales que, además, supongan la elaboración de nuevas vías de análisis desde diferentes perspectivas y faciliten posibles alternativas. Es decir que “la integración significa participar con colegas de otras disciplinas y materias en el encuadre conjunto y recíproco de problemas y cuestiones de la investigación y en el diseño, ejecución y aplicación de la investigación, sobre la base de la colaboración” (CICS/UNESCO, 2015, p. 43). Esta propuesta implica comprender la complejidad de los desafíos ambientales y la incapacidad de abordarlos de manera aislada.

3.2. Una posible caracterización de la crisis ambiental

Como se mencionó en el apartado anterior, y siguiendo a Santamarina Campos (2006), la crisis ambiental es una crisis social, así como “la degradación medioambiental es una degradación social” (p. 36). Asimismo, pensar y definir el mundo caracterizándolo a partir de las crisis implica un doble planteo: uno de quiebre y otro de peligro o valoración negativa de las situaciones. En este aspecto, el medio ambiente se proyecta como un fenómeno social y natural que deja en

⁹Hace referencia a las resoluciones de la conferencia monetaria y financiera de Naciones Unidas, donde participaron 44 países. Entre las decisiones tomadas se encuentran: la creación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, la sustitución del patrón-oro por el patrón-dólar, el acuerdo general de aranceles y comercio.

evidencia las tensiones existentes entre la cultura y la naturaleza, “el concepto de medioambiente se nos presenta como ambiguo e incómodo, al contener en el mismo dos categorías que la modernidad nos hizo pensar como distantes” (Santamarina Campos, 2006, p. 48).

En otro orden de consideración, la institucionalización¹⁰ de las demandas de acciones que mitiguen los riesgos y desastres ambientales se localizan entre la década de los sesenta y setenta. En esa época, como veremos más adelante, surgieron con vigor las preocupaciones por las cuestiones ambientales. Asimismo, se fueron incrementando los discursos frente a los peligros que suponía el creciente desarrollo y progreso del sistema político-económico del momento.

En consecuencia, y con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial se incrementó de manera significativa el nivel de vida y bienestar de los países desarrollados, en simultáneo con la modificación de los ciclos de la naturaleza. En otras palabras, siguiendo a Worster ([1984] 2000), el aceleramiento del deterioro ambiental en el planeta se debe, en parte y desde la Segunda Guerra Mundial, al resultado de los emprendimientos científicos impulsados por las motivaciones de la humanidad. Para este autor la ciencia ha hecho posible la moderna devastación de la naturaleza.

¹⁰“Cabe afirmar que el acontecimiento medioambiental surgió desde los discursos y prácticas marginales con una clara vocación de denuncia y transformación y que pronto, ante la seria amenaza desestabilizadora que implicaban, se produjo un movimiento de asimilación. A ese proceso es al que denominamos normalización e institucionalización medioambiental, y de él se deriva que, durante esos años, y los siguientes, asistamos a distintas disputas y conflictos en la lucha por (re)definir una nueva realidad marcada por la impronta ecológica” (Santamarina Campos, 2006, p. 62).

En este sentido, el panorama de crisis política e inestabilidad de la economía capitalista mundial -a mediados de la década de 1960 y principios de 1970- se traduce al problema ambiental, puesto que este es también resultado de entramados políticos y de vínculos de poder. En ello se debe enfatizar “si se quiere avanzar en soluciones compartidas, justas y aceptadas por toda la comunidad internacional” (Estenssoro Saavedra, 2009, p. 3). Al decir de Riechmann y Fernández Buey (1994), la potencialidad de los impactos posibilitó el ingreso a una “era de crisis ecológica global”. Más aún, para Lemkow y Buttell (1983), el desarrollo de los movimientos ambientalistas de la primera hora reside en la acentuación y emergencia de nuevas formas de contaminación “más insidiosas que sus predecesores y tal vez más destructivas y peligrosas” (p. 23).

Los primeros discursos ecologistas, alejados de la esfera científica o académica, procuraron acercar esta problemática a la opinión pública a través de obras que, en algunos casos, se transformaron en textos exitosos no solo por su contenido y denuncia sino por el lenguaje narrativo elegido. Es el caso de Rachel Carson, que con su obra pionera, *Primavera silenciosa* (1962), marcó un antes y un después en la concepción social que se tenía de la naturaleza, y en la incipiente defensa del medio ambiente. Esta bióloga marina fue una de las primeras en denunciar el peligro del uso intensivo de pesticidas químicos, y lo hizo mediante relatos y ejemplos ilustrativos. Además, colaboró en la estimulación de la conciencia sobre lo que representaba proteger la naturaleza y el compromiso con las generaciones venideras. Carson desempeñó el papel preponderante de activista y “tuvo el mérito de ser el catalizador para la organización de las primeras asociaciones ecologistas estadounidenses y, por ende, mundiales” (Ros, 2010, p. 25). La propuesta de Carson incluye la necesidad manifiesta de compren-

der el mundo como un todo interconectado y dependiente de la relación hombre-medio.

En paralelo, Murray Bookchin, publicó *Nuestro entorno sintético* (1962), otro libro que en la actualidad se puede considerar, junto con el de Carson, fundacional en lo que respecta a la conciencia ecológica. La obra de Bookchin alertaba sobre una crisis ecológica impulsada por múltiples factores: la comida repleta de químicos, el agotamiento de los suelos, la contaminación del aire y el agua, la radicación nuclear.

Cabe destacar también las labores de otros pioneros, como Barry Commoner¹¹, quien en 1963 publica *Ciencia y supervivencia*. En este caso se trata de una fuerte crítica sobre los riesgos generados por la propia ciencia vinculada a los intereses político-militares y económicos. El autor navega entre los apagones eléctricos, las pruebas nucleares, la contaminación por lluvia radiactiva, insecticidas, detergentes sintéticos, etcétera. Es decir, Commoner describe las consecuencias nefastas de la tecnología puesta al servicio del crecimiento acelerado y desmedido de la ciencia y la técnica.

Paul Ehrlich¹² fue otro destacado personaje dentro del coro de voces alarmistas, y precursor del argumento sobre los límites del crecimiento. Este autor considera el crecimiento demográfico como el causante del incremento de los problemas ambientales. En su libro *The population bomb* (1968) afirma que el crecimiento desmedido de la población es un

¹¹Biólogo estadounidense, ecosocialista y activista político. Fue candidato a presidente de los Estados Unidos por el Partido de la Ciudadanía. Se le considera el fundador del movimiento ambientalista en el mundo.

¹²Renombrado entomólogo estadounidense, especializado en Lepidoptera (mariposas). Investigador y autor de libros sobre superpoblación humana.

factor determinante y una amenaza para la humanidad, retomando la tesis malthusiana sobre los límites del crecimiento demográfico.

Recapitulando, la década de 1960 permitió sentar las bases de la discusión sobre los desastres ambientales no solo desde un plano biológico sino cultural; así se presencian las primeras expresiones de una conciencia ecológica naciente que se consolidará en la década posterior.

Este escenario fue la antesala del primer Día de la Tierra, celebrado en Estados Unidos el 22 de abril de 1970. Denis Hayes, el coordinador del evento, expresó:

Fue la manifestación más grande, más pacífica y más limpia de la historia estadounidense. Pero no la consideraremos un triunfo. Pues los problemas que la motivaron siguen con nosotros: contaminación, hiperpoblación, “supermatanza”, barrios miserables, racismo, dilapidación de recursos, obsolescencia planificada, una guerra en expansión (Grinberg, 1999, p. 11).

En este sentido, la cuestión ambiental emerge como un complejo proceso de concientización social. Si nos posicionamos desde la mirada del pensamiento ambiental latinoamericano y seguimos en este planteo a Leff (1986), la crisis ambiental es entendida como un síntoma de la “crisis de civilización”. Además, está relacionada al proceso de destrucción de la naturaleza, deforestación de los bosques, pérdida de fertilidad de los suelos, contaminación y opresión social. Para este autor, la crisis ambiental evidencia los fundamentos de la racionalidad económica moderna y el binarismo con el que se entiende y organiza el mundo. En este contexto propone replantear la forma de racionalidad productiva que “ha generado la destrucción de la base de recursos, la biodiversidad y la heterogeneidad cultural del planeta, así

como de generar un saber interdisciplinario y de establecer una administración pública transectorial, para comprender y enfrentar los cambios globales de nuestro tiempo” (Leff, 1986, p. 366).

Este raudo panorama nos permite dar cuenta de la complejidad que implica esta crisis, pero será recién a mediados del siglo XX -comienzos de la década de los setenta- que cobrará fuerza el interés por el cuidado y la preservación, tanto del medio ambiente como de los recursos naturales. De esta manera, en la carrera por consolidar sus impulsos científico-tecnológicos de avance y modernización, como consecuencia de la creciente capacidad de destrucción que tiene la sociedad, el deterioro de la naturaleza resulta inevitable.

Esta tendencia siguió con atención las preocupaciones tanto de grupos ambientalistas como, progresivamente, del mundo académico. Desde la década de 1960, como se expresó anteriormente -y con mayor ímpetu a partir los Informes del Club de Roma de 1972, 1974, 1976 y la Cumbre de Estocolmo de 1972-, se habilitó la intervención de nuevos y variados movimientos sociales. Estos contribuyeron a modificar la concepción predominante de una “naturaleza ilimitada” por una noción que “enfaticaba tanto la diversidad como la fragilidad de un mundo natural considerado muy valioso” (Leal, Padua y Soluri, 2013, p. 6). Lo anterior implica el incremento de la conciencia social sobre la trascendencia de esta temática. De esta forma, se considera que estos nuevos actores fueron pioneros en denunciar, en primer lugar, el alcance de las relaciones entre sociedad y ambiente y, en segundo término, la magnitud de los conflictos ambientales que azotan dicho vínculo y lo ponen en jaque. En este sentido, la aparición de los movimientos ambientalistas hacia fines de la década de 1960 y principios de 1970 tiene directa relación con diferentes sucesos internacionales

de origen ambiental que permitieron instaurar la problemática como una preocupación a nivel global.

Por su parte, el Club de Roma se presentaba como un “núcleo de científicos, humanistas, educadores y hombres de empresa” que en 1970 encomendó al Massachusetts Institute of Technology (MIT) un estudio que contemplara variables como la población, industrialización, producción de alimentos, consumo de recursos naturales y contaminación a nivel global. El resultado final de esa investigación proporcionó el informe denominado *Los límites del crecimiento*, presentado en la Cumbre de Naciones Unidas en Estocolmo en 1972. Allí los autores señalaban que “las necesidades y modos de vida de una población mundial siempre creciente, que utiliza a tasa acelerada los recursos naturales disponibles, causa daños con frecuencia irreparables al medio ambiente y pone en peligro la estabilidad económica global” (Grinberg, 1999, p. 12). El trabajo de este grupo de investigación sostenía que, si los factores antes enumerados no variaban, el planeta no tendría futuro y alcanzaría los límites absolutos de crecimiento durante los próximos cien años:

el hombre ha llegado al punto en el que debe desarrollar una vía enteramente nueva para su evolución cultural. En estas condiciones, se enfrenta cada vez con mayor frecuencia a toda una gama de problemas que parecen intratables e inasibles (Grinberg, 1999, p. 13).

Para Dobson (1997) este informe es un parteaguas dentro de la discusión sobre los orígenes del ambientalismo y lo sitúa como la piedra fundante del movimiento, dado que para él “las ideas y movimientos anteriores a 1970, que guardan afinidad con el ecologismo, estaban ‘verdes’, pero no eran verdes” (p. 59). La agenda del encuentro hacía hincapié en la utilización de los recursos naturales y los tiempos que

tiene la Naturaleza para producir aquellos renovables, los asentamientos humanos, la protección de áreas y parques nacionales, la contaminación, cuencas hídricas, armas nucleares, pesca comercial, las políticas ambientales, la educación ambiental, la relación entre el ambiente y el desarrollo de los países. Además, en 1970 en Estados Unidos también se creó la Agencia de Protección Ambiental (EPA)¹³, cuyo objetivo era “proteger y mejorar el entorno, regular la disposición de residuos sólidos y el uso de pesticidas, radiación y sustancias tóxicas” (Grinberg, 1999, p. 22). En este sentido, el desarrollo de programas ambientales, el surgimiento de proclamas, cumbres, informes, celebraciones y conferencias se vislumbran como los primeros atisbos para el reconocimiento global de la problemática y síntomas de un clima de época sensible frente a la crisis del medio ambiente. Al decir de Grinberg (1999), la crisis que atraviesa la naturaleza es múltiple y simultánea; es climática, hídrica, urbana, agrícola, forestal. Los desastres ambientales en esta época fueron numerosos; sin embargo, por su magnitud y trascendencia se destacan: el incendio del “Browns ferry” de Alabama (Estados Unidos, 1975); la explosión de la fábrica de productos químicos ICMESA de Seveso (Italia, 1976); el encallamiento del barco petrolero Amoco Cádiz en Portsall (Gran Bretaña, 1978); el accidente nuclear en la central atómica de “Three mile island” (Estados Unidos, 1979).

Por lo que se refiere a la década del ochenta, el Consejo de Administración del PNUMA sentó las bases del debate alrededor de algunos

¹³En 1974 la Argentina establece una Secretaría de Estado sobre Medio Ambiente, posicionándose como uno de los primeros países en contar con un organismo focalizado en la temática. Sin embargo, fue disuelta dos años más tarde por la Junta Militar, que desalojó del sector a las autoridades civiles. Tuvieron que pasar quince años para que la entidad cobrara vida nuevamente, previo a la Conferencia de Río de 1992.

items, a saber: el cambio climático, la deforestación, el bióxido de carbono producido por la quema de combustibles (como el carbón, el petróleo y la madera), la higiene ambiental, las consecuencias de los procesos industriales, la minería, el control y el equilibrio en la utilización de medios de transporte (como barcos y vehículos) cuyos mecanismos y combustibles alteran el medio ambiente. Hay que mencionar, además, la producción de *Global 2000*, un estudio publicado en 1980, elaborado por el Consejo sobre la Calidad Ambiental, el Departamento de Estado, trece departamentos de la Administración Federal de Estados Unidos y diferentes consultores gubernamentales. Si bien no brindaba soluciones a los problemas ambientales, sí ofrecía un detallado diagnóstico de la situación. Habría que señalar también la elaboración de la Carta Mundial de la Naturaleza (1982) por parte de la Asamblea General de Naciones Unidas. Este documento resalta que el hombre es parte de la naturaleza y su vida depende también del correcto funcionamiento de los sistemas naturales. Al mismo tiempo, resalta la trascendencia que tiene la naturaleza en la cultura, y que el hombre “por sus actos o las consecuencias de estos, dispone de los medios para transformar a la naturaleza y conservar los recursos naturales” (ONU, 1982). Además, se afirma y proclama la conservación de la naturaleza juzgando las acciones negativas que el hombre ejecute afectándola.

En este sentido, resulta indiscutible que el intento de definir la cultura frente a la naturaleza se posiciona como un aporte valioso para el campo social. El devenir histórico no se limita a lo estrictamente humano; del mismo modo, el ambiente no se acota solo a lo biológico. Por el contrario, el ambiente también es definido por los procesos políticos, sociales y económicos que protagonizan los hombres y las sociedades, en su apropiación de los espacios y en la utilización de sus recursos.

Indiscutiblemente esta década se encuentra marcada por acontecimientos ambientales puntuales: el accidente en la fábrica de pesticidas de la Union Carbide en Bhopal (India, 1984); la explosión en la central de energía nuclear de Chernobyl (Ucrania, 1986); el incendio en el depósito de químicos de Basilea (Suiza, 1986); la contaminación por desechos radiactivos en Goiania (Brasil, 1987); la contaminación de los mares por parte de un buque petrolero de Exxon Valdes que encalló en el arrecife de Bling (Alaska, 1989).

En definitiva, en la década del sesenta se procuró abrir el debate y se esbozaron los primeros lineamientos para discutir los parámetros con los cuales la sociedad se relaciona con su medio ambiente, mientras que la década siguiente se caracteriza por el surgimiento de movimientos activos y porque en ella se asientan las primeras demandas ambientalistas como producto de la emergencia de problemáticas que afectan a la naturaleza a nivel global. Estos nuevos movimientos conciben la necesidad de luchar, individual o colectivamente, con objetivos concretos que permitan concientizar a la sociedad respecto del daño causado por el hombre en el mundo natural. Es decir, buscan alternativas capaces de satisfacer las demandas de cambio, que además permitan crear entre el hombre y el medio ambiente un vínculo no destructivo ni de opresión. Finalmente, en la década del ochenta se diluyó esa confianza depositada en los organismos internacionales capaces de elaborar elocuentes discursos proclives a la ejecución de nuevos planes y políticas en beneficio del ambiente. En su lugar se generó un desafío renovado: los problemas ambientales continúan siendo los mismos que en las dos décadas anteriores. Por lo tanto, aún se requiere adoptar medidas efectivas por parte de los gobiernos.

3.3. “Nuestra rebelión, nuestra juventud, nuestra sinceridad.”

El contexto del surgimiento de la publicación *Eco Contemporáneo* (1960-1969)

La década de los sesenta se caracterizó por ser el escenario de confrontaciones internacionales y por la paulatina emergencia de movimientos de protesta, como en la Primavera de Praga y el Mayo Francés; así como también contra la guerra de Vietnam y la Guerra Fría. Las secuelas de la posguerra fueron múltiples, la economía capitalista mundial sufrió grandes transformaciones: declive de las tasas de crecimiento del producto y de la rentabilidad de las empresas; la caída de los salarios; progresivos índices de desocupación. En palabras de Rapoport (2012),

las crisis económica y monetaria a fines de los años 60 y principios de los 70, y luego de la suba de los precios del petróleo, tuvieron amplias y trascendentes consecuencias para la economía mundial y el funcionamiento del sistema financiero internacional (pp. 612-619).

En América Latina también ocurrieron acontecimientos de índole política, económica y social de trascendencia para la época, siendo la Revolución Cubana uno de los más sobresalientes. A partir de la Revolución de 1959, Cuba radicalizó su postura contraria a las políticas estadounidenses, por lo que quedó relegada a un embargo económico y a la exclusión de la Organización de Estados Americanos. De esta forma, Estados Unidos aspiraba a contrarrestar la influencia política, ideológica y militar que tenía la isla para el continente.

Paralelamente a estos conflictos surgían movimientos sociales y artísticos, mayormente liderados por jóvenes, quienes abogaban por la transformación del mundo y la finalización de las guerras, y se enlazaban con las banderas de la defensa por la liberación femenina, por

los derechos de la mujer, la resistencia al sistema capitalista, la liberación sexual, etcétera. Estos movimientos supieron generar una verdadera revolución cultural para la época, mediante manifestaciones y protestas, dando lugar al nacimiento de nuevas expresiones artísticas en consonancia con el espíritu del momento.

El rock, la poesía, el ecologismo, entre otros elementos, fueron características centrales del momento histórico que se vivía. En una vereda se encontraba la crisis política y económica; enfrente, el *flower power* de la mano de estos movimientos contraculturales activamente movilizados. Se podría sostener que la década del sesenta fue una época cargada de simbolismo, donde la crítica al modo de vida dominante y los valores que enaltecía la sociedad capitalista se encontró fuertemente signada por la confrontación, así como también por el afán utópico de un mundo ausente de violencias, discriminaciones raciales, desigualdades sociales, económicas y de género.

En este sentido, una de las características de esta posguerra fue el surgimiento de una cultura juvenil movilizada que “en principio se desarrolló siguiendo las pautas de la sociedad de consumo y el ‘american way of life’ ” (Piñeiro, 2009, p. 2), pero luego bregó por establecer una revolución cultural. En Occidente se perciben por entonces cuestionamientos a la cultura dominante que gestan la emergencia de los movimientos contraculturales, como vimos anteriormente, y la Argentina no fue ajena a este proceso.

Tras nueve años de gobiernos peronistas, en 1955 Juan Domingo Perón es derrocado por la autodenominada Revolución Libertadora. Luego del fracaso de la convención constituyente (1958), se realiza el llamado a elecciones donde, con el apoyo de los sectores peronistas proscriptos, gana el radical Arturo Frondizi, quien emprende un pro-

grama de políticas desarrollistas que encontrarán su límite un año más tarde. Rapoport (2012) explica que las negociaciones petroleras provocaron la reacción de los trabajadores del sector y de esta forma la política de austeridad, implementada en acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, provocó una depresión económica en 1959. Esto implicó que los salarios reales de los trabajadores sufrieran una fuerte erosión y las huelgas se multiplicaran. Como consecuencia, los dirigentes peronistas finiquitaron el acuerdo de tregua dado al gobierno para que cumpliera con sus compromisos. De modo tal que las bases sociales y políticas del presidente de turno comenzaron a tambalear (p. 425). El debilitado gobierno de Frondizi fue sucedido por el de Arturo Illia desde 1963 hasta 1966. Como indica Novaro (2006), en lo político los gobiernos de Frondizi e Illia fueron “desbordados por la presión del sindicalismo que con razón impugnaba la legitimidad de gobernantes electos gracias a la proscripción”, y también respondían a las presiones de los propios militares, “entusiasmados con la idea de sustituir [las] precariedades [institucionales y económicas] por soluciones más definitivas” (p. 38).

Frente a este contexto, en 1966 se desata otro golpe de estado que destituye a Illia y ubica en el poder a Juan Carlos Onganía. Con él se personaliza la idea de la cúpula militar de “institucionalizar un régimen autoritario de largo aliento” capaz de “contener las presiones sectoriales” y, al mismo tiempo, “desactivar la actividad política mientras se instrumentaban planes económicos que requerirían largos años para madurar” (Novaro, 2006, p. 38).

Hacia 1969 urgen las demandas de múltiples sectores, tanto sociales como políticos, que compartían el rechazo al autoritarismo militar y la expectativa de que en nuestro país tendría lugar una pro-

funda transformación social: apelaban por el fin de la proscripción y reclamaban elecciones libres. En mayo se desata el Cordobazo, una “conmoción rebelión popular” donde se nuclearon sindicalistas y estudiantes “reunidos en un frente social espontáneo” que expulsa a las “fuerzas del orden”. El Cordobazo marcó el final del mandato de Onganía y se consolidó como símbolo de la época (Novaro, 2006, p. 46).

Los cimientos de la contracultura en la Argentina se plasman en este marco donde, como señala Pujol (2007), en la juventud de la época “había confianza en lo nuevo y malestar por lo viejo” (p. 285). Pero, continúa el autor,

para el triunfo de lo primero y la superación definitiva de lo segundo había que actuar, y la acción no tuvo una sola cara o modalidad, hubo una praxis estética y una praxis política y desde finales de los '60 se hicieron varios intentos (...) de fusionar ambas acciones (p. 285).

Dentro de este contexto, los jóvenes “incomprendidos e incommunicados” vivenciaban en lo cultural la experiencia artística, por ejemplo, del Instituto Torcuato Di Tella (p. 303). En este sentido, son estos los sujetos centrales de la contracultura, se trata de este “actor social multiforme y ávido de información nueva, moderna y joven que respondió con diferentes actitudes y distancias (...) a los desafíos ideológicos y comerciales de una oferta cultural pujante” (p. 286).

En la década del sesenta en la Argentina el apogeo cultural tuvo un renovado auge, producto de la marcada influencia que gestaba el mercado norteamericano en el continente. Piñeiro (2009) define al período entre 1956 y 1966 como de apertura para el campo cultural, sostiene que este estuvo “cerrado a las influencias extranjeras durante los nueve años en que gobernó el peronismo” (p. 4), y ahora emergían

propuestas provenientes del “mundo occidental en el que los Estados Unidos habían consolidado su posición hegemónica” (p. 4). Las nuevas prácticas e intereses del sector juvenil argentino también fueron propensas a la influencia europea, no solo estadounidense. Las tendencias culturales eran vivenciadas por estos sujetos gracias a la injerencia de los medios de comunicación de la época, aunque no se descarta que hubo una adecuación de estas nuevas modas a los criterios locales.

Como se señaló en capítulos anteriores, el movimiento contracultural no fue homogéneo, y en nuestro país también se podían distinguir diferencias. Sin embargo, Pujol (2003) asegura que aquello que, por un lado, le otorgó coherencia interna y, por otro, les permitió definirse en tanto colectivo, fue la persecución de que fueron objeto durante la presidencia de facto de Onganía. Esto dio lugar también a un intenso éxodo de las ciudades:

Al parecer, para 1967 se calculaba que había entre 2.500 y 2.800 hippies en barrios de la Capital y en ciudades del interior como Córdoba, La Plata y los centros de la costa atlántica, entre los cuales se destacaba Villa Gesell, que se convirtió en la ciudad del rock, del nucleamiento del movimiento hippie, de la revalorización de los artesanos. Se había constituido en sinónimo de libertad, de desenfado y de informalidad. Sus calles, que no conocían el asfalto, y sus playas fueron como un imán para esa juventud que leía a Cortázar y hacía teatro independiente (Piñeiro, 2009, p. 10).

En este sentido, estos movimientos juveniles locales expresaron ese descontento al que hacía mención Roszak (1968), y se imponían a las normas dictadas por las autoridades de turno tal como señalara Goffman (1984). Reflejaron su propio descontento y marcaron una

visión crítica a través de prácticas contraculturales. Piñeiro (2009) también resalta como característica innata de estos grupos la inclinación por las religiones hinduistas y orientales, la revalorización de lo indígena y la rebeldía contra la sociedad capitalista industrial, a la que calificaban de mercantilista y deshumanizada (p. 9). En definitiva, eran disímiles las expresiones culturales que dialogaban con la contracultura del momento, pero cabe destacar que en todos los casos regía un denominador común, la no aceptación por un modelo de sociedad capitalista deshumanizada.

3.4. “Una contracultura y una nueva espiritualidad.” Primeros signos del discurso ambiental en *Eco Contemporáneo*

La revista *Eco Contemporáneo* (en adelante, *EC*) surge en 1961 fundada por dos jóvenes escritores, Miguel Grinberg y Antonio Dal Masetto, a quienes se les unió el estudiante de filosofía Juan Carlos Brasi. El propio Grinberg recuerda aquella época, en la cual tenían

una carpeta llena de material, que nadie leía, porque nadie se interesaba. Empezamos a delirarnos con “¿Por qué no hacemos una revista?”. Declaramos estado de autonomía, la encuadernamos nosotros y salió con 128 páginas. Sacamos los primeros cien ejemplares de una tirada de 1.500. Nosotros no lo sabíamos, pero nos estábamos convirtiendo en los poetas del sesenta (diario *Página 12*, 2017).

Con trece números en su historial, dejó de publicarse en 1969. Uno de los dos galpones que constituían el taller de marroquinería del padre de Grinberg oficiaba de redacción para la revista. *EC* fue un medio que marcó un antes y un después para la poesía latinoamericana. Además, les abrió camino a diferentes poetas de la generación de

1960, y se colocó como la plataforma determinante para el nacimiento de una comunicación fluida entre Grinberg y la prensa alternativa de Estados Unidos, dato no menor en el contexto de su aparición. Por su parte, tuvo un amplio caudal de colaboradores, tanto permanentes como ocasionales, que dieron vida al proyecto interamericano. Junto a sus fundadores, en el *staff* oficial, se encontraba también Juan Carlos Kreimer, para quien *EC*

Era una revista que traducía a los poetas beatniks, hablaba de Wiltold Gombrowicz y del malestar de los jóvenes. Me acerqué a la gente de la revista, que era un poco más grande que yo: Antonio Dal Masetto, Alberto Viñati, Miguel Grinberg, Jorge Di Paola. Edité algunos poemas, y después empecé a trabajar ahí: había que ir a las imprentas, y con los paquetes de revistas por el subte, llevándolas kiosco por kiosco...” (Página 12, 2006).

Dentro del grupo de colaboradores ocasionales, se encuentran los escritores Jorge Di Paola, Jorge Vilela, Juan Carlos De Brasi, Gregorio Kohon. Acompañados de artistas plásticos y dibujantes como Rómulo Macció, Jorge De la Vega, Miguel Brascó, Francisco Bonilla y Héctor Tilbe. Además de contar con asesores literarios, secretarios, traductores como Eduardo Barquín, Tina Lindgren y Raquel Silva (Gatto, 2012). Dado el universo heterogéneo de protagonistas que alberga la publicación, con sus trayectorias personales, junto a la diversidad temática que aborda nos permite catalogarla como un espacio de encuentro donde confluyen diferentes prácticas culturales con un fuerte anclaje político en términos de concientización política.

La conexión con la poesía y la ecología norteamericana no era recibida con buenos ojos en el contexto polarizado por la Guerra Fría de

los comienzos de la década de los sesenta; esto implicó una enorme incomprensión tanto para Grinberg como para otros poetas del momento. Juan Carlos Kreimer recuerda que:

A Grinberg muchos lo despreciaban porque no respondía a ninguna línea ideológica conocida. Para el establishment era un desertor, para los gatopardistas era un rojo, para la izquierda, un humanista, que en esos años era despectivo porque se lo habían apropiado quienes insistían en una educación catequista. Peor aún, era pro yanqui porque traducía a los poetas y escritores norteamericanos, justamente a los más cuestionadores del establishment. Quizá no le perdonaban que se carteara con titanes como Henry Miller o Thomas Merton, y que lo considerasen uno de los suyos. Recuerdo una carta que me mostró de Merton a Miller en la que subraya su ausencia de amargura, frustración y autoconmiseración (diario *Página 12*, 2017).

Así, *EC* se constituye como una publicación que disputa la búsqueda de “una contracultura y una nueva espiritualidad”, sin dejar a un lado las preocupaciones por las condiciones sociopolíticas y culturales del momento (Vázquez Mantecón, 2006, p. 58). Este es un camino que, lejos de recorrerse en forma individual, requiere de iniciativas y experiencias colectivas. En este sentido, *EC* pretende el encuentro con otro, con el objetivo de poder intercambiar saberes comunes y nutrirse de esas otras prácticas culturales. Para Gatto (2012) esto implica que la revista se inscribió en lo que él define como “fraternidad difusa”, donde se problematizaron “las relaciones entre creación y emancipación social”; para eso *EC* debía trascender las fronteras locales y estrechar vínculos con grupos localizados en otras latitudes (p. 174). De acuerdo con el clima de época, entonces, esta revista se pro-

pone establecer una red “interamericana” de difusión e intercambio, tal como veremos más adelante.

Junto a Gatto (2012), entendemos que la publicación recorrió tres estadios en su existencia: en primer lugar, desde su emergencia hasta 1965, cuando la poesía acapara la atención como expresión que combina arte con crítica sociocultural y ansias de proyectar un cambio de mentalidad en la sociedad. Luego, hasta 1966, cuando Grinberg se contacta con el movimiento contracultural de Estados Unidos; esa experiencia genera un quiebre con la primera fase de la revista y comienzan a publicarse posturas más punzantes y con un anclaje en la coyuntura política local de una época marcada por el malestar social “que acababa de pasar velozmente del sueño desarrollista (...) a la realidad más modesta (...) del gobierno del radical Arturo Illia” (Pujol, 2007, p. 294).

Finalmente, hasta el cierre en 1969 las relecturas sobre el movimiento contracultural norteamericano se acrecientan, y se incluyen ensayos, poesías y narraciones sobre cuestiones políticas y culturales en abierto rechazo al golpe de estado del teniente Onganía en la Argentina, una actitud poco habitual para la publicación, cuya referencia explícita al plano local era casi nula. Así, la revista se inscribe -como menciona Pujol (2007)- dentro de una década en la cual “la letra impresa multiplicó su presencia y prestigio” (p. 300), una época que considera que se encuentra en un tiempo de metamorfosis constante, de creación y conversión intensa de los modos de vida reinantes.

Como consecuencia, *EC* plantea la necesidad de involucrarse para gestar el cambio: “resolvemos edificar un nuevo modo de vida con visión de futuro, tenemos grandes pretensiones” (*EC*, 4, 1962). La participación colectiva es lo que hará posible la transformación: “la realidad es una sola, querer que esto siga así o que cambie” (*EC*, 4, 1962).

Para ello, esta publicación logró construirse como un vehículo de comunicación fundamental; su esencia era la comunicación entendida como una herramienta de acción: “buscamos conectarnos con quienes comparten nuestro descontento para iniciar el combate y dejar de estar solos” (*EC*, 4, 1962). Así, *EC* nace como el germen de una inquietud personal, pero se reproduce como un anhelo colectivo y preocupación general: “*EC* intenta convertirse en el nexo que vincule a creadores de diferentes formas de expresión” (*EC*, 6/7, 1963); el malestar es generalizado, como también las respuestas.

Por otro lado, existía un contacto asiduo entre la revista y sus lectores, que no solo eran interpelados desde los contenidos, sino que además eran convocados a la acción. La solicitud de suscriptores es un ejemplo de ello: “el lector que pueda poner el hombro (...) refuerza así desde su plano la consolidación de una empresa que aspira a ser de todos. La lucha se da en todos los frentes. Cada cual en lo suyo” (*EC*, 5, 1963). Asimismo, el público que consumía *EC* eran los jóvenes de la década de 1960, un grupo “relativamente autónomo dentro de la sociedad occidental” que, al decir de Pujol (2007), fue acompañado por “un despertar político, con la presencia modélica de la Revolución Cubana, la figura carismática del Che Guevara” y por “el estilo de la contracultura, eso que Theodore Roszak denominó ‘la rebelión de los centauros’”. En este sentido, la proyección de la contracultura en la Argentina no se puede disociar de aquello a lo cual se enfrentaba: la comercialización de la juventud (p. 308).

Tal como se señaló con anterioridad, la ambición de esta publicación se plasmaba en la concreción de una red de comunicación que excediera las fronteras nacionales y pudiera oficiar como plataforma y nexo que vinculara individuos y grupos movidos por un interés común: “invita-

mos a las revistas del continente para que se acerquen, esperamos que seres tiernos, pacíficos e insobornables liberen sus voces” (*EC*, 5, 1963).

De esta forma, *EC* visibiliza la posibilidad de concretar una nueva forma de vida:

la sospecha central parece insinuar que vamos al desastre sin remedio (...) con algunos otros que parecen estar atravesando “estados de conciencia” similares, [con ellos] hacemos del espíritu un laboratorio e iniciamos una operación cuyos resultados podrán dilucidarse pasado un lapso no muy medible por ahora (*EC*, 5, 1965).

A partir de este momento, como profundizaremos más adelante, comienza a ocupar sus páginas también con temas relacionados a ese incipiente pensamiento verde.

La publicación se nutrió del tejido de relaciones que mantuvo entre 1961 y 1969, en su mayoría producto de los intercambios que el propio editor -Miguel Grinberg- realizaba al exterior, con mayor precisión a Estados Unidos. Desde la revista, Grinberg fundó una red continental de poetas y escritores a la que llamó *La Nueva Solidaridad de las Américas* y que incluía a Estados Unidos; “con el apoyo expreso de un amplio menú literario -Julio Cortázar, Henry Miller, Efraín Huerata- era un lugar de debate en años calientes. Se discutía fuerte. Todo podía ser cuestionado” (diario *Página 12*, 2017).

Es importante subrayar que el surgimiento de los movimientos contraculturales norteamericanos marcó la fundación y el desarrollo de *EC*. Las referencias a estos movimientos en nuestro país fueron escasas y colocaron a *EC* como precursor indiscutible dentro del plano local. Por su parte, los diálogos con la *Beat Generation* también califican como una herramienta más que identifica características propias de la

revista: “Gracias, Generación Beat, por decirnos que no estamos solos en este combate de creación. Tampoco lo están ustedes (...) Mi voz es pequeñita, lo sé. Pero hay muchas voces esperando. Tendremos que ensordecer los relojes. El día estará aquí, no lo dudo” (*EC*, 4, 1962). De esta manera, *EC* se consolida como la tentativa constante que concentra los rasgos de un proceso comunicacional: brinda un primer acercamiento al movimiento contracultural en la Argentina, así como permite vislumbrar un punto de vista significativo sobre procesos socioculturales y políticos emergentes en la época.

Por su parte, se rescata la presencia de menciones a temas relacionados, por ejemplo, con la radicación o energía atómica recién durante la tercera etapa de *EC*, más precisamente a partir de 1967. Cabe destacar que Grinberg fue marcado por su paso en Nueva York, donde descubrió libros como *Primavera silenciosa*, de Raquel Carson -en el cual se presentaban denuncias contra los pesticidas clorados, los peligros de las fumigaciones-; gracias a ese escrito conoció el peligro de los residuos atómicos de las centrales nucleares. Es decir, en palabras del propio Grinberg, “mi ecologismo también nació en esos episodios de vida noctámbula en la bohemia de Nueva York”. Para el creador de *EC*, “todos los movimientos pacifistas, feministas y ecologistas actuales son desprendimientos de aquella siembra generacional. Todos se nutrieron de aquella savia poética y su sabia poesía” (diario *Página 12*, 2014).

En este sentido, en el Número 10 (1967) encontramos traducido el texto *Mirando un ciclotrón*¹⁴ de Pierre Teilhard de Chardin¹⁵. En estas lí-

¹⁴Acelerador de partículas.

¹⁵Paleontólogo, filósofo y sacerdote jesuita francés.

neas, en principio, se relata la experiencia de conocer los ciclotrones del laboratorio de Berkeley (Estados Unidos), sus funciones y tamaño, junto con la descripción del lugar que alberga al acelerador de partículas.

Imagínese, para cada una de estas herramientas gigantescas, un refugio circular, construido un poco como una rotonda de locomotoras; y en el interior de tales refugios, una cámara al vacío, anular, donde las partículas atómicas, azotadas por una serie periódica de impulsos electrónicos y reforzadas al mismo tiempo a girar bajo la acción de un poderoso campo magnético, circulan cada vez más de prisa hasta que, al liberarse por la tangente, se escapan con una velocidad cercana a la de la luz: capaces, entonces, gracias a esta prodigiosa fuerza viva, de romper, de transmutar e incluso, quizás, de crear dentro de pronto la Materia (EC, 10, 1967).

Pareciera que estamos frente a todo el espectro de conocimientos técnicos y científicos del momento, condensados en un texto. En otro fragmento se dejan entrever las fricciones que, ya desde comienzos de la época, intelectuales y grupos sociales empiezan a denunciar, entre el hombre y el mundo natural.

Porque, al fin de cuentas, si en torno a un generador de energía nuclear la atmósfera física se vuelve peligrosamente activa, ¿qué decir de la tensión psíquica engendrada en el mismo sitio por el encuentro de lo que hay de más acuciante y arrebataador en las necesidades económicas, las aspiraciones nacionales, los requerimientos de la guerra, la esperanza de sanar los cuerpos y (mucho más aún) la hegemonía prevista sobre los resortes mismos de la Cosmogénesis? (EC, 10, 1967).

No resulta casual que la primera referencia concreta vinculada a “conciencia ambiental” haya sido la energía nuclear. Por el contrario,

los primeros movimientos antinucleares de Norteamérica surgieron durante la década de 1960. Con mayor precisión podemos agregar que en 1957 se crea el primer reactor nuclear, y en 1958 se planifica construir la primera central nuclear de Estados Unidos en una zona ambientalmente sensible como el norte de San Francisco, puesto que se ubicaba en las cercanías a la Falla de San Andrés. Incluso el Sierra Club opuso resistencia; es decir, una de las organizaciones ambientales más longevas y de mayor influencia de Estados Unidos. El Sierra Club (fundado en San Francisco en 1891 por John Muir) junto a Audubon Society y la Wilderness Society -afirma Castells (2003)- fueron las organizaciones que dieron origen al movimiento ecologista en Estados Unidos. En este sentido, su posición es la de una voz autorizada cuyo planteo involucra la conservación de la naturaleza. En sus propias palabras, Sierra Club entiende que

La cima que hay que alcanzar es la conservación de la vida natural, en sus formas diferentes, dentro de unos parámetros razonables de lo que puede lograrse en el sistema económico e institucional presente. Sus adversarios son el desarrollo incontrolado y las burocracias irresponsables, como la Oficina Federal de Reclamación, que no se preocupa de proteger nuestra reserva natural (Castells, 2003, p. 203).

Por otra parte, si bien las inquietudes científicas sobre los efectos de la energía nuclear en la salud se iniciaron a mediados de los cincuenta, durante 1961 se originó la primera manifestación en contra de la energía nuclear en Estados Unidos. Un año después, Linus Pauling (químico cuántico y activista), recibe el Premio Nobel de la Paz como reconocimiento a su labor en la lucha por detener las pruebas atmosféricas de armas nucleares. Y en 1963 se aprueba el Tratado de

Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares; esto frena las operaciones nucleares de prueba en tierra, obligando a realizarlas bajo tierra. En consecuencia, factores como los efectos en la salud y el ambiente condicionaron el desarrollo de la energía nuclear, colocándola como uno de los temas de mayor controversia.

En el mismo texto de *EC* se dice “sobre las colinas de Berkeley se esfuman los límites entre el Laboratorio y la Fábrica; entre lo Atómico y lo Social; y también, como diría yo, entre lo Local y lo Planetario” (*EC*, 10, 1967). Nuevamente, entre líneas se deja traslucir la preocupación por el corrimiento de esa frontera entre lo social y lo natural. Esto es, la correspondencia entre lo que Castells (2003) entiende como temas ecologistas y las dimensiones fundamentales sobre las que se efectúa la transformación estructural de nuestras sociedades: “las luchas sobre el papel de la ciencia y la tecnología, sobre el control del espacio y el tiempo y sobre la construcción de nuevas identidades” (p. 200). En otras palabras, el surgimiento de este tipo de discusiones se enlaza con una preocupación mayor, que es la forma de comprender el nexo entre tres elementos que están en juego: economía, sociedad y naturaleza.

Por esta razón, tampoco resulta llamativo que el primer acercamiento que presenta la revista sobre temas ecológicos se conecte con problemáticas que tienen entre sus filas al conservacionismo. Puesto que la primera forma de preservar el entorno natural que surge, se establece con el movimiento conservacionista. Esto, la conservación de la naturaleza, junto con la persecución por la calidad ambiental unido a un pensamiento ecológico, asegura Castells (2003), son conceptos decimonónicos concernientes a los grupos instruidos de los países dominantes. En este aspecto,

Con frecuencia fueron el dominio exclusivo de una alta burguesía abrumada por la industrialización, como es el caso de los orígenes de la Audubon Society en los Estados Unidos. Otras veces, un componente comunal y utópico fue la cuna de los primeros ecologistas políticos, como el caso de Kropotkin, que enlazó para siempre el anarquismo y la ecología, en una tradición bien representada en nuestro tiempo por Murray Bookchin (Castells, 2003, p. 210).

De acuerdo con esto, si bien existieron pioneros en abordar estas preocupaciones (por ejemplo, Rachel Carson), recién a fines de la década de 1960 se puede hablar de una institucionalización concreta de estas discusiones, que comenzaron en Estados Unidos y Europa pero que progresivamente se propagaron también en América Latina. Recuperamos el planteo de Castells (2003) para explicar los principales puntos del debate ecologista de esta primera etapa.

En primer lugar, las ideas ecologistas en sus inicios mantuvieron una postura fluctuante contra la ciencia y la tecnología. Por un lado, se mostraron recelosos de los avances tecnológicos y su influencia en la naturaleza. Mientras que, por otra parte, sacaban provecho de los datos científicos que difundían entre la ciudadanía y los políticos con el objeto de justificar sus argumentos relacionados a la interacción entre el hombre y el medio: “las principales organizaciones ecologistas suelen tener científicos en sus plantillas y en la mayoría de los países existe una estrecha conexión entre los científicos, académicos y los activistas ecologistas” (Castells, 2003, p. 212). Una segunda ambigüedad reside en criticar a la ciencia, pero al mismo tiempo se valen de ella para evidenciar los daños que acarrearán para la naturaleza los modos de producción industrial-capitalista. De esta forma, procuran establecer un conocimiento holístico, buscan “tener el control sobre

los productos de la mente humana antes de que la ciencia y la tecnología tengan vida propia y las máquinas acaben imponiendo su voluntad sobre nosotros y la naturaleza” (p. 212). Otro rasgo, el tercero, que caracteriza a estos movimientos es el desafío por establecer la defensa por mantener las condiciones de vida. Esto se vincula con una tradición mayor, que involucra la participación ciudadana como mecanismo que se activa en resguardo del valor de la vida. El desarrollo de una conciencia ciudadana, ambiental, pública permite construir la identificación con el problema y las consecuentes acciones para desactivarlo. Es decir que “se crean las condiciones para la convergencia de los problemas de la vida diaria y los proyectos para una sociedad alternativa: así se hacen los movimientos sociales” (p. 213).

En otro orden, el movimiento ecologista sostiene la relación entre sociedad y naturaleza en términos temporales como un *continuum*, donde el tiempo desempeña un rol preponderante a la hora de evaluar el impacto ambiental que tendrán las prácticas del hombre junto a las decisiones políticas y económicas determinadas. Un ejemplo de ello radica en la aspiración por delimitar el usufructo de los recursos naturales renovables y no renovables, dado que atenta contra uno de los pilares fundamentales del movimiento: la alteración del equilibrio natural y sus futuras consecuencias para la vida de las generaciones venideras. El caso relevado por la revista *Eco Contemporáneo* que abordamos antes es un ejemplo de esto, puesto que el movimiento antinuclear, como supimos remarcar, fue uno de los de mayor injerencia, y supo basar

su crítica radical de la energía nuclear en los efectos a largo plazo de los desechos radiactivos, además de los problemas de seguridad inmediatos, con lo que se ocupa de la seguridad de generaciones de miles de años de nosotros (p. 215).

Finalmente, otra característica para resaltar es la capacidad de bregar por la construcción de lo que Arnold (2000) denominó cultura ambiental. Los movimientos ecologistas también debieron batallar por la constitución no solo de una conciencia verde en la ciudadanía, sino de una cultura verde que permita gestar una nueva identidad concreta, singular, específica y radical, una “identidad sociobiológica”, dirá Castells (2003). Sin embargo, esta empresa tiene sus reparos, dado que “el asunto esencial en cuanto a la influencia de la nueva cultura ecológica es su capacidad para tejer los hilos de las culturas singulares en el hipertexto, compuesto por la diversidad histórica y la comunidad biológica” (p. 216). Hasta aquí hemos enumerado tanto las ambigüedades, características como retos que presentó el surgimiento no solo del “pensamiento verde” sino, además, su recorrido como movimiento social.

Por lo que se refiere a la Argentina, la revista *Eco Contemporáneo*, como vimos, se constituyó como un referente dentro del movimiento contracultural local que permitió acercar progresivamente estas inquietudes en nuestra sociedad. Teniendo en cuenta este dato, cabe destacar que el ecologismo también nutrió estos movimientos en sus inicios; *EC* es un ejemplo de ello. Castells (2003) hablará entonces de un ecologismo contracultural, es decir, una corriente dentro de las contraculturas cuya forma de expresarse es únicamente mediante “las leyes de la naturaleza, afirmando, de este modo, la prioridad del respeto a la naturaleza sobre cualquier otra institución humana” (p. 205). En este sentido, *EC* supo también interpelar a la juventud -sujeto central de esos movimientos, que -lejos de permanecer indiferente al momento histórico que lo acoge- se pronunció contra el clima político imperante. El ideal de modernización de la época se fusionó con el “imperativo revolucionario” en un escenario adverso, liderado por

el gobierno militar, cuyos rasgos de autoritarismo no dejaron de presentarse aun hacia el ocaso del régimen. La ingenuidad inicial de esta juventud signada por lo contracultural pronto sería historia.

Frente a contextos históricos, políticos y culturales enrevesados, sellados por el conflicto social, políticas represivas y una atmósfera de permanente censura, *EC* encontró un espacio para desarrollarse. Construir desde la resistencia es la clave de esta publicación, cuyo discurso está signado por el afán de concretar una transformación cultural y de impacto social. Esta revista interpela al sujeto joven con un proyecto que excede la agenda ordinaria establecida por los medios de comunicación dominantes. Se posiciona como promotora de la contracultura en la Argentina, se empeña en concertar un espacio de encuentro y de articulación a través de propuestas innovadoras y vanguardistas, cuyos contenidos introduzcan a los jóvenes en temáticas no convencionales hasta ese momento. Las referencias a problemáticas ambientales son escasas; no obstante, hablan también del momento de emergencia de un movimiento que en nuestro país estaba aún en plena gestación. Por lo tanto, las influencias de las expresiones provenientes del exterior resultaron clave para poder, por un lado, adentrarse en la temática; por otro, para aprender de las experiencias significativas que se estaban desarrollando en otras latitudes y que luego serían la plataforma necesaria de la cual se nutrirían los movimientos que se establecieron en nuestro país en los años consecutivos.

En otro orden de consideración, *EC* se mantuvo a lo largo de la década de 1960 en la prensa gráfica durante la Revolución Argentina, dispuso de una agenda de temas que recorrieron desde la poesía, el cine, la literatura, el teatro, la plástica hasta la ecología y la música. Asimismo, brindó una importancia considerable a la creación y a la

comunicación como herramientas de trabajo y acción. Además, otorgó significación al vínculo con el *otro social* y al involucramiento del individuo en un proyecto colectivo. En concordancia, la constitución de tramas de comunicación con otras publicaciones de similares características evidencia su compromiso con los fenómenos políticos y culturales. Así, la construcción de relaciones y el intercambio simbólico marcaron a *EC* en tanto comunicación, en este proceso para conectar con el otro desde un espacio de lucha frente al descontento generalizado a causa de las condiciones establecidas por el sistema imperante.

Es destacable que *EC* emerge en períodos represivos y tormentosos para nuestro país, como sinónimo de esa rebelión juvenil ansiosa por expresar su desconcierto, crítica y descontento. En suma, estos elementos son fundamentales porque permiten entender este proyecto como producto propio de la contracultura en la Argentina. Asimismo, es posible pensar en *EC* también como antecedente que abrió las puertas a otros proyectos de la contracultura, entre ellos, a la emergencia de otras revistas del *under argentino*: *Expreso Imaginario* (1976-1983) y *Mutantia* (1980-1987), en cuyas páginas también las “cuestiones verdes” harían mella con mayor ahínco durante la década de los setenta y ochenta en nuestro país.

| CAPÍTULO 4 |

“Los espacios no anquilosados de la mente. ” El proyecto persuasivo de la revista *Expreso Imaginario* (1976-1983)

Este cuarto capítulo se presenta como una continuación de su antecesor; por consiguiente, se desarrolla el escenario histórico que permitió el surgimiento de la revista *Expreso Imaginario* -segunda fuente principal de análisis- y, además, se expone el pertinente análisis de la publicación con relación a las cuestiones ambientales durante la década del setenta.

4.1. El control y la censura como detonador de caminos alternativos

El advenimiento del último golpe cívico-militar en la Argentina en 1976 fue el escenario de emergencia de la revista *Expreso Imaginario*. En el plano internacional, la década del sesenta estuvo marcada por crisis económicas, políticas y sociales. Las disputas entre las dos potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, generó que se repartieran el mundo entre ellas, desatándose la Guerra Fría. Asimismo, la crisis del petróleo de 1973 significó el incremento de los precios de las materias primas, dando lugar a una clara fractura entre los países subdesarrollados que contaban con ella y quienes no la tenían. Además,

la ausencia de autoridad por parte de los organismos internacionales para exigir tanto orden como disposiciones adecuadas para cambiar el rumbo de la economía, ocasionó el surgimiento de otros organismos de control como el G-7, en 1975, donde se agruparon los países con mayor riqueza y poder económico del mundo.

Así las dificultades internas, los conflictos internacionales, la recesión de la Unión Soviética, el desencanto por la derrota de Estados Unidos en Vietnam, entre otros factores, dan cuenta de la crisis estructural que estaba atravesando el mundo, y con ello culmina un período de bonanza que había comenzado durante los primeros años de posguerra. La manifestación de este agotamiento se presenta entonces como consecuencia del quiebre del orden internacional de posguerra y sus instituciones, las cuales sentaban sus pilares en el Estado de Bienestar y, también, en las políticas keynesianas. Estas atravesaron crecientes cuestionamientos ante el intenso descenso de las tasas de crecimiento del producto y, por consiguiente, de la rentabilidad de las empresas, afectando drásticamente “las condiciones de vida de la población, aun en los países más industrializados” (Rapoport, 2012, p. 506). Por otra parte, en el caso de América Latina, la década del sesenta incurrió en una práctica sistemática: golpes de estado. La violencia por parte del estado se transforma en moneda corriente para países como Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile, la Argentina, etcétera.

En nuestro caso particular, cabe destacar que luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, y después de 17 años de proscripción, era inimaginable para 1973 la posibilidad del regreso del líder a la escena política argentina. Sin embargo, un año antes y durante su permanencia en el país, preparó el terreno para las elecciones que nombraron ganador a su aliado y delegado personal, Héctor

Cámpora. Bajo la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder” el peronismo ganó los comicios de marzo de 1973 con el 49,50 % de los votos.

No obstante, la reducida duración de Cámpora en el gobierno¹⁶ como consecuencia de la agudización de conflictos internos propios del peronismo -unida a que solo representaba los intereses de una porción minoritaria del movimiento que en el pasado había tenido poca influencia-, junto a los conflictos armados provocó la salida del dirigente peronista tres meses después de haber asumido.

Con posterioridad, en septiembre de ese año y frente al escenario planteado, Perón se presenta a elecciones acompañado en la fórmula por su esposa, María Estela Martínez de Perón. Obtiene un 62 % de los sufragios, convirtiéndose en presidente de la nación Argentina por tercera vez en la historia del país. Progresivamente, con la llegada de María Estela Martínez al poder y de José López Rega, secretario privado de Perón y ministro de Bienestar Social, se evidencia el ascenso del ala de derecha del movimiento, que “adquiere creciente influencia, si bien no alcanza el control completo de la situación hasta después de la muerte de Perón” (Zarrilli, 2001, p. 164).

El conflicto interno entre los diferentes grupos, a la izquierda y derecha del peronismo, las tensiones sociales y políticas del momento, además del uso de la violencia como recurso político por parte de la juventud, recrudece con el correr de los meses. Llega a su punto más álgido el 1° de Mayo de 1974 cuando el presidente, frente a los insultos proclamados por la Juventud Peronista y Montoneros dirigidos a

¹⁶El lector puede complementar el análisis recurriendo a Alejandro Horowitz (2005); Marcos Novaro (2006); Mario Rapoport (2012); Noemí Girbal-Blacha (2001, 2011), entre otros.

la vicepresidenta, enfrenta públicamente a los sectores izquierdistas del movimiento en el acto por el Día del Trabajador en Plaza de Mayo. Este clima de tensión existente se potencia dos meses después con el deceso del General.

En efecto, el proyecto político del peronismo se ve aún más perjudicado con la muerte de su líder, el 1 de julio de 1974. Frente a este contexto, “los diferentes sectores políticos y las Fuerzas Armadas respaldaron la continuidad institucional representada en la persona de su sucesora, ‘Isabel’ Perón” (Rapoport, 2012, pp. 548-549). Sin embargo, lejos de unificar las demandas antagónicas de las diferentes facciones, agudiza los conflictos y la violencia, y promueve, al decir de Zarrilli (2001), un programa de derecha, autoritario, que alarma incluso a las fuerzas tradicionales (p. 166).

Hacia 1975 la situación económica de la Argentina se desmorona, en parte por la incapacidad de la jefa de estado y, por otro lado, debido al programa económico peronista que se basaba en la concertación de la política de ingresos y precios entre sindicatos, empresarios y el estado (Novaro, 2006, p. 50). Para poder efectivizar este programa se requería la presencia de políticas fuertes vinculadas a organizaciones sectoriales e instituciones públicas eficaces y legitimadas. Al tiempo que el estado debía detener la inflación, controlar los precios, las tarifas y los salarios y obligar a los sectores empresariales a acatar las nuevas condiciones.

Sin embargo, uno de los objetivos principales del mandato de María Estela Martínez de Perón -quien contaba con el pleno asesoramiento y apoyo de López Rega- consistía en poner fin a las políticas económicas antiempresariales, relativamente nacionalistas y reformistas, con un vuelco hacia la economía de mercado y los capitales extranjeros, y restableciendo la disciplina industrial (Zarrilli, 2001). En este con-

texto, la jefa de estado rompe sus vínculos con el sector sindical, la oposición política y los sectores empresarios. Como consecuencia de este deterioro económico, que repercute tanto en lo social como en lo político, las relaciones entre el gobierno de María Estela Martínez de Perón y los trabajadores encauzados en la CGT se quiebran.

No obstante, y lejos de intentar generar una conciliación con el sector obrero, el gobierno nombra a Celestino Rodrigo como ministro de Economía en 1975. Será el encargado de aplicar una clásica receta económica por la cual los agravantes de la crisis terminan por deteriorar la situación de los trabajadores. Este período es conocido en la historiografía argentina como “el rodrigazo”, y comprendió el desarrollo de una política económica que implicó -hacia 1975- una devaluación del 100 %, el reajuste del precio del combustible en 175 %, y un aumento de la electricidad y de los transportes urbanos de 75 %. Es decir que, mientras los salarios reales se contraen, la inflación recrudece (Novaro, 2006). Por su parte, Romero (1996) afirma que los sindicalistas respondieron a estas medidas enfrentando con energía al gobierno y lograron un aumento similar a los incrementos impuestos por el ministro de Economía, con lo cual los efectos esperados del “rodrigazo” se perdieron. Aunque esto no implica que la economía no haya entrado en una situación de elevada inflación y descontrol.

El acervo de deficiencias económicas, políticas, sociales y culturales perjudica y desfavorece la imagen de la jefa de estado y potencia los rumores de un posible golpe militar, puesto que se temía que el país entrara en cesación de pagos ya que las reservas internacionales estaban agotadas. Asimismo, para la élite militar, sus socios políticos, empresarios y eclesiásticos, se debía terminar con la subversión y el populismo, reformando de raíz el sistema económico y las bases del

poder de sus actores, tanto en el sindicalismo y los partidos como en el propio empresariado y en el estado (Novaro, 2006).

Frente a este panorama, el gobierno se precipita y anuncia elecciones presidenciales para fines de 1976, con la utopía de detener el inminente derrocamiento. Sin embargo, el destino de la primera mandataria estaba marcado y el 24 de marzo de 1976 fue depuesta por un grupo de golpistas encabezados por los comandantes en jefe del Ejército, la Marina y la Aeronáutica, quienes la trasladan detenida a Neuquén y la mantienen allí hasta 1981.

El gobierno constitucional es sustituido por la Junta Militar integrada por el teniente general Jorge Rafael Videla (Ejército); el almirante Emilio Eduardo Massera (Armada) y el brigadier Orlando Ramón Agosti (Fuerza Aérea), quienes -sostiene Rapoport (2012)- justificaron la interrupción del funcionamiento de las instituciones argumentando el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo.

Entre sus objetivos, la dictadura cívico-militar proclamaba restituir

Los valores que sirven de fundamento a la conducción integral del estado, enfatizando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencia imprescindibles para reconstruir el contenido y la imagen de la Nación, erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y la participación responsable de los distintos sectores, a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y las exigencias de solución y progreso del pueblo argentino (Rapoport, 2012, pp. 548-549).

Entre las primeras medidas del gobierno de facto se declaró la caducidad de los mandatos de las autoridades constitucionales en los

ámbitos nacional, provincial y municipal, la cesación de las funciones de diputados y senadores, la remoción de los miembros de la Corte Suprema de Justicia y la suspensión por tiempo indeterminado de las actividades políticas y gremiales. Resulta evidente que el golpe cívico-militar perpetrado en 1976 no puede ser considerado como un alzamiento más de los tantos que desde 1930, cíclica y sistemáticamente, procuran la interrupción de la democracia en la Argentina. Por el contrario, se proyectó como un modo de reestructurar la sociedad en sus aristas económicas, políticas, sociales y culturales.

En consonancia, Novaro (2006) plantea que la llegada de los militares al poder contó con la simpatía de muchos civiles, quienes veían en ellos una solución a los problemas económicos y políticos. Al mismo tiempo asevera que los jefes castrenses tenían un “plan más ambicioso de cambiar de raíz al país, sus instituciones y sus habitantes”, a los cuales consideraban “enfermos”. Ahora bien, como plantea el autor, si para llevar a cabo su cometido requerían desbistar a la sociedad, lo harían a través del terrorismo de estado, el disciplinamiento económico y lo que llamaban la “reeducación” de los argentinos (p. 65).

En concordancia con lo planteado, resulta simplista intentar explicar esta situación sin tener en cuenta la necesidad de la Junta Militar de generar un consenso social que le posibilitara la implementación de estos cambios. Cabe destacar que para ello recurrirá al disciplinamiento de la clase trabajadora, ejecutando medidas de fuerte impacto económico sobre este sector al empeorar las condiciones laborales, prohibir el derecho a huelga e intervenir los sindicatos. De este modo, la sociedad “sería puesta en vereda” y la vida política “permanecería congelada hasta ser depurada de sus elementos populistas y demagógicos, y los dirigentes del viejo orden serían excluidos de modo defini-

tivo de la vida pública” (p. 71). Asimismo, la represión ilegal también alcanzó el ámbito educativo y en 1977 se lanzó la “operación claridad”, por la cual más de 8.000 docentes de escuelas primarias, secundarias y universidades fueron cesanteados e inhabilitados.

Desde la usurpación del poder en 1976 hasta la retirada de los militares en 1983, se perpetró una sistemática violación a los Derechos Humanos, caracterizada por la persecución, la tortura, el asesinato y la desaparición de personas. También incurrieron en el robo sistemático de los recién nacidos cuyas madres se encontraban encerradas en los centros clandestinos de detención.

De igual modo, resulta innegable la persecución ejercida sobre el campo cultural, en el cual se inscriben, entre otros, los medios de comunicación audiovisuales y gráficos. La libertad de expresión también fue blanco de ataque del terrorismo de estado. La censura fue profesada en los canales de televisión, las radios, las revistas, los diarios. La Junta Militar manifestó en el comunicado N° 19 que sería

Reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgare, propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales (Mindez, 2001, pp. 83-84).

En sintonía con lo expresado, Rapoport (2012) indica que los medios de comunicación de masas eran controlados férreamente por el estado. Es decir, cada canal o emisora ejercía la censura mediante disposiciones internas, recomendaciones, sugerencias o “listas negras”, normalmente sin firma. No obstante, Novaro (2006) manifiesta que la autocensura en algunos casos consistió en una estrategia prudente

para sobrevivir. Mientras que en otros reveló la voluntad de sumarse a lo que parecía un orden llamado a perdurar y un proyecto político exitoso. En este sentido, Mindez (2001) señala que

Los titulares de las licencias admitieron sin demasiada protesta las disposiciones que en materia de censura previa fue dictando la Secretaría de Información Pública. Mientras les dejaran seguir con sus negocios, no pusieron reparo en que se controlara cada información antes de que saliera al aire (p. 84).

En este caso, el objetivo era generar una sociedad desinformada, instalando un tono monocorde, gris y mediocre en los programas y los filmes nacionales. De esta forma, los militares sabían que solo manteniendo un férreo control, consistente e inflexible sobre los medios de comunicación, podrían mantener entre las sombras las informaciones sobre los detenidos-desaparecidos, su violación sistemática a los derechos humanos y la siniestra etapa que estaba atravesando la Argentina.

En cuanto a las políticas de control comunicacionales utilizadas por el gobierno de facto, podemos resaltar como primera estrategia no haber cedido el control de los medios audiovisuales. Por el contrario, los jefes de las tres fuerzas se repartieron el control de los canales, respetando el 33 % que le correspondía a cada fuerza; así Canal 9 quedó para el Ejército, que también controlaba el 7 (luego ATC), que estaba bajo la dependencia del Poder Ejecutivo; Canal 11 se destinó a la Fuerza Aérea, y Canal 13 a la Armada. Con respecto a las radios, prevaleció el Ejército por sobre las demás fuerzas (Postolski y Marino, 2009).

En relación a los medios gráficos, los más críticos fueron silenciados, pero las reacciones frente al ataque a la libertad de expre-

sión fueron disímiles. Por un lado, como ejemplifican los autores Postolsky y Marino (2009), existían los diarios en los que los militares tenían una influencia directa, ya sea por ser de propiedad estatal o por haberlos intervenido, como *La Razón*, *La Opinión*, *Convicción*. Mientras que, por otra parte, existían medios que comulgaban ideológicamente con el discurso represivo de las fuerzas armadas y fomentaban desde sus páginas las políticas económicas adoptadas, como *La Nación* y *La Prensa*. Otros directamente tuvieron que dejar de salir, como *Mayoría* (peronista), *El Mundo* (vinculado al ERP) y *Noticias* (de Montoneros).

Bajo estas circunstancias, también cobraron vida otros medios gráficos que existieron en los márgenes de la comunicación oficial, publicaciones que se atrevieron a contar la historia desde otra perspectiva corriendo los riesgos que eso implicaba en esa época. Podemos citar como ejemplos las revistas *El Porteño*, *Punto de Vista* y *Humor*, que contaban con un espectro tan amplio de temáticas que atravesaba tanto las políticas económicas como los derechos humanos. Novaro (2006) manifiesta que a la orilla de la llamada “cultura dominante” emergieron voces disidentes. En el plano cultural, relacionado a la música, se evidenciaron en el rock; mientras que, en lo que respecta a la prensa escrita, los disensos se plasmaron en “revistas alternativas o underground, no en la gran prensa” (p. 79).

Este contexto suscitó el surgimiento, en agosto de 1976, de la revista *Expreso Imaginario*, como protagonista de ese mundo *under* con una trayectoria dentro del movimiento contracultural argentino. *Expreso Imaginario* es un referente dentro de un universo de revistas que mantuvieron espacios críticos cuando el solo hecho de hablar desde la diferencia implicaba enormes riesgos (Benedetti y Graziano, 2007). Es decir,

esta publicación se caracterizó por establecer una agenda propia que no respondía a las demandas del mercado sino a sus propios intereses, en la cual se abordaban temas que no preocupaban a los medios de comunicación de la época sino que, por el contrario, eran ignorados, y que, sin embargo, para la juventud del momento revestían de gran interés.

4.2. Inicios de la revista *Expreso Imaginario*

La revista *Expreso Imaginario* (en adelante, *EI*) comienza a circular en 1976, seis meses después de la usurpación del poder por las Fuerzas Armadas. La publicación dejó de editarse en 1983, cuando el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, ya en decadencia, se retiró de la escena nacional. El cese de la publicación se debió, por un lado, a problemas económicos que imposibilitaban que continuara saliendo. Por otro, a la retirada de dos de sus fundadores: Jorge Pistocchi (1980) y Pipo Lernoud (1981). Luego de su salida, la revista quedó bajo la dirección de Roberto Pettinato (1981-1983) y se convirtió exclusivamente en una revista atenta a las novedades de la música rock. Esto implicó la consecuente pérdida de interés por aquellos temas alternativos que dieron origen a la publicación.

A través de sus páginas se consolidó como una publicación pionera en la Argentina, entre otros motivos porque permitió la construcción de un espacio de debate y reflexión en torno a un repertorio de temas no convencionales para los medios de comunicación de la época. La heterogeneidad de contenidos incluía el tratamiento de problemáticas ambientalistas, formas de vida alternativas, divulgación científica, orientalismo, poesía, debates sobre el cine *under*, y sin lugar a dudas, información sobre rock.

La singularidad que caracteriza a *EI* es fruto, en gran medida, del ingenio, el interés y el atrevimiento de Jorge Pistocchi, quien ya desde su participación como columnista en la revista *Pelo* -única publicación dedicada exclusivamente a la música pop y al fenómeno hippie, dirigida y creada por Daniel Ripoll- y luego como director de *Mordisco* -una publicación ligada solo al rock, que aparece en las calles porteñas en mayo de 1974 y que acompañará en este viaje a *EI*- estaba decidido a crear una revista capaz de desarrollar un periodismo alternativo, que no solo se interesara por el rock sino que pudiera explorar otras disyuntivas. En palabras de Pujol (2011) “el hombre era el proyecto de la contracultura hecho realidad” (p. 31).

La otra cara visible que permitió la aparición de *EI* fue Pipo Lernoud, un poeta y compositor de rock, quien también escribía en las revistas de Ripoll, como *Pelo* y *Algún Día*. Ambos concebían fascinados la idea de editar lo que por aquel entonces decidieron que se llamaría *Expreso Imaginario*, aunque no contaban con el capital necesario para realizar este emprendimiento. Así entra en escena la última pieza de este rompecabezas, Alberto Ohanian, abogado y amigo de Luis Alberto Spinetta, quien brindará el financiamiento para editar la revista. Con él se completaba el trinomio que encabeza el proyecto, que contó con un *staff* fijo integrado por Horacio Fontova, Pelusa Confalonieri, Edy Rodríguez, Alfredo Rosso, Claudio Kleiman y Fernando Basabru, y conduce a toda una generación a un viaje sin retorno por caminos alternativos.

4.3. El pensamiento verde en el discurso de *Expreso Imaginario*

Con una tirada inicial de diez mil ejemplares, el 6 de agosto de 1976 sale el primer número de los setenta y ocho que publica *EI*. En el editorial N°1, los directores del medio expresaban que:

Nada detiene a los hombres en su carrera, aunque por ella sus sentidos se atrofien a fuerza de depender de aparatos que a su vez envenenan su planeta. Desde este estado de cosas parte hoy *Expreso Imaginario*. No apunta a galaxias y planetas exóticos, solo intenta recorrer su viaje por los espacios no anquilosados de la mente, que todavía conserven a través de la música, la poesía y el amor, la frescura suficiente para contener sentimientos de vida (EI, 1976, p. 1).

En este sentido, desde el comienzo se advierte que esta revista se proyecta como un vehículo que busca concretar un cambio de mentalidad. Defiende la recuperación de ideales perdidos y provoca a sus lectores para reflexionar sobre la posibilidad de concebir una lógica diferente de vida, un mundo alternativo, ajeno a la vorágine de la gran ciudad y de la sociedad alienada. Al tiempo que se interroga sobre las condiciones de vida de la época y cuestiona el accionar del hombre y su relación con la naturaleza. Además, como veremos más adelante, interpela al lector a pensar cómo sería su vida y su vínculo con el mundo natural, si se utilizaran los recursos naturales -renovables o no- a conciencia. Esas demandas que comenzamos a vislumbrar una década atrás con las primeras manifestaciones en virtud de mayor poder de regulación sobre las actividades industriales, empresariales, peligrosas, que atentaban contra la vida; esa búsqueda de mayor control por parte del estado, esas peticiones de una participación ciudadana superior frente a la pérdida del bienestar, una mejora en la planificación local, etcétera. Todas fueron exigencias que las primeras figuras públicas y los miembros de movimientos sociales supieron proclamar, y que también podemos ver plasmadas en esta publicación contracultural.

Los temas que se articulan en la revista son: la contaminación ambiental, la contaminación alimentaria, los desastres industriales, el

retorno a las costumbres tradicionales para elaborar alimentos naturales y la confección de ropa artesanal, la utilización de energías alternativas como la eólica, hidráulica y solar en reemplazo de la energía nuclear sobre la que poco conocimiento se tenía respecto al daño que podía causar al ambiente y a los seres humanos. Asimismo, sostiene su propuesta sobre la base de artículos de divulgación científica que avalan sus ideas y/o sugerencias. En este aspecto, Ungar (2000) enfatiza que la ciencia implica un modo de adquirir conocimiento de forma codificada. Esto conlleva la exigencia de traducir esos conceptos abstractos de una manera comprensible para la ciudadanía. Aunque León y de Lara (2013) subrayan que en ese proceso cabe la posibilidad de que el público no reciba un conocimiento fidedigno, puesto que en ese procedimiento de traducción del léxico científico al vocabulario cotidiano -ejercicio adjudicado a los medios de comunicación- el “rigor científico” puede perderse.

El análisis que se presenta aquí plantea un recorrido cronológico a través de la publicación, teniendo en cuenta la proyección de las cuestiones ambientales que cruzan a *El* a lo largo del período analizado. Si bien la revista, como anticipamos, se edita hasta 1983, las referencias a cuestiones ambientales se publican en el período que abarca desde 1976 hasta 1980 inclusive¹⁷.

En el primer número, con el título “Un refugio humano”, la revista informa sobre el foro de *Habitat Forum* desarrollado en mayo de 1976 en Canadá, y explica que

¹⁷Cabe recordar nuevamente que, a partir de 1980 hasta el cierre de la revista, y con los consecuentes cambios en la dirección de esta, las temáticas “verdes” fueron reemplazadas por información sobre la actualidad de la música rock del momento.

La idea del Forum surgió durante la Conferencia de Naciones Unidas sobre Ecología, en Estocolmo 1972, allí se vio claramente la urgencia de reuniones no-burocráticas, basadas en experiencias y posibilidades prácticas, organizadas de una manera paralela a las reuniones oficiales” (*EI*, 1976, p. 1).

Es evidente que se pretende un cambio cultural, no solo a nivel local sino mundial. En este sentido, la Cumbre de Estocolmo (1972) fue un punto de inflexión en la discusión sobre la crisis ambiental. De esta manera, la nota continúa y se focaliza en el Forum, y explica que allí “se acentuaba la acción práctica como respuesta a los problemas de la vivienda, enfocando el tema desde un punto de vista muy amplio, que incluye al planeta entero como vivienda de la humanidad” (*EI*, 1976, p. 1). Se refuerza la idea del Planeta Tierra como el único sitio que tiene el ser humano para habitar y, por consiguiente, los cuidados que de ello se desprenden. La vida en sociedad está integrada por diversos factores: económicos, sociales, culturales, políticos, ambientales. El equilibrio de esos elementos resulta fundamental en las tomas de decisiones sobre el uso del espacio (Castells, 2013). La nota concluye explicitando los resultados del foro de Canadá, en el cual instituciones e individuos particulares pudieron explayarse “sin interminables debates políticos ni presiones económicas”; esto permitió “abrir un abanico de posibilidades prácticas” para “solucionar el quemante problema del hábitat mundial sin seguir corrompiendo la delicada estructura ecológica del planeta” (*EI*, 1, 1976).

Como medio de comunicación, *EI* identificó a la problemática ambiental como un eje de discusión. Si bien previo a su aparición existían conferencias, foros y debates sobre el tema, solo quedaban restringidos a los hallazgos científicos y a los especialistas, pero la sociedad poco sa-

bía al respecto. En parte porque la problemática no estaba instalada en la sociedad, y también porque no era un tema relevante para los medios. En suma, se genera un proceso de retroalimentación por el cual, como resultado final, la crisis ambiental continúa desintegrando al planeta.

En sintonía con las preocupaciones por el vínculo entre el hombre y el medio ambiente, se suman reflexiones sobre la “alimentación artificial” -la dicotomía natural/artificial será eje rector en la revista- y su máxima expresión se presenta con la “Guía Práctica para Habitar el Planeta Tierra”. Es incorrecto hablar de una sección especial, entendida esta como un apartado que el medio crea para dar continuidad a un tema, puesto que la cuestión medioambiental recorre transversalmente la revista y no se limita a un espacio único dentro del medio. No obstante la “Guía Práctica...” se transforma en un caso particular, ya que durante el primer año su presencia dentro de la revista fue constante. De todas maneras, si bien hasta 1980 continuó apareciendo, paulatinamente su presencia fue convirtiéndose en esporádica.

En cada entrega que la revista hacía de esta guía aparecían consejos para elaborar alimentos naturales, puesto que el planteo de la revista era que “quizá una de las paradojas más grandes de nuestra época sea el hecho de que sobre nuestro planeta el que no está enfermo por falta de alimentos está enfermo por su exceso” (*EI*, 1, 1976). Al mismo tiempo, en este apartado también se enseñaban claves para confeccionar ropa en telares que “los tejedores primitivos construían con elementos rudimentarios y tejían con lanas crudas” (*EI*, 1, 1976). Asimismo, se brindaban recetas para hacer pan casero que era “simple, económico y gratificante (...) es un ejercicio saludable para despertar nuestro sentido del gusto y del olfato de los sabores plásticos y el apuro ciudadano” (*EI*, 1976, p. 1). Así, el discurso ambientalista se

presenta desde el inicio como una propuesta sólida, relevante y transversal que recorre toda la publicación.

En el segundo número de *EI* las advertencias sobre los problemas ecológicos se incrementan. Desde la portada, la revista alerta sobre los peligros que afectan al planeta. En esta tapa, elaborada por Horacio Fontova, se ve a un bebé que juega con la Tierra cual si fuera una bolita e intenta colocarla dentro de un casillero; bajo el título “Ecología: ¿Morirá el Planeta Tierra?” se representaba al “hombre jugando como un niño con la salud del planeta” (*EI*, 2, 1976).

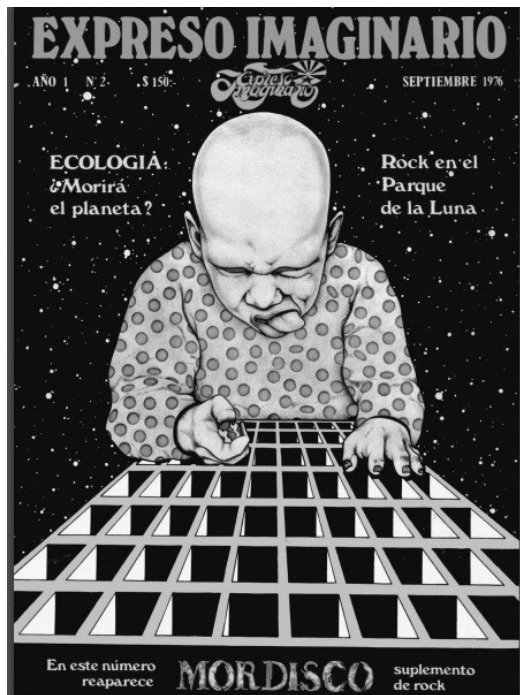
En este número encontramos un artículo titulado “Ecología: la vida pierde la batalla” (también la dicotomía vida/muerte será importante para la publicación), cuya introducción plantea que:

La actual contaminación ambiental amenaza a 300 especies de mamíferos (incluida la raza humana) (...) diariamente el hombre respira, bebe y come alimentos afectados por contaminantes industriales, verdaderos venenos que desatan una especie de guerra total contra el ser humano, cúspide de la cadena alimenticia terrestre. *Expreso Imaginario* sintetiza aquí los mayores problemas con que nos enfrentamos (*EI*, 2, 1976).

Aquí se establecen los peligros de la contaminación ambiental, la polución y la constante amenaza del hombre al equilibrio ecológico; “esta cadena alimentaria, compuesta de herbívoros, carnívoros y omnívoros, vio sacudirse peligrosamente en los últimos años su equilibrio ecológico por la acción desordenada de un interesado consumismo, que dejó al planeta sucio, sucio, sucio...” (*EI*, 1976, p. 2). La concepción de la capacidad de consumo del ser humano, sumido por las normas del sistema que arrojan al hombre a consumir artículos no indispensables para

su vida, para *EI* altera el adecuado funcionamiento del mundo. Pasolini (1974), en su lucha contra el consumismo, el desarrollismo y el destructivo proceso de homogeneización cultural, sostuvo que existe

una ideología real e inconsciente que unifica a todos y que es la ideología del consumismo. Uno toma una posición ideológica fascista, otro adopta una posición ideológica antifascista, pero ambos, antes de sus ideologías, tienen un terreno común, que es la ideología del consumismo.



Portada de la revista *Expreso Imaginario*, 2, septiembre de 1976.

Para este autor, el mal más importante del hombre “no estriba en la pobreza ni en la explotación, sino en la pérdida de la singularidad humana bajo el imperio del consumismo” (cit. En Racionero, [1977] 2002, p. 64). En este sentido, la revista plantea que, “Al convertir al mundo en un inmenso mercado en el que el ser humano es deshumanizado para transformarse en un mero comprador de artículos que no siempre necesita, la humanidad llegó al borde del abismo de la autodestrucción”, e insiste: “al estallar los resultados de la depredación de la naturaleza y sus recursos, aparecieron los portadores de la alarma, que con cifras y estudios anuncian presagios pavorosos” (*EI*, 1976, p. 2).

Estas declaraciones no implican desconocer la necesidad de utilizar energía, de nuevos conocimientos para mejorar la calidad de vida, emplear recursos que brinda la naturaleza para alimentarse. Es decir, la revista no presenta una postura obtusa y no propone desconocer el desarrollo de la humanidad, puesto que “A nadie se le ocurre parar las máquinas, volver a ponerse el taparrabo y retornar a las cavernas”; por el contrario, lo que se discute aquí es “cómo encarar el desarrollo y el progreso juntos sin convertir a nuestro rancho espacial, es decir la Tierra, en un cementerio de lujo, *inn*, de onda, cibernético y *auto-service*” (*EI*, 2,1976).

En este mismo apartado encontramos una nota titulada “Paren el mundo lo quiero lavar”, que informa sobre el accidente de la localidad italiana de Seveso. El desastre industrial se desató en la planta química de la Industrie Chimiche Meda Società, dedicada a producir herbicidas, en julio de 1976. La revista advertía al respecto que “Niños, mujeres, hombres, seres aún sin nombre que madres jóvenes cultivaban en sus vientres, animales, pájaros, peces, mariposas, gusanos, raíces, flores, cayeron arrasados por la nube gaseosa -de dioxina-, ninguna

indemnización los hará resucitar”, y continúa “lo vivo quiere vivir, es una ley y un derecho que no tiene precio” (*EI*, 1976, p. 2).

Los ejemplos presentados hasta el momento refuerzan lo que Castells (2012) explicita en relación a los medios de comunicación y las cuestiones ambientales. Para este autor, los medios son esenciales en el “proceso de concientización, y una serie de periodistas se han involucrado, profesional e ideológicamente, en el proyecto de despertar la conciencia medioambiental” (p. 417). Es a través de los medios que la sociedad adquiere información y construye, además, su cultura ambiental. Así, se entiende que los medios son espacios donde se disputan y construyen significados. En ese marco es donde el ambiente ha sido no solo un lugar sino también el campo de batalla donde han contendido ferozmente ideologías y culturas. Además, al decir de León y de Lara (2013), los procesos de mediación -entre medio de comunicación y audiencia- son relevantes porque “a través de ellos puede conseguirse tanto mejorar la cultura científica de los ciudadanos como empobrecerla por medio de interpretaciones e imágenes poco rigurosas” (p. 91).

En el caso del *EI*, la apuesta por la divulgación y el tratamiento de la cuestión ambiental recorre toda la publicación, y lejos de ser un individuo particular el encargado de aventurarse en esta temática, es el conjunto de integrantes de la revista los que la abordan desde diversos formatos. Es significativa la línea editorial que tenga el medio al momento de elaborar su construcción discursiva sobre la problemática ambiental. Al mismo tiempo, la búsqueda por el equilibrio informativo también se ve afectada por el manejo de fuentes informativas con las que se nutre la publicación. Además, es fundamental proporcionar un contexto de inclusión sobre el tema ambiental que se expone, dado

que “la ausencia de un contexto dificulta entender el sentido de las informaciones presentadas, ya que el público tiene dificultades para relacionar el hecho concreto con la situación general o su significado a largo plazo” (León y de Lara, 2013, p. 93).

El interés por estos temas no es casual, ya que el equipo de redacción de esta revista se consolidó como representante del movimiento contracultural en la Argentina y como militante de las experiencias alternativas. A modo de ilustración, podemos citar el caso de Pipó Lernoud, uno de los fundadores del *Expreso* que vivió un año con el Gurú Maharishi, un gurú de la India fundador del movimiento “Meditación Trascendental”. Mientras que Uberto Sagramoso -corresponsal de la revista- se aventuró durante cinco años en ese país, en un viaje que lo transformaría en un eco-activista de tiempo completo. En concordancia, en el editorial del cuarto número de la revista, Jorge Pistocchi se pregunta:

¿Qué cosa no corre peligro hoy de ser destruida en nuestro planeta? Creemos que pocos pueden responder a esta pregunta, sobre todo cuando hasta el agua y el aire que respiramos cada vez resultan más letales... ante todo este panorama podría arriesgarse que si los próximos capítulos no son escritos por los que a pesar de todo siguen apostando por el AMOR A LA VIDA, esta larga historia de nada habrá valido ser escrita (EI, 1976, p. 4).

En otro orden de consideraciones, esta publicación, como ya se mencionó, aproxima al lector la preocupación por el deterioro del medio ambiente desde:

- *Entrevistas*: la entrevista implica un proceso de interpretación por parte del entrevistador. En este sentido, requiere del uso de la imaginación del periodista para lograr un contenido

atractivo para los lectores, que logre contextualizar, explicar e informar; es un género que cuenta con una gran libertad, puesto que se suelen incluir anécdotas y otros detalles para complementar el texto (Contreras Andrade, 2013). Así, *Expreso Imaginario* se inscribe dentro de esta forma, puesto que elabora una introducción en el tema, una síntesis de lo dicho y recurre a citas textuales, describe situaciones del contexto, se apoya en antecedentes, predice, etcétera (Rivadeneira Prada, 1990).

- *Artículos*: En sintonía, Gonzalo Martín Vivaldi plantea que el artículo es un escrito de muy variado y amplio contenido y de diversa forma, en el que se interpretan, valoran o explican un hecho o una idea actuales, de especial trascendencia, según la convicción del articulista, quien trata de actualizar y humanizar el tema (en Contreras Andrade, 2013).
- *Editoriales*: los editoriales se inscriben dentro del género de opinión, ya que un medio de comunicación no solo transmite mensajes, información, sino que también brinda interpretaciones, valoraciones y propósitos pragmáticos que se materializan en el medio (Rivadeneira Prada, 1990). Los editoriales enuncian el punto de vista de la publicación respecto de un tema particular. En este sentido, al interpretar un acontecimiento, se le otorga una significación particular que, según cuál sea el medio, puede variar.
- *Cartas de lectores*: por su parte, las cartas de lectores se transforman en un vehículo de interacción entre el lector y la revista, por el cual la audiencia enuncia su punto de vista acerca de diversas cuestiones, entre ellas sus preocupaciones, disgustos e inquietudes en relación, por ejemplo, a los temas ambientales tratados en la publicación, y expresan su postura al respecto.

- *Notas*: estas narran “un hecho o una situación mediante técnicas de redacción que permiten mayor libertad en el modo de transmitir la información [y que, a su vez] admiten un estilo personal y recursos expresivos propios de la literatura” (Morosi, 2013, p. 29). Por su parte, las notas “poseen una estructura fija, con un cope-te que puede alcanzar el primero y segundo párrafos; el cuerpo o desarrollo (si son textos extensos suelen incorporar subtítulos), y un remate en el último párrafo” (Morosi, 2013, p. 29). Además, las notas cuentan con una flexibilidad que permite “copetes informativos como los de una noticia o crónica, descriptivos del escenario donde transcurrió la acción a narrar, declarativos a partir de citas textuales entrecomilladas, y de impacto que pueden incluir preguntas o exclamaciones” (Morosi, 2013, p. 29).
- *Ficción*: son relatos visualizados de una secuencia cronológica que necesita de muchos encuadres, que pinta diversas situaciones en que se comprometen los protagonistas, y a su vez guarda la estructura de un cuento o una novela rica en detalles variados (Rivadeneira Prada, 1990).

En este sentido, en el N° 4 de 1976 se entrega el segundo capítulo de “Ecología: la lenta muerte del Río de la Plata”. Esta nota con atisbos de ficción tuvo la firma de Diego Más Trelles, quien será el encargado de publicar, durante el primer año, diferentes notas de esta índole. En la bajada se advierte que

algo le turba el sueño a nuestro investigador ecológico. Con la llegada del verano más y más gente estará en manos de Cloaques, un sórdido personaje que lleva años envenenando nuestro Río de la Plata. He aquí el resultado de sus búsquedas de este mes (EI, 4, 1976).

Con tono detectivesco, Más Trelles relata las andanzas de un investigador preocupado por las condiciones del Río de la Plata, que se encuentra con otros personajes que lo ayudarán a encontrar las causas y al culpable de la contaminación de las aguas; “¿acaso no la purifican?, pregunté. Sí, pero vea el color del río, los desagües y las cloacas no están lejos, además, las cosas que se arrojan: botellas, comida, basura, y no se olvide de que las fábricas también colaboran” (*EI*, 4, 1976).

A través de este relato se proporcionan indicios de las condiciones en las que se encontraba el Río de la Plata: “llamé a un amigo médico y le pregunté sobre la veracidad de la información y las posibles soluciones, me confirmó que había que eliminar toda presencia humana cerca de las tomas de agua” (*EI*, 4, 1976). En esta época se evidencia el crecimiento desmedido que, desde 1930 en adelante, ocupó la zona del Riachuelo en Buenos Aires. Las obras de industrialización acaparraron los espacios y obligaron a posar la mirada sobre el río. Este proceso ocasionó una contaminación pormenorizada, que fue un rasgo singular del período. Los problemas se incrementan y la contaminación fluctúa, deja de ser únicamente orgánica para combinarse con la contaminación inorgánica. Esto quiere decir que, por ejemplo, sustancias químicas y metales pesados no pueden ser depurados. Además, se adicionan los desechos provenientes de las industrias que agravan la condición ambiental del Riachuelo. Este tipo de notas era una vía alternativa más que había desarrollado *EI* para presentar la relación que el hombre establecía con el ambiente.

El número de enero de 1977 en su editorial continúa por este camino y comenta:

en este primer fin de año que atravesamos en el *Expreso Imaginario* deseamos felicidad para todos los que siguen empeñados en conservar sus almas, dentro de un mundo donde hasta los pensamientos más puros suelen quedar reducidos a simples fórmulas (EI, 6, 1977).

La impronta de Diego Más Trelles y su singular estilo para narrar las cuestiones ambientales será retomada por José Luis D'Amato. En el número de febrero de 1977 aparece en EI una nota titulada “Armas tóxicas: los nuevos jinetes del Apocalipsis”. En la bajada, el autor se interroga: “¿sabemos exactamente qué clases de armas se están proyectando en los laboratorios de la antivida?” (EI, 7,1977). Aquí se advierte sobre la amenaza que implican estos avances, puesto que “la mayoría de ellas -las armas nucleares- son más peligrosas que la bomba atómica (...) los científicos saben todavía muy poco sobre los efectos a largo plazo que pueden desencadenar, especialmente los desequilibrios del medio ambiente (...)” (EI, 7,1977). D'Amato detalla los riesgos a corto plazo por empleo de armas tóxicas, bacteriológicas, psicoquímicas, meteorológicas y geofísicas, no solo para el mundo natural sino también para el ser humano. Recordemos que el uso de armas químicas y biológicas fue prohibido con posterioridad a la Primera Guerra Mundial; esta prohibición fue reforzada en 1972 cuando también se vetó su producción y almacenamiento.

En el N° 12 la revista celebra su primer aniversario, y desde el editorial, una vez más, se establecen las líneas que dieron origen a este proyecto y sobre las que se seguirá trabajando. En este sentido, se menciona que:

Hace un año, sin estudio previo de mercado (...) *Expreso Imaginario* decidió emprender su marcha. Los que la armamos nos sentimos felices de haber superado esa etapa difícil de los primeros números (...)

siempre se trató de reemplazar los clisés por la espontaneidad (...) emprendemos junto con ustedes esta segunda etapa, para eso hemos refaccionado convenientemente la maquinaria (...)” (*EI*, 12, 1977).

Las modificaciones a las que se aluden aquí se vinculan, en principio, al tamaño de la revista. Para su lanzamiento las dimensiones de la publicación eran de 33 cm x 45 cm, y se mantuvo así hasta su primer aniversario. A partir de julio de 1977 se reduce y pasa a tener un tamaño de 30 cm x 22,5 cm. Dichas medidas se mantendrán hasta el N° 18, ya que para el 19, y hasta el último ejemplar, *EI* adquiere un tamaño de 27,5 cm x 21,5 cm.

En septiembre de 1977, en el N° 14, retoma a la redacción José D’Amato con un artículo titulado “Energías para la vida”. Este trabajo se relaciona con su anterior participación en el N° 7, ya que aquí brinda alternativas para producir energía sin recurrir a experimentos nucleares. D’Amato hace un recorrido en su artículo partiendo de la crisis del petróleo de 1973 y plantea que la discusión por la generación de energía se extendería hasta el año 2000, propone que “en vez de mezclarnos en la polémica, más constructivo será que pasemos revista a las otras fuentes posibles de energía -mar, viento, sol, materias orgánicas, etcétera-, intentando ver cuáles son más convenientes y adaptables a las características de las diferentes regiones de nuestro país” (*EI*, 14, 1977).

Frente al avance de la energía nuclear a nivel mundial, *EI* revelaba alternativas para afrontar esa situación, en sintonía con la propuesta original de la revista. En marzo de 1978 D’Amato publica “¿Qué pasa con el clima?”, artículo en el que se comentaban las anormalidades y los cambios bruscos de temperatura que azotaban no solo a Buenos Aires, sino en todos los meridianos: “¿qué significan todas estas anormalidades? ¿Qué está ocurriendo con el clima y el subsuelo mundial?” (*EI*, 20, 1978).



Portada de *Expreso Imaginario*, 12, julio de 1977.

Recuperando las palabras de Castells (2009), los individuos construyen nociones sobre lo que ocurre en el mundo a través de los medios de comunicación. Estos son la fuente primordial de información de la sociedad “durante las dos décadas en las que aumentó la conciencia sobre el calentamiento global” (p. 413). Además, este autor sostiene que a causa del tratamiento mediático que recibe esta temática -cambio climático/calentamiento global-, se puede generar alguna

controversia con respecto al consenso científico establecido sobre el problema. Esto es así dado que los medios presentan no solo los debates sino también los desacuerdos de los científicos involucrados en estas investigaciones. En virtud de ello, Vilar (2013) sostiene que existe una necesidad de explorar la dimensión comunicativa de los acontecimientos ambientales, siendo el campo comunicacional el que menor atención recibe en esta discusión. Mientras que Picó Garcés (2013) afirma que el cambio climático se ha constituido como mojón de los medios de comunicación, por encima de otros temas ambientales: “la controversia ideológica suscitada a su alrededor y el empuje que ha implicado para despertar conciencias ambientales convirtieron al calentamiento global en la estrella mediática” (p. 177). Esto se debe, en parte, a la magnitud del fenómeno que afecta a la esfera económica, ecológica, política. Tres meses después, en junio de 1978, Jorge Pistocchi expresaba en el editorial de ese número que “los desastres ecológicos en los últimos años son tan repetidos y de tal magnitud que ya no pueden ocultarse y han pasado a ocupar una buena porción de la crónica diaria” y aseguraba que “desde nuestra situación de observadores y víctimas de este proceso, nos asusta ver con qué pasividad los responsables del mundo enfrentan el problema” (*EI*, 23, 1978).

Es decir que la problemática ambiental no era presentada por *EI* solo a modo de información, sino que era concebida con preocupación. La redacción de la revista era consciente de los riesgos que aparejaba el consecuente deterioro ambiental, producto del obrar humano sobre la naturaleza. Esta idea cobra fuerza en agosto de 1978, cuando aparece una nota titulada “La ecología, ese difícil equilibrio de la vida” (cabe destacar que el binomio equilibrio/desequilibrio también fue característico en la publicación). En la bajada se resume lo expuesto hasta aquí:

Hace un par de años, cuando el *Expreso* empezó su viaje, se propuso, entre otras cosas, hablar de ecología... en esa época era un tema que solo emergía en los medios de difusión aisladamente perdido entre noticias aparentemente más urgentes... pero los tiempos están cambiando, mi amigo, y las catástrofes son cada día más evidentes... hay una descomposición progresiva y constante del medio en que vivimos que no llega al conocimiento del público (EI, 25, 1978).

En este sentido, la frecuencia, la difusión, visibilidad, jerarquización que un medio de comunicación brinde a una temática particular puede generar un incremento en la preocupación -y ocupación-, causar modificaciones en la actitud o bien una merma en el interés de la audiencia. En palabras de Dispensa y Brulle (2003), “sin la cobertura mediática es improbable que un problema importante pueda llegar al ámbito del discurso público o convertirse en un tema político” (en Castells, 2009, p. 415). Los medios, por lo tanto, son claves para conformar un marco para abordar los temas ambientales.

En noviembre de 1979 salió una nota, en el Número 40, publicada con el título de “Jóvenes ecólogos: regresando a las fuentes de la vida”, en la que se comentaba cómo jóvenes de 16 años recorrían el país para estudiar su flora y fauna. Pero también con el objeto de denunciar la deforestación de los bosques, la destrucción del equilibrio ambiental y la extinción de especies animales por el accionar desmesurado del ser humano.

4.4. La carta de lectores como otra vía de interacción

En otro orden de consideración, la dinámica establecida por la revista se vislumbraba no solo en sus notas, artículos y editoriales sino

también en las cartas de lectores. Estas se habían configurado como protagonistas para que la publicación existiera y tuviera trascendencia. Se promovía un diálogo constante entre la redacción y los lectores de *EI*. A través de esta forma de comunicación la audiencia agradecía, comentaba, criticaba y podía solicitar que se trataran temas de su interés, ya sea relacionados a la ecología como al rock, entre otros. La respuesta por parte del *Expreso* era inmediata.

En septiembre de 1976 aparecían en la sección *Correo de lectores* comentarios como “no sé cómo se editan revistas así todavía, me sorprendí realmente al comprobar cómo *Expreso Imaginario* era algo distinto de las revistas tradicionales”. También se remarcaba que era “una revista de real vanguardia al hacer las notas diferentes, insólitas y muy amenas, de esas que dan ganas de leerlas dos o tres veces” (*EI*, 2, 1976).

En noviembre de ese año, los lectores se aventuraron a describir a *EI* como aquel que “se filtra, invade cuanto sentido tengamos abierto, el *Expreso Imaginario* nos va alegrando paulatinamente, nos invita a bucear por los caminitos de la Tierra y además juega muy en serio a romper el miedo al mundo”. Al tiempo que manifestaban que les gustaba que “orienten las notas hacia las cabezas de los lectores y no al bolsillo o al archiconocido rincón cursi y sentimentaloides de los corazones de algunos de nosotros que estamos del otro lado del *Expreso*” (*EI*, 4, 1976).

En sintonía, el *Correo de lectores* era un espacio para el intercambio y la reflexión sobre la cuestión ambiental. Así, en el número de diciembre de 1976 se expresaba: “Muy buenos los artículos de Diego Más Trelles sobre la ecología”, “esa es la línea del *Expreso*, el verdadero contacto con la naturaleza, sin contaminación” (*EI*, 5, 1976). Hacia febrero de 1977 se decía: “Me gustaría que profundizaran más la temática ecológica que comenzaron a tocar en los primeros números” (*EI*, 7, 1977). En octubre

de aquel año un lector escribía “por fin apareció una revista que dice cosas que uno piensa y vive (...) yo comparto con ustedes esa preocupación por unirme al otro hombre (...) de vivir una vida natural, comiendo cosas que no constituyan sacrificio a otras vidas (...)” (*EI*, 15, 1977).

En síntesis, el *Correo de lectores* era la una forma que tenía la revista para interactuar con sus lectores. Cada carta que era publicada recibía una respuesta por parte de la redacción. Incluso algunos lectores como Sandra Russo y Roberto Pettinato a través del diálogo establecido mediante este espacio terminaron siendo parte del *staff* de *EI*. En el caso de Pettinato, hacia 1980, se convertirá en el último director de la revista.

Resulta evidente que para la revista *Expreso Imaginario* la problemática ambientalista era relevante. Desde el comienzo la publicación tomó conciencia del riesgo que corría la naturaleza, y su postura al respecto era clara: las consecuencias del deterioro ambiental son la manifestación del incorrecto accionar del hombre sobre la naturaleza.

En un momento en el cual ni los medios -ni la sociedad- hablaban sobre estas temáticas, *Expreso Imaginario* surge como portavoz necesario para concientizar a la sociedad y reflexionar sobre la real dimensión del problema ambiental. Brindando, además, un espacio para el debate y el intercambio de opiniones, informando a los lectores con datos concretos y con especialistas que refuerzan las ideas que desde la redacción del medio se quieren plasmar. En la revista, la problemática ambiental es abordada a través del cuestionamiento, la duda, el debate; se plantean las causas del deterioro ambiental y el riesgo que ello implica. Pero, al mismo tiempo, se proponen alternativas y soluciones frente a esas situaciones, con el objeto de que los lectores tomen conciencia de la real dimensión en la que se encuentra el mundo, sumido en la destrucción y, en paralelo, en constante progreso y

desarrollo. En palabras de Worster ([1984] 2000), “el súbito aceleramiento del deterioro ambiental en todo el planeta a partir de la Segunda Guerra Mundial ha sido en gran medida el resultado de nuestro espíritu emprendedor en el campo de la ciencia” (p. 9).

4.5. Una aproximación a la construcción argumentativa de *Expreso Imaginario* en torno a los problemas ambientales

La percepción y el grado de receptividad de la población de los problemas y riesgos ambientales, para García Mira y García González (2007) se relacionan con la forma en que aquellos son presentados por los medios ante la opinión pública. Por esta razón, son importantes tanto la visualización de las catástrofes como el debate y el abordaje teórico interdisciplinario sobre la problemática, a fin de aproximar a la sociedad la complejidad del caso (Lema Blanco y García Mira, 2009). Conforme a lo expresado, entendemos que el hombre plantea una relación con la naturaleza a lo largo de la historia, a la vez que adquiere determinadas características psíquicas, físicas y sociales, de acuerdo con el medio que lo rodea y la ideología dominante. Esto implica la construcción de metáforas y representaciones que conforman discursos.

El análisis de contenido de la revista *Expreso Imaginario* nos permite detectar la presencia de: quince notas, ocho editoriales, seis entrevistas, siete recuadros, once guías prácticas y cuatro correos de lectores en los que se realiza un tratamiento sobre los temas ambientales, como se muestra en el gráfico 1.

Además, se puede visualizar la frecuencia en que se presentan los temas que nos incumben por año en el gráfico 2.

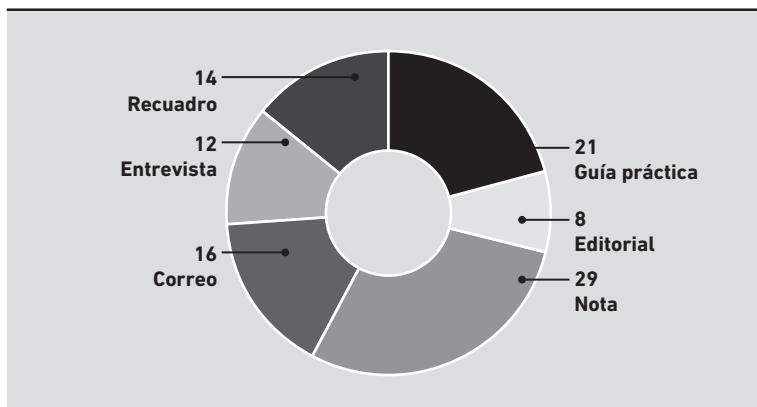


Gráfico 1. Referencias sobre temas ambientales por género en *Expreso Imaginario* (1976-1980).

Fuente: Elaboración propia con base en el análisis de *Expreso Imaginario*.

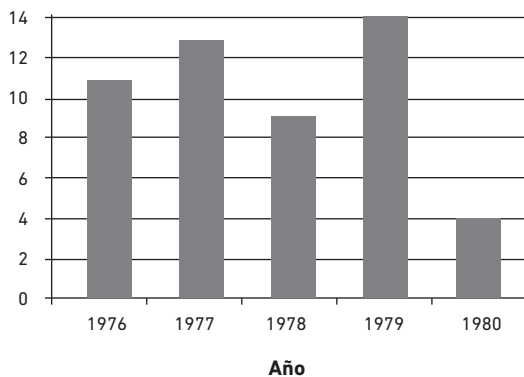


Gráfico 2. Cantidad de referencias ambientales por año en *Expreso Imaginario* (1976-1980).

Fuente: Elaboración propia con base en el análisis de *Expreso Imaginario*.

A los fines de evidenciar el abordaje que el medio realiza sobre la temática de análisis, trabajaremos con los títulos proporcionados en la Tabla N° 1 del Anexo.

Desde la mirada de la Historia Ambiental, estos ejemplos permiten vislumbrar cómo la intervención humana configura y modifica la naturaleza (O'Connor, 2001), ya que, como veremos, hacen hincapié en la forma en que hombre y ambiente se relacionan, el modo en que el hombre es afectado por el ambiente natural y, al mismo tiempo, de qué manera el género humano perjudica a la naturaleza.

A partir de la lectura y el consiguiente análisis de las notas trabajadas, identificamos cuatro topoi cuyos argumentos se relacionan con la cuestión ambiental y atraviesan toda la publicación, a saber: equilibrio, vida, natural, recursos naturales. Estos topoi se configuran, por un lado, como los más representativos, y los que el medio de comunicación refiere como ejes de tensión a lo largo de su publicación y, por el otro, permiten vislumbrar los argumentos que la revista presentó para mencionar la problemática ambiental en el período de estudio.

4.6. Desarrollo analítico e identificación de la estructura argumentativa

Examinaremos la síntesis seleccionada de ejemplos extraídos de la publicación analizada. En primer lugar, presentamos los fragmentos correspondientes al topoi:

Equilibrio/desequilibrio

1. Los científicos sostienen que fue gravemente alterado el equilibrio ecológico en la biosfera o zona de vida del mundo, y se distorsionó el llamado reciclaje.

2. Los herbicidas y defoliantes utilizados militarmente por Estados Unidos en Vietnam destruyeron el 45 % de los árboles, alterando la ecología de la península indochina.
3. Cuando el hombre rompe ese equilibrio (...) la rápida propagación de animales y plantas pone en peligro toda la armonía biológica existente.
4. Hay especies animales y vegetales ya *extinguidas*; hay otras que, de a poco, van desapareciendo ante un medio hostil, porque se mata por matar, se explota sin control, se abusa suicidamente para satisfacer las necesidades frívolas de *nuestra civilización*.
5. Cosas tan comunes en esta época como la contaminación, la utilización indiscriminada de los recursos naturales, la irreversible desaparición de especies animales, no son más que factores que nos dirigen progresivamente al *ecodesastre*.
6. Un ecosistema puede ser perturbado hasta un cierto límite a partir del cual su poder autorregulador restablece el equilibrio. Si este poder no logra restablecer su equilibrio, el ecosistema desaparece.

Vida/muerte

1. Los científicos han llegado a conclusiones sobrecogedoras acerca del flagelo que se desplaza por aire, tierra y mar.
2. Los estudiosos del tema incluso hablan de “suicidio inconsciente”.
3. Niños, mujeres, hombres, seres aún sin nombre que madres jóvenes cultivaban en sus vientres, animales, pájaros, peces, mariposas, gusanos, raíces, flores, cayeron arrasados por la nube gaseosa [de dioxina]. Ninguna indemnización [por la liberación de veneno de una fábrica de cosméticos] los hará resucitar.

4. [En la tierra] vivimos, respiramos, comemos, nos movemos; aquí conviven con nosotros todas las especies animales y vegetales. Es nuestra gran casa, hoy peligra su calma, su belleza, su vida y la nuestra. La acción del hombre sobre ella es como un lento suicidio, su destrucción no nos lleva más que a nuestra propia muerte.
5. La naturaleza es aparentemente infinita pero tiene un término para las condiciones en que podemos vivir. Estas condiciones desaparecerán mucho antes de lo que suponemos. Todos nosotros tenemos que tomar conciencia de esta amenaza que pende sobre todas nuestras cabezas.
6. Dijimos que en muchos aspectos es demasiado tarde pero también nos queda una oportunidad de decidir y elegir entre la vida, y la desaparición y muerte.

Esquemas argumentativos que responden a los topoi:

Topoi 1:

- *Equilibrio/Desequilibrio*: si la intervención del hombre impacta negativamente sobre el ambiente, entonces se deben modificar/repensar sus prácticas.

Topoi 2:

- *Vida/Muerte*: si los modos de producción ponen en peligro y amenazan la vida, se deberán replantear las formas de organización social.
- *Modos de nombrar*: alterar, distorsionar, romper, explotar, desaparecer, aniquilar, perturbar, flagelar, envenenar, arrasar, destruir, amenazar (a la naturaleza).

- *Predicación*: el etiquetado de los actores sociales (hombre) se focaliza en características y rasgos desfavorables, dañinos, destructivos y perniciosos que se traducen en su vínculo con la naturaleza.
- *Perspectiva*: los modos en que las sociedades se vinculan con la naturaleza, destacando el obrar negativo del hombre sobre el entorno.
- *Intensificación*: se refuerza con las afirmaciones y valoraciones negativas.

Además, identificamos otros pares de argumentos presentados con los siguientes ejemplos:

Natural/artificial

1. “¿Por qué se pintan a soplete las naranjas, limones, tomates y hasta en algunos países se los inyecta para que ostenten apariencia ‘vital’? ¿El consumidor es un ser humano o un idiota que hace número en las estadísticas de venta?”
2. “A *vender que se acaba el mundo*, parece ser la consigna de algunos grandes complejos industriales productores de alimentos. Una fábrica de cerveza de Quebec decidió agregar cobalto al producto. Cuando la partida llegó a los bares produjo cincuenta casos cardíacos; veinte de ellos, fatales.”
3. “Los investigadores estiman que el ser humano está ingiriendo unos tres mil aditivos químicos diarios en los alimentos que consume.”
4. “Se hacen pasteles sobre la base de colorantes, esencias y hasta de olores sintéticos, y la cosa llegó tan lejos que en Estados Unidos debieron prohibir el uso de ciclamato -edulcorante químico- en las llamadas bebidas de fantasía.”

5. “Más de una vez, cuando creemos estar comiendo una salchicha, una sopa de ‘carne’, un dulce, un jugo de frutas, etcétera, estamos ingiriendo ácido cítrico, ascórbico, salicílico, almidones en mucha cantidad, especialmente colorantes, carbonatos, gomas, aceite de ballena, gelatinas, taninos y sulfitos.”

Recursos naturales renovables/recursos naturales no renovables

1. “Los estudiosos temen que, al no haber energía ni alimentos suficientes, y con el ritmo actual de arrasamiento de los recursos, especialmente los no renovables, en un futuro demasiado próximo muchos pasajeros se caerán del estribo.”
2. “Se necesitaron millones de años para que se formaran el petróleo, los bosques, los ríos, los lagos, etcétera, y en pocos días viene el ‘rey’ y quema, incinera, tala y devasta.”
3. “Actualmente el mundo presta muchísima atención a los problemas de energía, los alimentos y, aunque parezca mentira, hasta del agua.”
4. “Es la era de la Revolución Industrial, el mundo se ve sacudido por nuevas ideas, la nueva economía actúa como si los recursos naturales y la energía fueran infinitos.”
5. “La gran revolución se alimenta locamente de la naturaleza. El progreso crece y la ambición humana se convierte en el irresponsable asesinato de las fuentes de la vida.”

Prosiguiendo con nuestro análisis, es deseable descartar que los ejemplos que preceden permiten determinar la conformación de dos esquemas argumentativos concretos:

Topoi 3

- *Natural/Artificial*: si la manipulación de los alimentos altera y pone en peligro la calidad de vida de los seres humanos, entonces se debe optar por una alimentación orgánica y natural sin aditivos.

Topoi 4

- *Recursos naturales renovables/Recursos naturales no renovables*: si el uso intensivo de los recursos naturales implica su agotamiento, entonces se deben ejecutar políticas que promuevan la sostenibilidad.

En consonancia con el planteo propuesto por Wodak (2003), además encontramos que en términos de:

- *Predicación*: los rasgos que se le atribuyen al hombre como actor social que establece un vínculo con la naturaleza son siempre negativos.
- *Perspectiva*: se construye partiendo de la información negativa que circula en las notas de la revista, focalizando en los modos en que los seres humanos se relacionan con su entorno y con los recursos que este puede brindarle.
- *Referencia*: “consumidor”, “rey”; “ambición”, “irresponsable” son algunos de los términos que elige la publicación para hacer alusión de la conducta humana.
- *Intensificación*: la valoración que discursivamente se realiza sobre el accionar del hombre sobre su medio es acentuada mediante calificativos nocivos para la salud y para la vida en la Tierra.

Los datos señalados anteriormente nos permiten clarificar el valor que la revista *Expreso Imaginario* les otorgaba a los temas ambientales.

Las inquietudes eran de amplio espectro, pasando por los desastres industriales, las armas nucleares, la contaminación de las aguas, la deforestación de los bosques, que no solo deterioran la salud humana sino también degenera el medio ambiente, hasta las formas de alimentación, vestimenta y medicinas alternativas.

En otro orden de consideraciones, la estrategia discursiva implementada desde la revista *Expreso Imaginario* encierra connotaciones adversas y acciones nocivas, no solo para la salud humana sino también para el devenir de la naturaleza. Además, las atribuciones que se identifican en la relación hombre-naturaleza en *Expreso Imaginario* siempre son construidas discursivamente por medio de estimaciones negativas. Los rasgos que se desprenden de estas enunciaciones son desaprobadores y destructivos. Los acontecimientos narrados en esas páginas carecen de sentido si no se tiene en cuenta el contexto en el que se producen. En la década del sesenta la concepción sobre la defensa del medio ambiente estaba estrechamente unida a la conservación de la naturaleza, la idea representaba una cosmovisión idílica del entorno natural que debía permanecer inalterada. En palabras de Martínez Alier y Wagensberg (2017),

la idea de naturaleza salvaje con muy pocos habitantes nativos es una realidad inventada por la colonización. En realidad, en épocas anteriores hubo una población nativa sedentaria que vivía en armonía con las condiciones naturales (...) todo eso se vino abajo en el siglo XVI (p. 18).

Así, hacia la década de los sesenta, el concepto de naturaleza está caracterizado por el retorno a las tradiciones, la recuperación de los espacios perdidos y una noción utópica sobre el devenir de ese mundo natural interrelacionado con los seres humanos.

Las acciones depredatorias del hombre sobre su entorno suponen entender que los problemas ambientales fueron sucediéndose a lo largo de las décadas y el impacto de la actividad humana (con el consecuente desarrollo tecnológico) era concreto, perceptible y prolongado. Estos ejemplos apuntan a interpretar que ese desarrollo no es más que un avance económico disfrazado de bienestar social. En este sentido, en tanto la naturaleza se encuentra determinada por las relaciones sociales de producción, se convierte en objeto de la historia. Así, resulta indiscutible que el devenir histórico no se limita solo a lo humano. De igual modo, el ambiente no se acota únicamente a lo biológico. Por el contrario, y como se planea desde la historia ambiental, el ambiente es definido por los procesos políticos, sociales y económicos que protagonizan los hombres y las sociedades en su apropiación de los espacios y en la utilización de sus recursos.

De acuerdo con esto, entonces, la relación sociedad-naturaleza se entiende como un proceso de larga duración donde la transformación de la naturaleza es un tema predominante. Esto se debe a una progresiva toma de conciencia que implica valorar el ambiente como una dimensión irreductible de la estructura socioeconómica de las sociedades y un factor determinante para cada cultura. Además, y en paralelo a esto, se proyecta como un espacio cuyo deterioro atenta contra la calidad de vida de los seres humanos y, finalmente, donde su desgaste simboliza el deterioro estructural de la sociedad occidental contemporánea.

Discurrir en el concepto de naturaleza asociado al de recurso natural es una idea propia de un pensamiento de corte antropocéntrico¹⁸,

¹⁸El término “antropoceno” fue propuesto por algunos científicos para sustituir al “holoceno”, la actual época del período Cuaternario en la historia terrestre, debido al sig-

en cuya base se encuentra el núcleo de una concepción materialista y economicista de la naturaleza. En este aspecto, cabe preguntarse si este abordaje de la defensa del ambiente no encierra una paradoja, puesto que el resguardo de esa idea de naturaleza confronta con el sistema capitalista en el que se desenvuelve. En consecuencia, los costos ambientales de la articulación de las sociedades con su entorno no son sopesados por ese sistema, excepto que estos puedan ser amortizados en términos económicos. Según Martínez Alier y Wagenberg (2017), “el cambio climático es más rápido que el cambio del capitalismo. El capitalismo parece un sistema muy estable comparado con los cambios ambientales” (p. 18). De modo que quizá la pugna más profunda deba girar en torno a establecer una mirada holística que no fracture las relaciones de los seres humanos de la historia de los demás seres vivos que habitan este planeta.

Una lectura en clave histórica de este problema nos permite entender que cada grupo social construyó una manera particular de interactuar con el medio ambiente, de acuerdo a su cultura y tecnología. Como menciona Santamarina Campos (2006), el medio ambiente se comporta como un referente que abre las posibilidades de reflexionar sobre nuestro mundo. Al mismo tiempo, por su fisonomía polifacética, es capaz de encapsular y simbolizar un déficit en aspectos internos de nuestra práctica cultural (p. 14). En este sentido, como se explicitó con anterioridad, si el hombre -por medio de su accionar- condiciona negativamente al ambiente, genera un inminente desequilibrio en el mundo natural. Esto afecta no solo a las

nificativo impacto global que las actividades humanas han tenido sobre los ecosistemas terrestres (Martínez Alier y Wagensberg, 2017, p. 17).

especies animales y vegetales, sino que además conduce a la muerte de la propia especie humana.

Los argumentos instaurados por *Expreso Imaginario* encierran, a su vez, otros dos asuntos que navegan de extremo a extremo en la publicación y se encuentran soterrados (o no tanto) entre las páginas: contaminación y salud. Es decir, los efectos de la contaminación ambiental en la salud como dos ejes rectores dentro del discurso de la revista que se desprenden, inevitablemente, de las cuatro construcciones argumentativas previamente mencionadas; por consiguiente, “la actividad humana está influyendo peligrosamente en la salud del planeta” (Martínez Alier y Wagenberg, 2017, p. 19).

Otro rasgo para considerar es que el 16 % de las voces que se incorporan de modo directo para hablar sobre el ambiente figuran en los editoriales de la revista, es decir, en el espacio donde se concentran y cristalizan las opiniones, interpretaciones, valoraciones y propósitos de *Expreso Imaginario*. Mientras que el 29 % queda reservado para las notas de la revista que, de acuerdo a las características explicitadas en este capítulo, son textos que narran un acontecimiento con mayor libertad de escritura que un artículo, puesto que este también da cuenta del estilo personal del periodista, tiene un impacto mayor que el de una noticia, además de una mayor extensión, muestra la opinión del autor sin menoscabar la variedad de fuentes consultadas, voces autorizadas y explicaciones detalladas sobre el hecho que se ha de informar. En otras palabras, podemos decir que los recursos utilizados por la publicación se vinculan a la exposición y la argumentación de los hechos narrados por los miembros de la revista especializados en los temas ambientales que, a su vez, procuran brindar no solo la información sino la causa de los problemas que plantean.

En este sentido, las construcciones discursivas de *Expreso Imaginario* permiten identificar que los rasgos de esas enunciaciones siempre son adversos para la vida en el planeta Tierra. Por consiguiente, se genera una permanente tensión en la interacción de los dos agentes, debido a que frente al accionar depredador del hombre, el ambiente no se regenera de manera infinita. No obstante, el fin último de toda sociedad ha sido la satisfacción de sus necesidades materiales, y para ello requirió siempre usufructuar los recursos de la naturaleza, modificándolos según sus necesidades productivas. Por consiguiente, los problemas ambientales persisten, ya que para revertir la situación se requiere una transformación de aquellas técnicas de producción y consumo, lo que conlleva a reflexionar sobre nuestra propia organización y práctica social.

Es factible considerar como un argumento insoslayable la identificación de la problemática ambientalista en la revista, donde también se hace hincapié en la necesidad de comprender los tiempos que requiere la naturaleza para generar recursos, dado que los ciclos naturales son más extensos y complejos que los de las sociedades. Al alterarse los ciclos naturales de los ecosistemas, los tiempos de reproducción de recursos naturales no son compatibles con los de su explotación “artificial”.

Por las razones antes expuestas, del análisis de estas intervenciones se desprende la noción de la naturaleza como un agente activo e histórico en constante diálogo con la sociedad. Es a través de esa forma de relacionarse la que otorga sentido a los vínculos que establecemos entre nosotros y el mundo. En atención a lo cual, el ambiente deja de percibirse como algo externo al hombre y comienza a pensarse como propio. El hombre se coloca como generador del problema y protagonista indiscutible para elaborar una solución que oficie otro modo de existir en la Tierra y de vincularse con la naturaleza.

En el caso de la revista *Expreso Imaginario* la revalorización de la naturaleza, el retorno a las prácticas artesanales, la utilización de los recursos naturales e incluso una alimentación saludable recorre transversalmente toda la publicación desde sus inicios. Se interroga sobre las condiciones de vida de la época, donde prima la civilización del consumo y la alienación. Cuestiona el accionar del hombre y su relación con la naturaleza, al tiempo que interpela al lector a pensar cómo sería su vida, y su vínculo con el mundo natural, si se utilizaran los recursos naturales -renovables o no- a conciencia. Es resumen, esta revista como medio de comunicación cumple un rol protagónico en la identificación, interpretación, difusión y construcción del discurso sobre temas ambientales, porque es a través de su cobertura mediática que las comunidades se informan, conocen y construyen su concientización ambiental en el período analizado. Además, llevando *Expreso Imaginario* a un plano contextual, fue un espacio de resistencia y un refugio que supo nuclear un caudal alternativo que venía incursionando en esta dirección y que sus integrantes supieron canalizar en esta experiencia. No obstante, esta celebración de la vida en contacto con la naturaleza, estas actitudes devenidas en ambientalismo (mediático) precoz que busca detener el atropello ejecutado en virtud del progreso y el desarrollo, no dejan de ser una utopía informativa en medio de la vorágine de una sociedad occidental, capitalista y de consumo masivo. Es decir, en última instancia, la virtuosa propuesta de *Expreso Imaginario* no deja de ser una quimera en medio de la vorágine de la época.

| CAPÍTULO 5 |

“Zona de lucidez implacable.” El encuadre del discurso ambientalista en la contracultura desde la publicación de *Mutantia* (1980-1987)

En este quinto capítulo, con el análisis de la revista *Mutantia* culmina el estudio de las fuentes seleccionadas y trabajadas en los capítulos anteriores -*Eco Contemporáneo* y *Expreso Imaginario*- para indagar el surgimiento de las inquietudes de los grupos ambientalistas en nuestro país desde el ámbito contracultural. En este caso, la publicación abarca los últimos años de la dictadura cívico-militar y la transición democrática de la Argentina. En este contexto se procura examinar las características del pensamiento ambientalista en nuestro país.

5.1. Nuevos enfoques para los mismos problemas

Al igual que en la década anterior, en el plano internacional los años ochenta se caracterizaron por una marcada recesión con evidentes crisis que signaron esa época: dólar, petróleo y deuda externa. En el caso de las dos primeras, como señala Aparicio Cabrera (2014), generaron una espiral inflacionaria en las economías más desarrolladas; mientras que la tercera colocó a las economías latinoamericanas en una posición débil frente a las demandas que les exigirá la economía global de fines del siglo XX (p. 70).

En el ámbito local, la Argentina atravesaba los últimos años de la dictadura y divisaba lejanamente en el horizonte los primeros pasos

hacia el retorno de la democracia. Inmersa en las presiones provenientes de Estados Unidos, la Junta Militar recibe, en febrero de 1980, un informe realizado por el Departamento de Estado sobre la coyuntura argentina en materia de Derechos Humanos, junto al documento elaborado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Frente a esta situación se promueve lentamente un período que prometía la apertura del diálogo. Al decir de Pujol (2011), “por más fastidio que les produjera, la opinión de Estados Unidos no podía ser ignorada” (p. 152).

Sin embargo, Novaro (2006) afirma que no fue la cuestión de los derechos humanos sino la debacle económica que se estaba viviendo lo que condujo al declive paulatino de la dictadura. Así,

a medida que la crisis en la industria y en el sistema financiero se agudizó [los dirigentes sindicales, la iglesia, los partidos, los empresarios], todos ellos fueron adoptando un tono de protesta, buscando recuperar cierta autonomía frente al régimen, para presionarlo y congraciarse con la sociedad (p. 114).

Hacia 1981, en medio de la crisis económica que se había incubado durante 1980 provocando la destrucción de empresas, empleo y riquezas, junto a las contradicciones propias dentro del seno militar, Videla es reemplazado por Viola, quien se diferenciaba de su antecesor por su aspecto “menos acartonado y circunspecto, con apariencia de hombre de mundo y un hijo a la Isidoro Cañones” (Benedetti y Graziano, 2016, p. 174).

Existía una idea fundamental para este momento que era la recuperación, entre otros aspectos, del consenso social. En virtud de ello, Viola percibió que la respuesta estaba en la juventud y su cul-

tura, principalmente el mundo del rock. Sin embargo, ese intento de apertura conoció su ocaso rápidamente y en diciembre de 1981 Viola es sustituido por Galtieri, militar que exaltaba nuevamente la línea dura que había caracterizado al gobierno de facto desde el inicio. En este punto, el interregno de Viola, que había permitido que afloren algunas expresiones sociales durante su mandato, concentraba sus esfuerzos en el plano cultural. El cine, el teatro, pero sobre todo la música habían conseguido “canalizar la rebeldía e identidad de miles de jóvenes” (Novaro, 2006, p. 126). Frente a estos síntomas, Galtieri procuró la recuperación de la autoridad en todos los planos. En sus esfuerzos por concretar la “unidad nacional”, avanza sobre la idea de robustecer su mandato y dispuso un operativo que implicaría la ocupación de las Islas Malvinas. Cálculos errados, estrategia ineficiente, ausencia de aliados, sin planificación alguna, se desataría inevitablemente la guerra. Los medios de comunicación, por su parte, fueron condescendientes, denostando las opiniones extranjeras que no fueran adeptas a “la causa nacional” (p. 131). Al tiempo que manipularon la información con “propaganda triunfalista, cruzadas televisivas para juntar dinero, alimento y abrigo”, se emitían solo imágenes y mensajes “que no generaran pánico ni atentaran contra la unidad nacional” (Postolski y Marino, 2009, p. 183). La inevitable derrota se hizo presente, dejando en evidencia los conflictos internos que ya existían entre los diferentes sectores de los militares. En este sentido, para Novaro (2006) el gobierno militar había enajenado a la comunidad internacional en un contexto de crisis económica; esto explica la necesidad de una “salida electoral inevitable y urgente” (p. 135).

Este entramado variopinto de sucesos que inicia la década del ochenta, con el debilitamiento del gobierno castrense, el advenimien-

to de la democracia y sus posteriores avatares, es el que ofician como escenario para el surgimiento de otros medios de comunicación. Com (2009) menciona que con el arribo de la democracia se inauguran radios como Rock&Pop y diarios como *Página 12* (p. 189). También se gestan otros proyectos ligados aún a la movida contracultural, como es el caso de la revista *Mutantia*, dirigida por Miguel Grinberg.

5.2. Un nuevo espacio para las inquietudes en materia ambiental

Con posterioridad a la modernización estética y temática de *Expreso Imaginario*, que durante los últimos años supo dejar a un lado los patrones que la habían caracterizado - ecología, orientalismo, etcétera-, nace en junio de 1980 la revista *Mutantia*. Era una publicación bimestral que salió hasta 1987, creada luego del “accidente nuclear de Three Mile Island (Estados Unidos) y la consecuente fundación de la agrupación Promundo 99 para documentar los peligros de los llamados átomos por la paz” (Benedetti y Graziano, 2016, p. 177).

Si bien existían marcadas diferencias con su antecesora de los años setenta, compartían algunas particularidades, como el afán por difundir las problemáticas que afectaban a la naturaleza, entre otros temas, como veremos más adelante. Se distinguía por contar con un formato más serio, donde predominaba el texto por sobre la imagen, de apariencia similar a la de los libros, pero que “con el tiempo adquiriría estatus como objeto periodístico de culto” (p. 177). Otro denominador común entre *Expreso...* y *Mutantia* era la presencia de Jorge D’Amato, quien, una vez desvinculado de *Expreso...* y luego de formar parte de GIDEA (Grupo Interdisciplinar para el Desarrollo de Eco Alternativas) contaba con mayor experiencia en el campo para sumarse a este nue-

vo programa. Fue el jefe de redacción y, junto a Grinberg, quien realizaba la inmensa mayoría de los aportes. Sin embargo, la revista se nutría también de un *staff* integrado por Antonio Dal Masetto, Juan Carlos Kreimer, ambos integrantes de la mítica *Eco Contemporáneo* de los sesenta; Cristina Rafanelli, colaboradora de *Expreso Imaginario*; Daniel Mourelle y Alejandro Piscitelli.

Los nombres repetidos a lo largo de las tres publicaciones no resultan casuales, dado que, después de reiteradas y prolongadas interrupciones militares, esa resistencia cultural junto a los diferentes reducidos que se fueron instalando dentro de los medios contraculturales y las banderas que defendían, finalmente comenzaron a manifestarse en otros espacios. En este sentido, los protagonistas de aquellas páginas en *Eco Contemporáneo* y *Expreso Imaginario* se encauzaron en diversos proyectos. Entre ellos rescatamos a la revista *Mutantia*, de la que el propio Grinberg dice que “fue la primera publicación que puso sobre el tapete la problemática nuclear, de los pesticidas y de la destrucción de la naturaleza. Yo venía familiarizado con la ecología desde mi viaje a Estados Unidos” (diario *Página 12*, 2006).

5.3. La consolidación de un pensamiento alternativo

La nueva publicación fue bautizada como *Mutantia*; al respecto, su propio director menciona que el título fue seleccionado con el objetivo de “identificar el territorio de la realidad (global e individual) donde se están produciendo cambios de envergadura irreversible” (*Mutantia*, 14, 1983). En el primer número (junio-julio de 1980) se expresaba con claridad la propuesta de este nuevo medio: la transformación individual como modo de alcanzar el cambio social y ecológico. En su edi-

torial Nº 1, “Matar o no matar”, dice: “somos de los que trabajan para la Primera Paz Mundial... Esta década será el campo abierto en el que se debate el futuro de los seres humanos y del planeta Tierra”. El editorial continúa resaltando las características intrínsecas que tendrá el proyecto desde el minuto cero: “*Mutantia* será la crónica de un sector de la realidad donde se están produciendo cambios fundamentales para el futuro de la Humanidad”, y sostiene además que “el futuro de la persona y el futuro de nuestro planeta dependen de un cambio profundo en nuestra manera de asumir sabidurías milenarias y contemporáneas... Nuestro compromiso: no matar” (*Mutantia*, 1, 1980).

Ese recorrido que inicialmente se propuso en la década del sesenta con su primer proyecto, *Eco Contemporáneo*, se afianzará con la salida de *Mutantia*. Pero aquí con un mayor caudal de conocimiento, con nuevas experiencias, una convicción consolidada en la creencia del cambio: “somos parte de una generación que no se queja, que en lugar del lamento cultiva el amor (...) todo cambio profundo es un reflejo de una acción profunda” (*Mutantia*, 1, 1980), y agrega en el editorial de mayo-junio de 1981 “Vivir para vivir” “*Mutantia* intenta ser un documental sobre los profundos cambios que se están produciendo en la criatura humana” (*Mutantia*, 6, 1981).

Como medio de comunicación, formula su apuesta discrepando con la realidad mediática de la época:

así como los medios de comunicación social aturden al ciudadano con malas noticias y futilidades, así se ha ido estableciendo una red mundial de buena gente dedicada a una buena causa: la reconciliación del ser humano consigo mismo, con sus semejantes y con el Universo (*Mutantia*, 1, 1980).

Y, en tal sentido, recupera la propuesta de León y de Lara (2013), que ya mencionamos con anterioridad, sobre la función de los medios de comunicación como traductores de la realidad circundante. Grinberg asegura que “tenemos una misión: traducir realidades complejas a términos accesibles”, pero esta proposición encierra un inconveniente, que es el peligro de incurrir en un reduccionismo. En otras palabras, reducir algo en esencia complejo, a una simple muestra de sí mismo. En el esfuerzo por simplificar un discurso, se corre el riesgo de reducir también su contenido, de modo que lo que es complejo no dejará de serlo aun cuando se simplifiquen sus enunciados. Al mismo tiempo, desde su editorial de principios de 1982-“Mutacción”- dice que

una revista no puede dar la respuesta integral para los interrogantes de una época. Pero puede (y eso hacemos) ir dando paulatinamente pistas de una Edad Nueva, de los “gérmenes de futuro”, de una invisible danza de los cómplices de la Creación (*Mutantia*, 10, 1982).

Una revista que, si bien se comercializaba en los puestos de diarios, por sus características intrínsecas y su contenido quedaría fuera del circuito comercial.

Una vez más la heterogeneidad temática se presenta como denominador común. En este caso, como veremos, la espiritualidad, religiosidad, poesía, ecología, recomendaciones literarias y cinematográficas, política exterior, son los grandes temas que ocuparon las páginas de *Mutantia* durante sus veinticuatro números.

Al igual que en los casos anteriores, realizaremos, en primer lugar, un análisis de contenido con recorrido cronológico a través de la publicación. Teniendo en cuenta, desde luego, la postura trazada sobre las cuestiones ambientales/ecológicas presentes en estos números. El

análisis aquí se detendrá en el período 1980-1984, aunque la revista deja de editarse en 1987, dado que no se encuentran registros de la publicación con posterioridad a esa fecha en los reservorios de internet, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Maestro, la Biblioteca del Congreso de la Nación ni en colecciones privadas.

En el primer número, bajo el título “Australia, cantera de Occidente” encontramos un recuadro en el que se aborda la temática de los recursos minerales: “Australia será la gran proveedora de minerales para la industria occidental de los años ochenta. Se descubrirán allí inmensos yacimientos nuevos de carbón, uranio, diamantes, cobre y hierro” (*Mutantia*, 1, 1980). Este recuadro se encuentra dentro de las proyecciones de la publicación *New Internationalist* -una importante organización de medios independiente dedicada al periodismo y publicación con conciencia social-, patrocinada por la organización no gubernamental Oxfarm y Christian Aid, que explicitó un cúmulo de vaticinios para la década que comenzaba. No son de extrañar ni la profecía ni la aproximación al tema, dado que Australia es reconocida como una nación minera y el inmenso porcentaje de su economía está basado en la explotación de ese recurso. Cabe destacar que en la actualidad, más de tres décadas después, estas temáticas continúan vigentes en la agenda ambiental mundial. Sin duda también nuestro país contempla una historia relacionada a la minería, fundamentalmente desde la década del noventa en adelante con la sanción de leyes que integraron el Código de Minería Argentino, y se estimularon las inversiones extranjeras para la explotación metalífera y a gran escala¹⁹.

¹⁹Se sugiere revisar la obra *Conflictos socioambientales. La megaminería en Mendoza, 1884-2011*, donde Lucrecia Wagner realiza un análisis pormenorizado del desarrollo de la mi-

La historia de este país denota una acentuada evolución signada por el usufructo de sus recursos naturales, como los mencionados por *New Internationals*. Desde 1830 en adelante la explotación de oro, por ejemplo, impulsó rápidamente la economía del lugar. Mientras que, ya en el siglo XX, durante la década del sesenta la industria australiana fue abastecida gracias a la búsqueda y la explotación de yacimientos carboníferos realizados por los japoneses, quienes se configuraron en sus principales compradores. Entretanto, en la década del ochenta las empresas explotadoras de minerales (hierro, carbón, uranio, etcétera) argumentaron que la economía del país se vería sometida en caso de continuar adelante con la ley de defensa del territorio que proclamaban los pueblos originarios. En tal sentido, tampoco genera asombro que el recuadro continúe diciendo “se descubrirá que los grandes políticos se hallan fuertemente implicados dentro de los presupuestos de las compañías mineras” (*Mutantia*, 1, 1981); lejos de ser una revelación, los pactos de esta índole son moneda corriente.

Por otra parte, un segundo recuadro nos acerca el petróleo como tema de debate “La URSS: dividida por sus costuras”: “el petróleo ruso se está agotando -y con él se agotará la lealtad de sus aliados del este europeo-; la economía en general se va estancando” (*Mutantia*, 1, 1980). En rigor de verdad, el declive de la producción relacionada a este hidrocarburo en Rusia se produjo con el colapso de la Unión Soviética. Aunque esta crisis no escapa a su predecesora en la década anterior, en todo caso la profundiza. En el mismo espacio se encuentra un tercer recuadro que se titula “Crisis energética resuelta”, y reza:

nería en la Argentina y los consecuentes conflictos sociales que de ella se desprenden.

se descubrirá que las reservas mundiales de petróleo son dos o tres veces mayores que las estimadas en la actualidad. Esto ampliará el margen temporal para que la sociedad pueda adaptarse a la era post-petróleo, especialmente a medida que la búsqueda de energías alternativas vaya también produciendo resultados significativos hacia el final de la década (*Mutantia*, 1, 1980).

Lógicamente, con el incremento de la población mundial unido al crecimiento demográfico y económico, el consumo de energía se intensifica. Sin embargo, ese paradigma energético comienza a sacudirse a medida que aumentan las necesidades energéticas de las sociedades y, en paralelo, disminuyen las reservas de las fuentes de energía basadas fundamentalmente en la explotación de recursos naturales fósiles, como el petróleo. En tal sentido, mantener un crecimiento sostenido de las sociedades en forma tal que no altere el equilibrio de la naturaleza pareciera ser tema de agenda política, no solo mediática. Si hasta el momento el foco de atención estaba colocado en los peligros ambientales acarreados por la industria química, los derrames y la contaminación, junto a la explotación minera, en la década del ochenta el énfasis lo tendrá, por un lado, la cuestión energética. No obstante, para Pasquevich (2014), a principios de 1980 el impulso ganado por las energías alternativas se frena, a raíz del descubrimiento de nuevos yacimientos, cuencas petroleras, etcétera. Hasta ese momento, y al margen de los cuestionamientos, la generación nuclear de electricidad seguía evolucionando con firmeza. Esto es consecuente con el planteo que continúa en el mismo recuadro, donde se menciona que “el debate internacional por la energía nuclear se transformará cada vez más en una cuestión ideológica, debatiéndose las opciones energéticas en términos de sociedad que generará la elección de un

determinado conjunto de alternativas energéticas” (*Mutantia*, 1, 1980). El uso eficiente y racional de la energía es un tema que también se mantiene vigente en la actualidad, donde las líneas argumentativas giran en torno a la planificación energética sustentable, el buen uso de los recursos naturales, el cuidado del ambiente, la incorporación de fuentes de energía de baja emisión de carbono, energía más económica y mejor distribución de los recursos energéticos.

El siguiente aporte en este primer número se titula “Simposio mundial sobre la humanidad”. Esta nota hace alusión a la celebración que tuvo lugar simultáneamente en Londres, Toronto y Los Ángeles organizada por la Fundación Humanidad, con el fin de materializar la visión de “un nuevo planeta y coordinar energías espirituales de los individuos y grupos comprometidos con la vía cósmica de la conciencia”. El evento duró una semana y coincidió con el festival de la Nueva Era, también desarrollado en Los Ángeles. Este era un movimiento que se había empezado a gestar durante los setenta, que al decir de Carozzi (1999), en su discurso y en su práctica “combinaba como direcciones de cambio tanto la transformación individual como la sacralización del *self* y la naturaleza, la sanación, la espiritualidad, la circulación, el sincretismo, la liberación del cuerpo, el antiautoritarismo y la autonomía” (p. 20). En virtud de ello, en la nota citada se menciona “los pesimistas prometen un panorama devastador para el futuro planetario: los síntomas de un desastre global y de una degeneración social”. Esta idea rectora atravesará toda la publicación, como podemos advertir, desde su primer número. La preocupación ambiental encuentra en este espacio una plataforma desde la cual impulsarse: “el simposio se mostró muy interesado por los problemas políticos, ecológicos y técnicos de la crisis energética”. Una vez más la energía

se coloca en el centro de la discusión: “se adoptaron diversas iniciativas antinucleares con un entusiasmo que reflejaba las serias dudas que carcomen al pueblo norteamericano, después del accidente nuclear de la central de Three Mile Island”. Cabe recordar que uno de los factores que motivaron al director de *Mutantia* a desarrollar finalmente este proyecto fue ese mencionado accidente, así que no sorprende que el tema nuclear acapare un porcentaje importante de la revista.

En la siguiente intervención, bajo el formato de carta abierta, encontramos “Carta abierta a los ciudadanos del Planeta Tierra”, de Jacques Cousteau. No es la primera vez que una de estas revistas recupera las palabras de este explorador marino, dado que *Expreso Imaginario* también lo hizo a fines de los setenta. Cousteau se ha caracterizado no solo por incursionar en el mundo oceanográfico sino por denunciar siempre las agresiones ecológicas contra ese ecosistema. En esta oportunidad se destacan diversas formas de ataque por parte del hombre al ambiente acuático:

Hoy en día todo río que fluye a través de una granja, una ciudad o un distrito industrial está cargado de contaminantes (...) En 1975 una compañía estadounidense fabricante de un pesticida equivalente al DDT, fue forzada a cerrar sus puertas. El kepone estaba envenenando al entorno (...) Las únicas criaturas de la tierra que tienen cerebros mayores que los humanos son los cetáceos, y los estamos aniquilando fríamente en pos de un lucro a corto plazo, resulta trágico (*Mutantia*, 1, 1980).

Contaminación de ríos, denuncias contra el uso de pesticidas, pesca indiscriminada, se unen a reclamos contra los derrames de petróleo de diferentes naufragios que dan por resultado “millones de

animales muertos, desastres locales, y una amenaza desconocida a la pesca comercial y a la futura vitalidad del océano” (*Mutantia*, 1, 1980).

Sin embargo, como pudimos resaltar antes, el tema nodal de este número y que se propagará durante las siguientes ediciones es la preocupación por la energía nuclear. En la nota “Radiación ionizante” se procede a explicar qué es, cómo afecta la salud, cuáles son sus efectos no inmediatos, etcétera. “La amenaza de guerra nuclear” es la transcripción de la homilía que el papa Juan Pablo II ofreció en la Jornada Mundial de la Paz de 1980. En ella se rescata que “el espíritu benedictino está en la antítesis con cualquier programa de destrucción. Es un espíritu de recuperación y de promoción, nacido de la conciencia del plan divino de salvación y educado en la unión cotidiana y trabajo”, y continúa: “recientemente he recibido de algunos científicos una previsión sintética de las consecuencias inmediatas y terribles de una guerra nuclear”. En virtud de ellos, el papa dedica el resto de su homilía a enumerar los efectos negativos, como la reducción de alimentos, la muerte, las mutaciones, las alteraciones en la capa de ozono. Frente a este panorama predica por un urgente cambio de rumbo y propone reconstruir la confianza en el prójimo como vehículo necesario para poner un freno a estos avances. Es llamativo, en principio, que una publicación integrada por miembros del movimiento contracultural -en apariencia, anticlericales por definición- coloquen como voz autorizada y cita de autoridad sobre el tema al jefe de la iglesia católica. Sin embargo, la contradicción deja de ser tal cuando enmarcamos a *Mutantia* dentro de ese macromovimiento de la Nueva Era y, al mismo tiempo, se considera al papa no solo como autoridad sino también como legitimador.

En el recuadro “Los monopolios nucleares” vemos reflejada otra de las aristas de la cuestión nuclear, donde diversas corporaciones

pertenecientes a Walt Street destinan inversiones a la causa frente a la denuncia de grupos ecologistas:

Exxon, la mayor corporación del planeta, está entre las cuatro máximas propietarias de las reservas norteamericanas de uranio, entre los cuatro máximos productores de óxido de uranio, está sexta en la capacidad de molienda total, y es una de las ocho empresas que fabrican barras de combustible. Se halla también vastamente envuelta en la fabricación de armamentos (*Mutantia*, 1, 1980).

No podemos olvidar, como ya mencionamos, que estas referencias se desprenden de uno de los mayores accidentes nucleares de la época, cuando el recalentamiento en uno de los reactores de la central norteamericana de Three Mile Island generó uno de los mayores desastres de contaminación y de efectos adversos en la salud de los habitantes aledaños al lugar, con anterioridad al accidente de Chernobyl en 1986.

En el segundo número de agosto-septiembre de 1980, el director de *Mutantia* reconoce la probabilidad de haber iniciado este nuevo ciclo con algún atisbo de dramatismo, pero refuerza su postura sosteniendo que “una sociedad que les impide a sus jóvenes el acceso a las decisiones referidas al futuro de la comunidad, fabrica peores monstruos que los que supuestamente intenta combatir” (*Mutantia*, 2, 1980). Al mismo tiempo, defiende lo que Grinberg denomina “deberes humanos”, entre los que se encuentran “el deber de condenar públicamente el homicidio, de sembrar sin miedo las semillas de un porvenir pacífico donde nadie sea atropellado y donde todos contribuyan sin miedo al triunfo de la verdad”, así como el deber de “debatir responsablemente las apabullantes disyuntivas de esta era, dominados por la energía de la fe, la esperanza y la caridad”, y también el deber

de “liberarnos del pecado de soberbia y de idolatría, tomando el poder del espíritu para ofrendarlo con honda algarabía” (*Mutantia*, 2, 1980).

En consecuencia, estamos en presencia de lo que Reichmann (2004) cataloga como macro-movimiento:

Estos nuevos movimientos que se organizan distinto y muy poco, que desprecian jerarquías, que el crecimiento económico como meta -fuerte o débil- les parece una quimera, pareciera que están planeando las coordenadas de una ética, en la que los principios y valores referentes a lo ambiental se confunden con los referentes a otros ámbitos de la actividad humana” (p. 57).

La crítica al crecimiento económico resulta indispensable para el enfoque culturalista en el que se encuadra también esta revista. Escobar (1994) sostiene que, entre otras características, la objetivización de la naturaleza, la explotación de recursos por parte de las economías de mercado, el consumo desmedido e ilimitado, son mecanismos que implican la destrucción sistemática de los entornos naturales. Además, afirma que el tratamiento de la naturaleza como mercancía colabora también a encontrar las formas más eficientes de usar los recursos, pero no a sacar la naturaleza del circuito del mercado.

Esta postura identifica la imposibilidad de reconciliar el crecimiento económico con el ambiente, puesto que implica considerar que

solo se necesitan pequeños ajustes en el sistema de mercados para inaugurar una época de desarrollo ecológicamente respetuoso, encubriendo el hecho de que el marco de la economía -tanto por su individualismo metodológico como por su estrecho marco disciplinario y cortoplacismo- no puede llegar a acomodar las demandas ambientalistas sin una modificación muy sustancial de su estructura (p. 11).

Como sostiene Martínez Alier (1992), “un crecimiento económico generalizado puede agravar la degradación ambiental, aunque la misma riqueza permita destinar más recursos a proteger el ambiente contra los efectos causados por ella misma” (p. 11). Esto quiere decir que, en realidad, la idea del crecimiento económico sostenido e ilimitado conlleva necesariamente al agotamiento de los recursos naturales y a la consecuente contaminación; por lo tanto, la expansión del mercado amenaza tanto a la conservación de la naturaleza como a sus recursos (1997, p. 17). Esta destrucción de la naturaleza resulta inevitable con el desarrollo de la sociedad industrial y la consiguiente transformación del entorno natural. En este sentido, el enfoque culturalista y sus representantes se empeñan en rescatar el valor de la naturaleza en tanto fuente de vida material y espiritual (Escobar, 1994), como se puede advertir en la lectura de *Mutantia*.

Estas apreciaciones confluyen en la corriente en la que se enmarca esta revista, la Nueva Era, en la cual se busca perpetrar una transformación de amplio espectro, un cambio de dirección cuyo objetivo es, en parte, la formación de individuos autónomos, conscientes, espirituales, en comunión con una naturaleza sacralizada. En palabras de Beateson (1968), el ser humano posee una mente intencional que desequilibra la naturaleza y una mente inconsciente armónicamente asociada a la naturaleza. En virtud de ello, el camino que abra paso a esa mente no intencional haría a los seres humanos equilibrados y armónicos con ese mundo natural; mientras que, por el contrario, la perturbación de esa conciencia lo convierte en un ser pernicioso. Así, al decir de Carozzi (1999), “la atención a las sensaciones y el contacto corporal, la actualización de potencialidades, la armonía con la naturaleza y la creencia en la energía universal” se constituyen en elementos propios de la contra-

cultura, dedicados ahora a técnicas y experiencias grupales en búsqueda del desarrollo de la potencialidad interior.

Por segunda vez encontramos la transcripción de un discurso brindado por el papa Juan Pablo II, en este caso frente a la UNESCO, donde resalta la importancia y las funciones de la cultura en la vida del hombre, de las naciones y de la humanidad, a la luz del mensaje de Cristo. Bajo el título “Alianza entre la ciencia y la conciencia”, el Sumo Pontífice sentencia que el futuro se encuentra amenazado. “Esto se ve tanto en el terreno de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas, como en el de las armas químicas, bacteriológicas o nucleares”. También aquí se encuentra la alusión a la amenaza nuclear, donde “el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han llevado a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a un equilibrio frágil que puede ser destruido de un momento a otro” (*Mutantia*, 2, 1980). Cabe destacar que esta no fue la única intervención del Pontífice sobre este asunto, ya que un año más tarde nada menos que en Hiroshima -ciudad que sufrió la explosión de la primera bomba nuclear- realizó un llamamiento a la paz, al desarme y a la prohibición nuclear.

En “Una filosofía para el siglo XXI”, se indica que la “ecofilosofía significa compromiso con los valores humanos, con la naturaleza, con la vida misma (...) ninguna filosofía puede triunfar a largo plazo si no intenta comprender la naturaleza y la vida en términos de compasión”. De esta forma, lo ambiental es encarado, aquí, desde un plano hasta el momento no trabajado, la relación hombre-naturaleza en términos humanísticos:

La ecofilosofía es consciente de lo ambiental y lo ecológico (...) la ecofilosofía excede la cuestión del cuidado de nuestros recursos

naturales. Ser ecológicamente consciente no solo significa dar importancia e inventariar con sensatez los recursos existentes y abogar por medidas y leyes severas para que esos recursos duren más; también significa reverenciar la naturaleza y hacernos conscientes de que somos una extensión de la naturaleza, lo mismo que la naturaleza una extensión de nosotros” (*Mutantia*, 2, 1980).

En este sentido, los valores humanos son considerados indispensables para establecer un lazo con la naturaleza. El tercer número de 1980 comienza con una enunciación dirigida a la defensa del proyecto que encarna *Mutantia*:

¿Qué dicen nuestros críticos? Algunos reprueban que haya en nuestras páginas muchos autores “extranjeros”: ignoran que la lucidez implacable no tiene fronteras. Otros creen que estamos repitiendo nostálgicamente los eslóganes contraculturales de los años setenta: ¡qué miopía! Y no faltan los que para desacreditarnos aseguran que escribimos con tinta roja; en verdad lo hacemos con tinta verde (ecológica, claro) (*Mutantia*, 3, 1980).

En estas palabras se vuelve a legitimar la idea central de esta revista como representante de un nuevo movimiento, que considera posible la transformación del ser y que promueve una cosmovisión en armonía con la naturaleza, donde el cambio social, la paz y la ecología se presentan como ejes en estas páginas. Y lo consiguen empleando como vehículo de comunicación a *Mutantia*, como herramienta para profundizar los vínculos a través de la difusión de esta perspectiva.

En “Las conexiones multinacionales: quién hace qué y dónde” el recuadro contiene un listado de compañías occidentales que tienen intereses en la investigación del aprovechamiento de energía solar.

Lejos de considerarse un avance hacia la utilización de energías alternativas, esta incursión se presenta como una diversificación de las grandes compañías norteamericanas y europeas con fines lucrativos. Si el costo de transmisión de electricidad, por ejemplo, resulta menor y se consigue mayor ganancia, entonces se puede considerar favorable. Pero si la opción por la alternativa conduce a una mayor inversión o una menor capacidad de lucro, la aventura llega a su ocaso.

Con tres números en su haber, *Mutantia* nuevamente recuerda a sus lectores que ha surgido como una herramienta de transformación: “hablamos de la persona, de su capacidad de percepción y de la ampliación del área de conciencia” (*Mutantia*, 4, 1981). La nota titulada “La sincro-fluencia” habla de la importancia de la maximización de la ética ecológica que permitirá incrementar la calidad ambiental, con el consecuente incremento del bienestar de todas las especies, la humana incluida. Mientras que en “Hacia una visión planetaria” se rescata la relación entre la visión espiritual y las preocupaciones prácticas en materia ambiental. Así encontramos que “uno de los tópicos principales que capturan la atención de la gente es la ecología, formas alternativas de energía, agricultura, biorrefugios, aldeas de energía solar, transformación social y política” (*Mutantia*, 4, 1981).

En relación con esta propuesta, “Primera aldea solar” es el título de un recuadro en el cual se plantean las ventajas de los sistemas energéticos con base en paneles solares. El papel de la energía solar para la generación de electricidad y calefacción también en la actualidad es un tema recurrente: permite establecer la preocupación prematura de estos actores con respecto a las problemáticas ambientalistas. Sin ir más lejos, en la Argentina durante 2017 se anunció en un acto oficial la inauguración de las obras para construir una planta

de energía solar en la provincia de Jujuy -ubicada en el extremo noroeste del país-. Esta planta, con inversiones de empresas nacionales y chinas, procura abastecer a cien mil hogares con la instalación de 1,2 millones de paneles.

En el quinto número de 1981, una nota del propio director titulada “Una generación biosférica” señala cómo tanto la política como la tecnología contribuyen a la neonaturaleza:

No es posible retorno alguno al Edén. El regreso a la naturaleza puede ser una opción para unos pocos, pero la civilización no puede ocupar las montañas del norte de Nuevo México. Muchos de aquellos que escaparon hacia las montañas meramente hicieron una jugada en la dialéctica de las sobreconversiones (*Mutantia*, 5, 1981).

Lo que en los setenta era considerado como la solución para evitar la enajenación, el retorno a la vida campestre y el contacto con la naturaleza salvaje, aquí se entiende como una salida que en el mejor de los casos es temporal. Pero no permite el inicio de un nuevo ciclo para una nueva civilización consciente de su ser interior y de sus responsabilidades. “La creación de una sociedad nueva es para-política, porque al mismo tiempo que se desarrolla una especie de lateralidad, se opone activamente a la entronización de la falacia”. En última instancia, se trata de brindarle un lugar a la experiencia que involucra sabiduría y una vida interior consciente no sujeta a imposiciones, a la firme convicción de que el ser humano cuenta con una esencia interior impoluta, solemne y en armonía con la naturaleza y el universo.

“La tierra pide clemencia” es otra nota de este número que aborda la problemática de trabajo agrícola vinculada no solo a la producción sino también a la calidad de alimentos que ingerimos los seres huma-

nos. El empleo de pesticidas, agroquímicos, herbicidas, fertilizantes y fungicidas altera la producción y también la composición de la tierra donde se cultivan los alimentos; “si en lo que a cereales se refiere todavía se puede encontrar algún agricultor que cultive sin agroquímicos (...), con respecto a las hortalizas esto es casi imposible”. El empleo de agroquímicos para combatir a las plagas implica también riesgos para la salud humana gracias a la contaminación en suelo, aire, agua.

Por lo que refiere a la preocupación generada por el tema nuclear, nuevamente *Mutantia* se hace eco del asunto en la nota “Desechos nucleares: los mitos y la realidad”. Aquí se presentan diferentes falacias sobre la utilización de energía nuclear, que son contrarrestadas por un cúmulo de respuestas con datos precisos que desmienten esos mitos. Entre los principales argumentos erróneos se encuentran que la energía nuclear genera menos desechos que las usinas de carbón, el ciclo del combustible nuclear es más inocuo que el uranio, las consecuencias de un accidente nuclear serían mínimas, etcétera.

En la nota “La ecología en la vida cotidiana” se enfatiza sobre el irracional incremento del consumo de recursos naturales, el aceleramiento del ritmo de devastación ambiental, el aumento de las zonas desérticas, la contaminación de ríos y mares, etcétera. Se apela a la concientización individual:

es necesario que nos concienticemos de que la Tierra es como una nave espacial de la cual somos tripulantes (...) el éxito de una misión depende de la colaboración y armonía de todos sus tripulantes (...) debemos hacer un análisis crítico de nuestras actitudes y hábitos de vida (*Mutantia*, 5, 1981).

En la edición de mayo-junio de 1981 se encuentra una nota sobre “Armamentos o supervivencia” y otra cuyo título reza “Energía nu-

clear y tercer mundo”. En ambos casos se hace mención a los cambios climáticos, la deforestación, los peligros de los metales pesados, los daños ambientales causados por los enfrentamientos bélicos, el crecimiento peligroso del arsenal nuclear como amenaza para la humanidad, el empleo de armas químicas y biológicas, la proliferación de armas atómicas. Mientras que en “Apagón ambiental” se compara el avance de las tropas nazis con el avance de la destrucción ambiental: “se están apagando una tras otra las luces con que la naturaleza ha iluminado la Tierra durante millones de años; están cerrando las estaciones que despachan los trenes cargados con vida para quienes habitamos este planeta” (*Mutantia*, 6, 1981).

En el último número de 1981 se retoma la idea de ataques nucleares en “Si atacaran Filadelfia...”; el siguiente punto en esta edición se dedica a la deforestación de las selvas tropicales, al ritmo de desaparición de sus especies vegetales y animales junto con las consecuencias para la vida del hombre: “la deforestación está arrasando con los últimos remanentes de la selva primaria para proveer al mundo combustible, papel, madera para muebles y viviendas, sin contar la sustitución del monte para la agricultura, los asentamientos humanos y desarrollos de la carretera trans-amazónica” (*Mutantia*, 8/9, 1981). En el primer número de 1982 se expone, una vez más, el compromiso de *Mutantia* frente a la transformación, la vida, el trabajo concreto y la expansión del campo de conciencia: “nuestro mensaje se va dando acumulativamente, número tras número (...) Pero ahora debemos ir más allá de la retórica y los anhelos (...) se trata de fusionar la mutación de la cual nos descubrimos como parte con la acción” (*Mutantia*, 10, 1982). Asimismo publican la nota “Una introducción al plutonio”, en la cual se explica qué es, cuál ha sido su utilización en la historia y las amenazas que

acarrea. El número 12 continúa el tratamiento sobre energía nuclear y sus consecuencias en entrevistas como “Corte de pálida, habla Helen Calpidoc”, y notas tales como “La extracción de uranio nos amenaza”.

Hacia 1983 sale el número 13 de *Mutantia* con una nota titulada “La actitud ecologista”, en la que se procura responder a la pregunta sobre qué es el ecologismo: “no es una ciencia, ni una ideología, ni un partido político, ni una nueva religión, ni mucho menos una moda pasajera, ni un negocio (...) podría ser entendida mejor como una actitud determinada frente al mundo” (*Mutantia*, 13, 1983). En este sentido, se puntualiza en marcar la diferencia entre el conservacionismo, el ambientalismo y este ecologismo que no tiene como objetivo principal “la conservación de los recursos naturales no renovables, ni la supervivencia de las especies de flora y fauna en peligro de extinción, ni la pureza de los ríos, la atmósfera y el suelo”; por el contrario, “el objetivo del ecologismo, su razón de ser, es la construcción de una sociedad más justa, más verdadera, más estable” (*Mutantia*, 13, 1983).

Lo antedicho no significa que el ecologismo reniegue de la naturaleza; antes bien procura que el desarrollo del ser humano se concrete sin la opresión sobre el prójimo, que la cultura humana no implique la destrucción del medio ambiente, que la vida no se desarrolle en la destrucción de otras formas de vida. Castells (2013) realiza una tipología de estos movimientos y establece la diferencia entre los dos últimos. Para este autor, el ambientalismo incluye “todas las formas de conducta colectiva que, en su discurso y práctica, aspiran a corregir las formas de relación destructivas entre la acción humana y su entorno natural” (p. 201); mientras que por ecologismo entiende “una serie de creencias, teorías y proyectos que consideran a la humanidad un componente de un ecosistema más amplio y desean mantener el

equilibrio del sistema en una perspectiva dinámica y evolucionista” (p. 201). A continuación se encuentra “Somos huéspedes de la tierra y debemos el alquiler”, una nota en la cual el énfasis se encuentra en la alimentación saludable y natural.

Más adelante otra nota ocupa las páginas de la revista, esta vez es sobre “La mujer y el futuro”, donde se reproduce el discurso brindado por la referente del Partido Verde alemán, Petra Kelly, quien expone las relaciones entre ecología y feminismo. El feminismo ecologista es un término acuñado por Françoise d'Eaubonne en 1984 para definir el potencial de las mujeres para llevar adelante una revolución ecológica, y es una corriente con diversidad de enfoques, criterios y perspectivas. El ecofeminismo es un término empleado para referirse a la variedad de relaciones entre la naturaleza y las mujeres. Al mismo tiempo, esta corriente se caracteriza también por establecer los vínculos existentes y cuestionar la opresión patriarcal y la destrucción de la naturaleza, en virtud del progreso y el beneficio. Así las preocupaciones por las transformaciones ambientales, también de la historia ambiental, son abordadas introduciendo la perspectiva de género en sus análisis. Las complejas dinámicas de poder entre hombres y mujeres son una arista importante que se debe tener en cuenta para entender la forma en la cual cada género se ocupa de la producción, el conocimiento y la modificación del ambiente. En tal sentido, Petra Kelly fue una representante política, co-fundadora del Partido Verde alemán, ferviente militante feminista y ecologista.

En el número 15/16 de 1983 aparece un recuadro sobre “¿Qué pasa con el clima?”, en el que se explican los motivos del calentamiento global; en “Lo nuclear son la bomba y los desechos”, se retoma la preocupación sobre el uso de la energía nuclear; mientras que en “El desa-

fío ecologista” se describe y analiza al movimiento ecologista. Luego, en el editorial de diciembre de 1983 se enumeran las organizaciones no gubernamentales a las que el equipo de *Mutantia*, más precisamente su director, se fue adscribiendo con el correr de estos años:

Iniciativa Planetaria para el Mundo que Elegimos y el Centro de Enlace para el Medio Ambiental, y además el Departamento de Asuntos del Desarme de las Naciones Unidas (...) Así es como estamos trabajando con el flamante Movimiento Ecologista latinoamericano, con la Liga de Resistentes a la Guerra y con Redes situacionales de todo tipo y ubicación en el planisferio (*Mutantia*, 17, 1983).

Además, un recuadro anunciaba que la Argentina se convertía en el octavo país del mundo con posibilidades de producir uranio enriquecido. Bajo el título “Argentina, potencia nuclear”, se comunica que la Comisión Nacional de Energía Atómica había informado de esta novedad:

Ello implica una mudanza radical en los proyectos nucleares argentinos, inicialmente centrados en la generación de electricidad mediante el uso en reactores de uranio natural moderado con agua pesada. La opinión pública, escasamente informada, no está en condiciones de diferenciar entre el U-235, el U-238 y el plutonio, pues el carácter estratégico del tema ha escamoteado el debate abierto del asunto en nuestro país” (*Mutantia*, 17, 1983).

A este recuadro lo secundaba la nota “Mortandad de peces en ríos de uranio”, en la que se explicitaban los perjuicios en materia ambiental y de salud por la construcción de un submarino nuclear y la contaminación en las aguas a causa de la utilización de este metal.

Cabe destacar que por entonces, en nuestro país -con escasa o nula cobertura informativa y difusión-, un fallo judicial sentenciaba la prohibición en todo el territorio del producto químico 2,4,5-T, un herbicida utilizado en Estados Unidos durante la guerra de Vietnam para “eliminar las moscas boscosas donde se pudieran ocultar los insurgentes” (Grinberg, 2004, p. 225). Este proceso se presenta como corolario de una larga lucha librada durante la última dictadura por Alberto Kattan (abogado) y Antonio Brailovsky junto a Juan Schöder (ciudadanos argentinos), con el apoyo dado por el Taller de Ecología de la Unión Cívica Radical. Este producto acarrea un severo impacto ambiental, matando o bien dañando la vegetación, siendo tóxico para los animales, especialmente los acuáticos. Además, diversos estudios concluyeron en la influencia de este veneno en los diagnósticos de cáncer, envenenamiento, alteraciones en la piel, desórdenes neurológicos, etcétera.

Finalmente, en el Número 18 de 1984 se presenta un editorial “El día después”, donde se hace alusión a la película homónima y se refuerza la existencia de ojivas nucleares como amenazas reales. En tal sentido,

Mutantia ha decidido comprometerse con el proyecto Bomba de Paz iniciado en Canadá como parte de la Red Planetaria de Pensamiento Positivo, y colaborará ampliamente con las actividades planeadas a nivel internacional para octubre de 1984, dentro de la Semana del Desarme promovida por Naciones Unidas (*Mutantia*, 18, 1984).

Como consecuencia, se busca acompañar las manifestaciones con acciones concretas de métodos efectivos con una organización clara y fuerte.

Por otra parte, encontramos una nueva referencia al Partido Verde alemán en “Alternativos, ecológicos, pacifistas y el Partido Verde alemán”. Esta nota relata la visita de un miembro de ese partido a nuestro país para intercambiar acciones con los grupos alternativos de la Argentina. Al tiempo que describe la lucha de estos alemanes contra la construcción de pistas de aeropuertos en medio de bosques en Frankfurt, la oposición a las centrales nucleares y una breve semblanza de este partido verde. Por último, en mayo de 1984 lanzan el Número 19, con el anuncio “Nace la Red Ecológica Nacional”. Una red que nace frente a la inquietud de diversas personas vinculadas a organizaciones no gubernamentales, alertadas por las preocupaciones medioambientales en el país.

Tampoco este fenómeno tuvo repercusión en los grandes medios de comunicación de la época. Fueron alrededor de treinta agrupaciones independientes con una plataforma concreta ecologista, anti-nuclear, pro energías renovables y agricultura orgánica. Algunas de ellas fueron: Centro de Protección de la Naturaleza, Fundación para la Defensa del Medio Ambiente, Comité Córdoba de Conservación de la Naturaleza, Fundación Tierralerta, Movimiento Argentino Ecológico, Asociación Ambientalista del Chaco, entre otros.

5.4. Estudio de los argumentos propuestos en la revista *Mutantia*

A través del análisis de topoi, nuevamente, nos preguntamos qué argumentos construye *Mutantia* sobre la base de los enunciados que vimos en el apartado anterior. El análisis de contenido previo nos permite identificar la presencia de treinta y ocho notas, seis editoriales, cuatro entrevistas, diecinueve recuadros, dos poster/solicitadas, dos cartas abiertas, como se muestra en el siguiente gráfico:

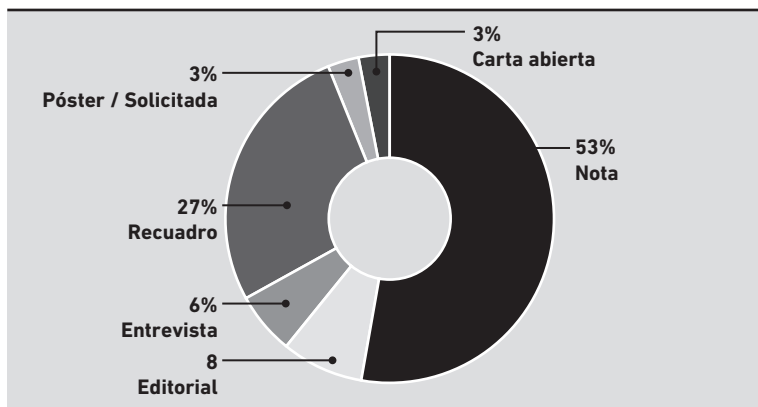


Gráfico 3. Referencias de temas ambientales por género en Mutantia (1980-1984).

Fuente: elaboración propia con base en los datos de la revista *Mutantia*.

Además, en el siguiente gráfico se puede visualizar la frecuencia anual en que se presentan los temas que nos incumben:

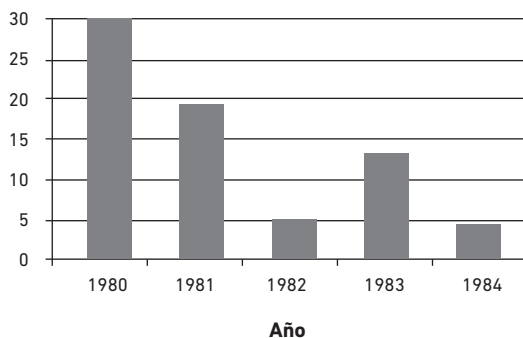


Gráfico 4. Cantidad de referencias ambientales por año en Mutantia (1980-1984).

Trabajaremos con los títulos que figuran en la Tabla N° 2 del Anexo, con el objeto de establecer qué topoi se configuran en el discurso de *Mutantia*. Por medio del análisis de los títulos consignados se evidenció un topoi que envuelve la trama nodal del discurso como eje rector dentro de *Mutantia*, y del cual se desprenden los temas más relevantes: transformación/inmutabilidad.

5.5. Desarrollo analítico con base en el estudio del contenido de la revista *Mutantia*

A continuación, se presentan los ejemplos seleccionados correspondientes al topoi.

Transformación/Inmutabilidad

1. Somos los que trabajan para la Primera Paz Mundial. Nuestra civilización se enfrenta con el principal escollo en la ruta hacia un nivel superior de su evolución: el homicidio. Esta década será el campo abierto en el que se debate el futuro de los seres humanos y del planeta Tierra.
2. Desde hace décadas viene desarrollándose una “nueva lucidez” referida a la superación del signo de Caín y a la posibilidad de iniciar un ciclo vital con la plenitud como experiencia cotidiana.
3. *Mutantia* será la crónica de un sector de la realidad donde se están produciendo cambios fundamentales para el futuro de la Humanidad.
4. El futuro de la persona y el futuro de nuestro planeta dependen de un cambio profundo en nuestra manera de asumir sabidurías milenarias y contemporáneas.

5. Efectivamente: nuestro número inicial fue bastante dramático. Especialmente para aquellos que preferirían esconderse en un sótano blindado. También dijeron que *Mutantia* es demasiado intelectual. De ninguna manera: es inteligente. Y si bien ello es una obligación antes que un privilegio, no llamaría tanto la atención si no se tratara de una época tan saturada de trivialidades. Y de permanentes malabares apocalípticos.
6. Una sociedad que les impide a sus jóvenes el acceso a las decisiones referidas al futuro de la comunidad, fabrica peores monstruos que los que supuestamente intenta combatir.
7. Tenemos el deber de condenar públicamente el homicidio, de sembrar sin miedo las semillas de un porvenir pacífico donde nadie sea atropellado y donde todos contribuyan sin miedo al triunfo de la verdad.
8. Tenemos el deber de debatir responsablemente las apabullantes disyuntivas de esta era, dominados por la energía de la fe, la esperanza y la caridad.
9. Tenemos el deber de no doblegarnos ante ninguna tiranía, ante ningún conquistador, ante nadie que nos ponga en peligro a nosotros y a los que queremos, seamos quienes seamos, tengamos lo que tengamos. Finalmente, el deber irreductible de ser leales al mandato de crecer y multiplicarnos, de amarnos los unos a los otros, sin admitir que se nos trate como a pupilos de un reformatorio.
10. Y un deber extra, librarnos del pecado de soberbia y de idolatría, tomando el poder del espíritu para ofrendarlo con honda algarabía.

11. Los gobiernos tienen el monopolio del poder político, de los armamentos, de los recursos naturales, del dinero; en fin, del destino de sus ciudadanos. No obstante, en vez de contribuir a la mejora de los asuntos del mundo, siguen aportando detalles para su empeoramiento.
12. Cualquier monje en estado de éxtasis es más poderoso que todos los gobiernos del planeta juntos, aunque vista harapos y no tenga techo. ¿Por qué? Porque tiene toda la Creación a su favor. Ni más ni menos que toda la Creación.
13. Deberemos enseñar el rol de cada cual en el universo, el respeto hacia la persona y el planeta, la solidaridad con el prójimo y hasta el potencial sanador que albergamos. Fuera de la masacre competitiva, intimidatoria y manipuladora.
14. Sabemos que no será fácil. Nunca fue fácil. Todo en derredor parecería insinuar que nadie ha aprendido nada de las barbaridades que han lacerado a nuestra especie en lo que va de este siglo. Quienes no adherimos al circo de la trivialidad ni al parloteo del tremendismo, sabemos que debemos convertir nuestra insatisfacción en profecía.
15. ¿De qué hablamos? Simplemente, de ser parte de la construcción del Nuevo Mundo... Viene sucediendo. No lo está organizando alguien en particular. Late en seres dispares que en las distintas repúblicas de nuestro continente intuyen los caracteres y los sentimientos de dicha epopeya del Universo.
16. Donde no hay visión, el pueblo perece. Sí, es difícil cortar la continuidad de la ceguera, del odio y del fracaso. Pero la próxima ola baña ya nuestros pies y hay ritos de bautismo en el aire.

17. Hablamos de la persona, de su capacidad de percepción y, jubilosamente, de la ampliación del área de conciencia.
18. Durante los últimos 25 años, varias generaciones han ensayado con efectividad diversa el cultivo del potencial humano y la proyección comunitaria de los frutos resultantes... La siembra de certidumbres resulta un trabajo ineludible. Elegimos la afirmación, la confluencia de los símiles, la gestación de la fraternidad, la fusión del sentir y el hacer, la exploración del cosmos interno.
19. Actuar como personas, como centros autónomos de poder y responsabilidad, es decir, comprometerse de forma creativa, utilizando y desarrollando dones que se nos han dado: el hombre como sí mismo/a.
20. Hemos entronizado variadas deidades del industrialismo (la propiedad privada o estatal no modifican en absoluto su esencia pagana), tratando de identificar el mal en alguien o algo fuera de nosotros, cuando la verdad está dentro, con un hedor petrificante.

Esta selección de enunciados se corresponde con el esquema argumentativo que responde a

Topoi

- *Transformación/inmutabilidad.* El cambio de paradigma es necesario para encontrar la paz interior y conducir a la verdad a través de la experiencia; esto implicará vivir en armonía con el ser interior y con la naturaleza.
- *Referencia:* tiranía, conquistador, homicidio, masacre, manipulación. Estos son rasgos que se presentan como negativos y se apela a modificar.

- *Predicación*: en este caso, los seres humanos como protagonistas de este discurso se presentan en principio como aquellos que pueden obrar por el cambio. Realizan acciones destructivas, pero mediante la elevación de la conciencia pueden convertirse en seres lúcidos, sabios, plenos, superiores.
- *Perspectiva*: se construye partiendo de rasgos contradictorios del ser humano, pero conforme se avanza en el discurso se focalizará en su capacidad de mutación y elevación espiritual, ampliación de conciencia y comunión con la naturaleza.
- *Intensificación*: la postura en los enunciados se ve acentuada por medio de una prédica positiva de cara al cambio.

Los datos presentados nos permiten identificar en *Mutantia* un mecanismo peculiar en su forma de abordar las temáticas que nos preocupan. Esta revista estaba integrada por un grupo de individuos que habían transitado las década del sesenta y el setenta en actividad y que aún traían consigo esas banderas en alto:

Pertenezco a una generación no vista con buenos ojos en ninguna parte (...) con visiones místicas y vibraciones cósmicas (...) que se ha tratado de caracterizar a contramano, que ha sido reprimida y tergiversada metódicamente y que (...) todavía no ha desaparecido” (*Mutantia*, 14, 1983).

Así como el Mayo Francés de 1968 impulsó movimientos y procesos similares, en otras partes del mundo, también se propagó su derrota. Aun así, todas las insurrecciones de fines de los sesenta dejaron una huella imborrable en la sociedad, en la cultura y en los jóvenes de esa época. Hablamos de una generación post Segunda Guerra Mundial que no comulgaba con los valores de una sociedad consumista y alie-

nada. Una sociedad destructiva con la cual no solo no se identificaban, sino que tampoco les brindaba un lugar. En suma, una sociedad que sentían desconocida y que necesitaba un cambio de perspectiva para avanzar en armonía con su esencia y con la naturaleza que la rodea.

Fruto de esta crisis de identidad, de la angustia por la derrota de aquellos ideales que se perdieron, por esa vida que no fue y ese inquietante sentimiento de desarraigo y soledad, podemos encontrar expresiones como *Mutantia*. Esta publicación nos habla de la interioridad del ser, de la disyuntiva entre lo que es y no puede ser llamado *vida*, entre lo que se presenta como algo que aparenta ser la salvación -¿tal vez del alma, del espíritu, de la mente?- pero que en realidad es solo una máscara que esconde una profunda desesperanza y angustia del individuo frente a una sociedad que lo oprime: en sus páginas se esconde el quiebre interior de un ser humano solitario, incomprendido, ausente y oculto en su propia soledad.

Steiner (2003) sostiene que es incorrecto creer que solo la matriz verbal sea la única que pueda articular y conducir el intelecto, es decir que con la palabra no alcanza para garantizar la comunicación de ideas, sentimientos, angustias, sino que hay otras formas comunicativas que exceden el lenguaje en tanto acto discursivo, que nos permiten expresarnos, como el silencio. En este sentido, afirma que:

El más puro alcance del acto contemplativo es aquel que ha conseguido dejar detrás de sí al lenguaje. Lo inefable está más allá de las fronteras de la palabra (...) es solo al derribar las murallas de la palabra cuando la observación visionaria puede entrar en el mundo del entendimiento total e inmediato. Cuando se logra ese entendimiento, la verdad ya no necesita sufrir las impurezas y fragmentaciones que el lenguaje acarrea innecesariamente (...) El santo, el

iniciado, no solo se aleja de las tentaciones de la acción mundana; se aleja también del habla (...) La tradición occidental sabe también de trascendencias del lenguaje hacia el silencio (pp. 29-30).

El silencio del que habla Steiner (2003) implica un acto de contemplación, el desarrollo autonómico del ser. En otras palabras, una transformación, que es a lo que apunta esta revista. Se opone al desarrollo irresponsable de la tecnología, atraviesa en sus páginas una evidente postura antinuclear, brinda testimonio de las corrientes ecológicas, pero al mismo tiempo procura que estas características se den en el marco de un cambio de perspectiva profundo: “se trata de un paso desde la salvación individual hacia la transformación colectiva. Ya no hay más fuera y dentro. Conmigo, contigo, con todos. Sin parar. Como seres solidarios” (*Mutantia*, 12, 1982).

El hombre al que se dirige *Mutantia* es un ser fragmentado, incomprendido e incomprensible para sí mismo. Es a la vez fragmento y totalidad, es incapaz de reunirse con él mismo en las condiciones sociales, políticas y ambientales en las que vive. Por esa razón, para quienes hacen esta revista es imperiosa una reforma en las organizaciones existentes, donde se borren las jerarquías y se unan los individuos con objetivos comunes, y que reivindique la sacralidad de la naturaleza y de la experiencia como camino para alcanzar la verdad.

Además, se muestra al hombre sometido a las causas exteriores, convencido de que la felicidad es algo que aún está por surgir, que aún debe nacer. Mientras que en realidad *Mutantia* se esfuerza por demostrar que la búsqueda debe ser interior y la metamorfosis ocurrirá de dentro hacia fuera. Este planteo multifacético es poético, filosófico, profundamente espiritual y humano.

En su prosa, *Mutantia* muestra que la vida existe solo en tanto vida interior o interiorizada; está ahí, en uno mismo, no en la exterioridad de un mundo que no comprendemos y que se rige por normas absurdas que solo lastiman el alma. La idea de vida aquí se vincula al amor, pero no en términos de novela rosa, sino relacionado a la afectividad. Es así como solo en la afectividad y por ella, ese hombre puede salvarse. Afectividad en tanto esencia de la vida. Así se exige una nueva concepción de la interioridad.

En tal sentido, como diría Steiner (2003), abandona la palabra ingenua que se cree lógica, lineal, y la sustituye por un silencio interior. Por un lenguaje del silencio que le permite alcanzar esa vida interior que, a diferencia de lo que muestra el mundo exterior y esa sociedad que no comprende *Mutantia* y que no comprende a *Mutantia*, bajo la mirada de sus integrantes es la verdadera. Como expresa Kierkegaard, la soledad y la angustia pertenecen a todo individuo singular y se constituyen como elementos que definen lo que es un verdadero individuo. Una angustia que es propia de la condición humana y que nos mueve a la acción. En otras palabras, estamos en presencia de la interioridad del ser con esa dimensión interior humana. Como menciona Boff (2013), el ser humano individual es “una realidad una y compleja” que se encuentra estructurada en tres dimensiones imbricadas entre sí y que tiene como portador al mismo y único sujeto individual, “el cual se presenta como una exterioridad (hombre-cuerpo), una interioridad (hombre-*psyché*) y una profundidad (hombre-espíritu)” (p. 176).

Por su parte, la vida es una noción muy vaga de múltiples significaciones que transita por las páginas de *Mutantia* soterradamente: “el único modo de cambiar la mentira que llamamos VIDA, es vivir de verdad” (*Mutantia*, 12, 1982). Por esta razón, cuando Kierkegaard

escribe que la verdad es aquello por lo que se querría vivir o morir, o bien cuando Marx declara que no es la conciencia de los hombres la que determina sus vidas sino su vida quien determina la conciencia, se produce una movilización interior. Pese al progreso que ha alcanzado el análisis del lenguaje, podemos sentirnos tocados en el fondo de nosotros mismos y conmovidos en nuestro propio ser. Entonces, ¿qué es aquello que llamamos la vida? Sin duda esta es la pregunta que subyace como búsqueda en *Mutantia*: “¿Cuándo vamos a vivir realmente? En general, nos pasamos la vida preparándonos para amar, para saber, para disfrutar, para evolucionar, y nos convertimos en meras caricaturas de nuestros sueños” (*Mutantia*, 12, 1982).

La construcción del discurso en *Mutantia* se presenta como una muñeca rusa, una *mamushka* que encierra la idea fundamental de la transformación como pilar sustancial por encima de todo. Un cambio individual y de conciencia. Aquí radica su demanda por una expansión de conciencia, pero no para que tengamos cuantitativamente más espacio para la recepción de información. Por el contrario, una conciencia cualitativamente diferente, con una visión más profunda donde prime ese ser interior, que podamos conectarnos con él y también con la naturaleza como parte de la Creación. Esto tiene que ver con el planteo de Kierkegaard. Para este autor, cualquier verdad que se busque y alcance tiene que ser por fuerza una verdad existencial y subjetiva hondamente personal. Por consiguiente, cualquier elemento extraño a esta singularidad es un engaño que aparta fatalmente de la senda: “Ya no se trata de acopiar información sino de encarnar holísticamente la vida” (*Mutantia*, 12, 1982).

Así, dentro de esta *mamushka* gráfica, encontramos una segunda pieza que contiene el tema religioso/espiritual como telón de fondo. Si

bien, por un lado, reniegan de las doctrinas, se presentan anticlericales, horizontales y plurales, no se debe perder de vista que en dos ocasiones reproducen en sus páginas el discurso del papa Juan Pablo II. Así, lo colocan como voz autorizada y legitimador de esa propuesta de cambio que intentan llevar adelante. Al mismo tiempo, se ponen en juego diversas expresiones espirituales unidas, vinculadas también con los ciclos de creación y destrucción de la naturaleza. Aquí se busca la empatía con todos los seres vivos que habitan la Tierra y con el Universo, donde ninguna domine a la otra, sino que todas puedan convivir en completa armonía: “la Tierra es un Paraíso, el único que vamos a conocer. Nos daremos cuenta de ello en el momento que abramos nuestros ojos” (*Mutancia*, 12, 1982). Asimismo, el terreno espiritual conlleva la

capacidad de relación y conexión que todos los seres tienen entre sí, generando informaciones y constituyendo la red de energías que sustenta todo el universo. Esta matriz relacional se hace consciente en el individuo y por eso puede hacer historia y fundamentar un proyecto de vida que lleva la marca de la naturaleza del espíritu (Boff, 2013, p. 181).

Esta dimensión espiritual despierta en el individuo sentimientos nobles, y quien consiga “mantener y alimentar esta dimensión de la profundidad en medio del mundo exterior y los vaivenes del mundo interior experimentará un sentimiento de realización y armonización con el Todo para el que no hay palabras adecuadas” (p. 182).

Una tercera pieza se desprende de estas dos anteriores: el pensamiento ecológico. En este caso, siguiendo el razonamiento antes expuesto, Grinberg, en tanto director de esa revista e integrante del movimiento contracultural (además de partícipe de diversas iniciativas

que promueven el cuidado del medio ambiente), se presenta como el Mesías de ese pensamiento, como aquel que lleva la palabra entre los fieles que siguen en su camino al líder espiritual: “Gea, nuestra hermana Tierra, se liga a esta evolución consciente de modo inequívoco (...) En verdad, de esta alianza entre nosotros y Gea surgimos como evolución”, dice el director en el editorial del N° 12, de 1982. En consecuencia, se potencia la noción de armonía entre hombre y naturaleza. Esta última se presenta también como agente de cambio histórico con el cual se puede interactuar, y tiene identidad propia. Se requiere de una transformación que apunte a un cambio de paradigma, como plantea Boff (2013), que modifique nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza, como también otros modos de producción y un consumo moderado. Esto implica entonces un cambio de civilización que sea “más amante de la vida, más ecoamigable y más respetuoso de los tiempos, las capacidades y los límites de la naturaleza” (p. 12).

No se puede desconocer que la preocupación por los problemas ambientales no es una cuestión nueva, pero sí cabe resaltar que es en la década del ochenta cuando cobra una relevancia sustantiva y se incrementa la cantidad de organizaciones que toman partido por la naturaleza, aunque en la Argentina las voces que se proclaman en virtud de estos temas son aisladas. Además, se puede advertir la creciente preocupación que existía para la época con respecto a la utilización de energía nuclear, el usufructo de recursos naturales no renovables como fuentes generadoras de energía y sus consecuentes secuelas. Esta situación da de bruces con el desarrollo tecnológico y a los procesos económicos pilares del sistema que rige la producción en Occidente.

Este proceso de concientización se plasmó en espacios de reflexión como esta revista, organizaciones no gubernamentales y organismos

internacionales con base en nuestro país. Como ejemplos de la década podemos citar: la Multidiversidad de Buenos Aires con el hincapié en la pedagogía ecológica de 1982 (de la cual tanto Grinberg como otros miembros del *staff* de *Mutantia* eran parte protagonista); la Fundación para la Defensa del Ambiente en Córdoba (1982); el Taller Ecologista de Rosario (1985); la Fundación Ambiente y Recursos Naturales (1985), y la Red Nacional de Emergencias Ambientales (1986). También se deben incluir los talleres ecologistas que los propios realizadores de *Mutantia* empezaron durante esta década, junto a conferencias sobre el tema. Además del empleo de energía nuclear y metales pesados, se suma el uso de agrotóxicos para combatir especies consideradas como plagas. Herbicidas, plaguicidas que no solo terminaron afectando a la producción, a las especies animales y vegetales aledañas sino también a la salud de las personas que vivían y trabajaban en esos cultivos.

Estas problemáticas no pierden actualidad; por el contrario, se encuentran en pleno auge en nuestro país. Con respecto a los herbicidas, cabe destacar el rol protagónico que cobra la empresa Monsanto con la creación, en la década de los setenta, y la utilización e internacionalización del glifosato como producto clave para la agricultura durante la década del noventa en adelante. Arizpe y Locatelli (2009) establecen que esta empresa logra en solo una década ser la propietaria de más de cincuenta empresas semilleras en el mundo, con la creación de una soja transgénica y resistente a este herbicida que, unido a técnicas de siembra directa, producen menos costos y más ganancias. Asimismo, los autores resaltan que durante 2008-2009 nuestro país se caracterizó por desplazar los cultivos tradicionales por la cosecha de este tipo de soja. Sin embargo, resaltan que no solo la soja se encuentra contaminada con este herbicida sino también cultivos de maíz, girasol y algo-

dón, entre otros. Así, sostienen que “los agroquímicos más utilizados en los campos argentinos son el glifosato y el endosulfán; del primero se aplicaron 200 millones de litros en 2007, mientras que en 1991 solo se habían aplicado un millón de litros (FOCO, 2008), y destacan que

el uso de agrotóxicos en la Argentina es uno de los temas actuales que se debaten en la esfera política, pretendiendo mantener, a escala regional y nacional, una estabilidad económica del ámbito agrario sin considerar sus graves repercusiones tanto a nivel socio-cultural como ambiental (pp. 84-87).

Pese a los comunicados de Monsanto sobre la inocuidad del empleo de estas sustancias en los cultivos, la Agencia de Protección Ambiental norteamericana “lo reclasificó recientemente dentro de la categoría ‘altamente tóxico’ ” (p. 84). En el estudio de la Agencia se identifica que

desde el año 1995, en que se aprueba la soja transgénica y se produce su extraordinario crecimiento en cuanto a superficie sembrada, comienzan a hacerse notar enfermedades vinculadas a la gestación, y a diversos tipos de cáncer cuya frecuencia es llamativa (Gianfelici, 2008, p. 15).

Como consecuencia, entonces, las poblaciones que trabajan en estos cultivos y viven en las cercanías se exponen a los impactos de la contaminación por agrotóxicos, en su salud como en los alimentos que comercializan y consumen.

Lo cierto es que los espacios para divulgar estas calamidades en los medios de comunicación del momento eran de escasos a nulos. Por esa razón, plataformas como *Mutantia* cobraron trascendencia. Tal vez

sin advertirlo, pero definitivamente buscándolo, consiguieron abrir el camino para la difusión de temas entre desconocidos, tergiversados u ocultados por la prensa. Completando así el programa que se inició en la década del sesenta con la publicación de *Eco Contemporáneo* y culmina, al menos desde la prensa gráfica contracultural, con *Mutantia* en los ochenta. Dos proyectos que nacieron de la mano de la misma persona, Miguel Grinberg, y que tuvieron amplia repercusión en el plano nacional y latinoamericano. Y lo hicieron, en este caso, a través de una vía alternativa, no colocando el énfasis en la denuncia sino llevando a la praxis sus reivindicaciones. Como afirma Boff (2013),

el nivel más alto de consciencia, el espiritual, nos convencerá de que hemos de amar más la vida que el capital material, evitar todo tipo de daño a la biosfera y extraer de la Tierra tan solo lo que realmente necesitamos para vivir con suficiente holgura y decencia (p. 184).

Este proyecto plasmó esa idea creando una red de redes donde se encuentren nuevas organizaciones menos jerárquicas, en completo rechazo hacia el autoritarismo, con objetivos específicos, en interacción con el prójimo, donde la cosmovisión que legitima ese cambio de perspectiva y profundización de la percepción prevalezca gracias a la autonomía del individuo en contacto con su esencia, con la energía del universo y con la naturaleza.

| REFLEXIONES FINALES |

La construcción del pensamiento ambiental en la argentina

La transformación del mundo natural y las consecuencias que se desprenden de las formas de interactuar con la naturaleza, se convirtieron en temas de permanente reflexión dentro de los estudios de/sobre historia ambiental. De esta manera, la evolución del vínculo sociedad-naturaleza supone pensar en las relaciones conflictivas presentes entre ambos actores, y además, en el concepto de naturaleza al que nos referimos, como hemos presentado en el primer capítulo. En consecuencia, suele pensarse el mundo social en contraposición al mundo natural. Sin embargo, la historia de la naturaleza también está imbricada en la historia de la humanidad. Las sociedades, de esta manera, mantienen una conexión inherente con la naturaleza; por lo tanto, conforme los seres humanos evolucionan, la relación con la naturaleza también varía junto a la representación social que tenemos de ella.

Uno de los temas que se ha propuesto abordar la historia ambiental es, justamente, el surgimiento del pensamiento ambientalista. En nuestro caso particular nos concentramos, desde una perspectiva latinoamericana, en estudiar su conformación en la Argentina. Para ello, a lo largo de este trabajo, consideramos la cronología de su desarrollo, los actores sociales que lo protagonizaron, las representaciones sobre la naturaleza que entraron en juego durante las diferentes etapas de

su conformación, los precursores y su influencia en el pensamiento ambiental regional y local, los antecedentes directos de aquellos, el discurso generado en torno a las preocupaciones por el ambiente, las contradicciones presentes en el seno del movimiento, los conflictos a los que se enfrentaron, la construcción de redes y organizaciones no gubernamentales, la perspectiva a largo plazo que promovieron, la metodología de acción acorde al objetivo específico, la creación de una identidad de grupo, el reconocimiento del problema ambiental -causa/consecuencia- y las posibilidades concretas de resolución, el vínculo entre el contexto local e internacional de emergencia y su consolidación, el rol del estado en el proceso y el lugar que los medios de comunicación les brindaron a las demandas de estos movimientos ambientalistas a lo largo de cuatro décadas. El análisis se ejecutó atendiendo al interdisciplinario marco teórico/metodológico sugerido en los dos primeros capítulos, con los aportes cruciales de la historia ambiental, las herramientas propuestas por los estudios críticos del discurso y las perspectivas brindadas por la comunicación, imbricados dentro del enfoque culturalista. Se utilizaron diversas fuentes de estudio, como revistas pertenecientes al mundo contracultural -trabajadas en los capítulos 3, 4 y 5 de esta tesis-; asimismo, se emplearon métodos cualitativos y cuantitativos que permitieron brindar datos precisos para el análisis de cada caso particular.

Dicho lo anterior, sostenemos en este trabajo que la forma en que describimos y entendemos el mundo natural no está separada de nuestra conceptualización de la naturaleza, como ya mencionamos. Por consiguiente, el análisis precedente nos permite aseverar que los discursos ambientales se caracterizan por presentarse como fenómenos complejos, múltiples, con raíces ideológicas profundas e influen-

ciados por la experiencia individual, la geografía, la historia y la cultura. Asimismo, se presentan como articulaciones argumentales que evidencian la interacción entre la esfera social y natural, que problematizan y otorgan sentido tanto a los riesgos ambientales a los que se enfrentan las sociedades como al deterioro de la naturaleza. De igual modo, se resalta como hecho significativo que, en sus inicios, en la Argentina este discurso captó la atención de espacios alternativos y, aunque se mantuvo vigente y posteriormente consiguió alcanzar un lugar en los medios nacionales, las intervenciones y el tratamiento ofrecido por estos continúa siendo -aun en la actualidad- escaso y aislado.

En otro orden de consideraciones, si desde la comunicación ambiental se aspira a generar conciencia en la ciudadanía sobre los riesgos, las emergencias y los problemas ambientales, se debe contemplar no solo la información que se brinda sino las diferentes fuerzas sociales, económicas, políticas y culturales que entran en disputa en el seno de cada sociedad, de acuerdo con cada momento histórico, para emplear un lenguaje acorde y generar un discurso persuasivo. De igual forma, sería razonable que en su exposición los medios también revelaran los entramados políticos, económicos y empresariales que se encuentran asociados a los conflictos ambientales. Esto implica reconocer que la comunicación se lleva a cabo tanto a nivel individual como en interacciones sociales envueltas en prácticas discursivas que implican, además, desarrollar acciones comunes. Sin embargo, las propuestas retóricas carecen de contenido si no son acompañadas por decisiones políticas concretas.

Por lo que refiere a las revistas, estudiadas durante esta investigación, desarrollan una propuesta que inaugura los inicios del ambientalismo en la Argentina. Es innegable que el proyecto de las publi-

caciones *Eco Contemporáneo*, *Expreso Imaginario* y *Mutantia* -analizadas en su conjunto- revela un conglomerado de lo que se puede denominar *ideales interrumpidos*. La historia del movimiento ambientalista, en su génesis, conlleva la idealización de la naturaleza, a la cual se la concibe al principio como un ente equilibrado, que se quiebra por la intervención del ser humano. Esta idea de naturaleza estática, en medio de sistemas dinámicos, sirvió en un comienzo para sentenciar diferentes actividades humanas, siempre desde un supuesto ético y moral. Sin embargo, esta poética forma de entender el entorno natural contiene, por lo menos, dos fallas: en primer lugar, no toma en cuenta que el mundo natural siempre se encuentra en constante movimiento; y segundo, ignora que la noción de una naturaleza prístina separada de la cultura hace imposible pensar en los vínculos que hay entre ellas, cuando en realidad los problemas ambientales se derivan de la interacción que los seres humanos han desarrollado con la naturaleza en el pasado reciente. Una deuda que, en efecto, la historia ambiental pretende saldar. En atención a lo cual, la preocupación ambiental se vincula, por un lado, con el deterioro de la naturaleza; por otro, con el agotamiento de los recursos naturales y, finalmente, con procesos y prácticas culturales.

Sin duda, el pensamiento medioambiental desarrollado en la Argentina -gracias a la acción de los movimientos ambientalistas- se debe evaluar a la luz de las propuestas que fomentaron, las actividades que promovieron y las repercusiones que tuvieron sus precursores. En este punto, entonces, podemos asegurar que los valores sociales, culturales y ambientales que impulsaron se catalogan como el logro más elocuente y significativo. Esto no implica que nuestros problemas ambientales hayan desaparecido; por el contrario, permanecen y se

acentúan con el transcurso del tiempo porque su resolución no solo depende del abordaje que se le brinde. En consecuencia, exige reflejar las alteraciones y el deterioro del mundo natural, así como también acompañar esas demandas retóricas con una modificación radical de los modos de producción y de consumo; esto implica transformar la organización social, cultural, económica y personal. Por consiguiente -como se puede apreciar- es la confluencia de procesos políticos, decisiones económicas y acciones colectivas la pauta necesaria para cargar de sentido ese discurso ambiental.

Lo antedicho no significa desmerecer la puesta en valor de estos conflictos; a la inversa, el análisis propuesto en este trabajo nos permite dar cuenta de la importancia y la necesidad de comunicar estos temas, colocándolos en el debate público y en la agenda mediática. Aunque, como hemos señalado en esta investigación, en el caso de nuestro país el discurso ambiental mediatizado ha encontrado renuencia en la prensa gráfica nacional, obligando a la creación de nuevos espacios de debate y concientización por fuera de la cultura dominante. Independientemente del alcance global que tenga la temática ambiental, en nuestro caso las referencias se brindaron en forma aislada. Las expresiones en defensa de la naturaleza, al principio, se proyectaron en espacios dispersos como las revistas contraculturales donde la temática ambiental compartía las páginas con otras cuestiones propias de la época y que dependían de la curiosidad de sus protagonistas, como las novedades en rock, literatura y poesía. Fue producto del esfuerzo y el interés de sus promotores que estos medios trascendieran las fronteras nacionales. En el caso de *Eco Contemporáneo*, fue Miguel Grinberg quien impulsó la creación de redes de contacto con otras publicaciones de la época que compartían los mismos pilares que su proyecto. Al

igual que esta revista, esos medios gráficos de Latinoamérica vislumbraban los ejes rectores del cambio personal, social y cultural que se requería y que daban testimonio de ello entre sus páginas. Por otro lado, se debe agregar que, en esta línea, *Expreso Imaginario* supo crear un mundo alternativo durante los años más oscuros de la historia argentina. Incluso tal vez resulte llamativa su emergencia y permanencia en el contexto dictatorial, pero fue ese escenario el que activó y estimuló la confluencia de esta propuesta como experiencia vital propia de la contracultura. También ofreció un espacio de resistencia donde se indaga, cuestiona, interroga y reflexiona, y donde hay más preguntas que respuestas. Un proyecto que, a su manera, se enfrentó a la dictadura: frente a la censura, ofreció un espacio de intercambio con el Correo de lectores; cuando se pretendía instalar la homogeneización social, en las páginas del *Expreso...* se evidenciaban los conflictos de las minorías, como las notas sobre los pueblos originarios; mientras se enaltecía la falta de comunicación, la revista promovía la vida comunitaria con experiencias de pequeñas comunas instaladas en el sur de nuestro país; si por parte del estado represor primaba la estigmatización a los jóvenes, en *Expreso Imaginario* se impulsaba la cultura *hippie* con la exaltación de la juventud como motor para el cambio. Más aún: mientras se dismantelaba la secretaría de ambiente en manos de la Junta Militar, la revista exponía de diversas maneras la degradación ambiental.

Algo semejante ocurre con *Mutantia*, que atraviesa los últimos años de dictadura y la transición democrática en medio de su declaración de valores. Aquí también se vislumbra la cooperación nacional y regional, que buscaban gestar un nuevo grado de conciencia global, más espiritual y en armonía con nosotros mismos, los otros y el ambiente.

Asimismo, se sostenía el afán de intervenir en los cambios de la época y promover incesantemente un imperativo transformador.

Todavía cabe señalar que, producto del surgimiento de las tres publicaciones mencionadas, se conforma el pensamiento ambiental contracultural argentino, se defiende el retorno a las formas de vida más simples, alternativas de vida autosustentables, al regreso a la tierra y la batalla contra la modernización. Si frente a la inminente crisis ambiental los historiadores ambientales ubican los inicios del ambientalismo contemporáneo en las obras de Carson y Brookchin, en paralelo, nosotros podemos afirmar que estas publicaciones sentaron el precedente ambientalista en la Argentina desde la prensa contracultural. Habría que decir también que las tres publicaciones tienen por lo menos un denominador común: la idea de que el desarrollo del sistema económico capitalista es el causante de la degradación del medio ambiente, y que la naturaleza es un ente intocable. Aunque no es el único punto de contacto, al contrario, las publicaciones promovieron las perspectivas de sus miembros -pertenecientes a la clase media de nuestro país- que tenían contacto con experiencias de otras latitudes (latinoamericanas y norteamericanas, en su mayoría). Se debe agregar que se relacionaban con expertos que colaboraban en sus páginas para nutrir de conocimiento científico sus propuestas. No solo se reiteran las preocupaciones, sino también los nombres de los protagonistas de esta historia. Esto permite entender, en parte, cómo se mantuvo durante cuarenta años un mismo anhelo de proteger a la naturaleza desde las páginas de estos medios.

Como se puede advertir en este trabajo, muchos de los actores que acompañaron la demanda ambiental en sus inicios continuaron construyendo redes y organizaciones que se sostienen aún en la ac-

tualidad, como la Red Nacional de Acción Ecológica (RENACE) o el Movimiento Antinuclear del Chubut (MACH)²⁰. Estas organizaciones, como aquellas publicaciones, se posicionaron como referencias obligatorias y destacadas en el desarrollo de la conciencia ambiental en nuestro país.

Por lo que se refiere a las temáticas abordadas, se distinguen: la contaminación de mares y ríos; la contaminación ambiental; la contaminación alimentaria; los desastres industriales; la armonía entre mente-alma-espíritu y naturaleza; la utilización de energías alternativas; el ecofeminismo; la transformación de la conciencia; el uso de recursos naturales no renovables; la dicotomía entre lo natural y lo artificial; el deterioro de la naturaleza como sinónimo del desgaste de la sociedad; los cultivos orgánicos frente al empleo de herbicidas para la agricultura; la extracción minera; los vínculos entre salud y medio ambiente; la cultura del consumo como promotor de la erosión en la relación naturaleza-sociedad; los peligros y las consecuencias de la energía nuclear; el rol fundamental de la ciudadanía en la lucha ambiental, y un pensamiento ambiental guiado por valores éticos, morales, filosóficos y espirituales que plantean una conexión que trasciende tiempo, espacio y cultura.

Sin embargo, más allá de la heterogeneidad temática, los referentes de estos medios de comunicación fueron hábiles precursores del pensamiento ambiental. Hay que mencionar, además, que se anticiparon visionariamente a los principios de transformación y a las temáticas que cuatro décadas después encarnan el debate internacional en

²⁰Aunque este último se gestó en 1986 en el sur del país, lo consideramos un ejemplo contundente de organización no gubernamental que todavía se mantiene vigente luego de 32 años.

materia ambiental. En el ámbito nacional, también los asuntos citados se mantienen vigentes en la actualidad. Pongamos por caso:

1. Los impactos socioambientales en la transformación de los mecanismos de producción para el agro argentino, con la utilización de agroquímicos que maximizan los beneficios económicos en detrimento de la salud humana (por contaminación directa e indirecta). Fundamental pero no exclusivamente, se advierten casos de esta índole en los sectores norte y centro de la Argentina. En este contexto surgen movimientos y organizaciones que denuncian constantemente la contaminación del ambiente y los peligros de la intoxicación en las comunidades. Para ejemplificar: Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR), Unión Campesina del Noreste de Córdoba (UCAN), Movimiento Campesino de Santiago del Estero, Asociación de Pequeños Productores del Norte de Córdoba (APENOC), entre otros.
2. Explotación minera a cielo abierto. Los casos más resonantes en nuestro país se ubican en Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca y Chubut. En términos sociales y ambientales, es una de las actividades que acarrearán mayor daño, detonando la contaminación del agua, el suelo, el aire con metales pesados y sustancias químicas que ponen en riesgo la vida y los recursos naturales. Aquí también se evidencia la presencia de movimientos socioambientales que emergen de las asambleas vecinales.
3. Empleo de energías renovables. Desde 2016 se lanzó un nuevo plan para incorporar nuevas fuentes renovables de energía, denominado RenovAr. El proyecto se encuentra destinado a la

producción de energía eléctrica minimizando el impacto ambiental, utilizando recursos renovables que permiten generar energía eólica, solar e hidráulica. Bahía Blanca (Buenos Aires), Santa Fe, Rawson (Chubut), Cauchari (Jujuy), Río Cuarto (Córdoba), son algunos de los destinos de nuestro país que tienen en funcionamiento -o bien se proyecta que tengan antes de 2025- estos emprendimientos.

4. Agricultura orgánica. El Movimiento Argentino para la Producción Orgánica es la organización más importante en nuestro país que lleva adelante, desde hace dos décadas, los modos de producción orgánica de los alimentos, promoviendo que los productos orgánicos formen parte de la vida cotidiana de los ciudadanos, mejorando su calidad de vida sin atentar contra el medio ambiente. Un impulsor de este sistema de producción y de alimentación orgánica es Pipo Lernud, uno de los creadores de la revista *Expreso Imaginario*, quien fundó el primer restaurante y biobar orgánico de nuestro país, El Rincón Orgánico, en la provincia de Misiones durante la década del noventa.
5. La lucha social en torno al uso, manejo y apropiación de los recursos naturales. La discusión se focaliza en el debate por los bienes comunes; de ello se desprende el valor que se le adjudica a la naturaleza. En este sentido, la preservación del ambiente y la explotación de los recursos naturales se presentan como una de las disyuntivas contemporáneas más importantes. El caso más emblemático en la actualidad es la Ley de Glaciares de nuestro país.

Sin pretensión de exhaustividad, los ejemplos citados nos permiten advertir cómo el pensamiento ambiental promulgado por las

publicaciones analizadas no caducó. Por el contrario, perduran en el tiempo, se profundizan y complejizan aun cuarenta años después.

Estos medios sentaron un precedente, brindaron un espacio para el debate, alternaron entre sus páginas protestas antinucleares, discusiones sobre los desechos; a su vez, no concentraron sus esfuerzos únicamente en proyectos locales, sino que ampliaron la controversia fuera de la frontera nacional, globalizando no solo la problemática sino también la comunicación. Sin embargo, pese a su determinación para visibilizar las adversidades, son incapaces de actuar individualmente, como mencionamos antes, porque se debe tener en cuenta que la resolución de estos problemas involucra decisión política, programas económicos, acciones gubernamentales encaminadas con un objetivo común: modificar los modelos de desarrollo y las políticas ambientales. De esta manera, los discursos ambientales desempeñaron un papel fundamental al percibir, reflejar y comunicar los problemas ambientales de la década del sesenta, el setenta y la primera mitad de los ochenta, pero esos cuestionamientos no incluyeron una problematización real ni un enfrentamiento a los procesos políticos o regímenes económicos imperantes.

Como resultado, las fuentes seleccionadas nos permitieron indagar el surgimiento del discurso ambientalista en la Argentina, mediante el análisis de los casos trabajados que consideramos clave para la discusión y el debate intelectual a estos movimientos. De igual manera, la presente investigación facilitó la comparación de argumentos presentes en los diferentes medios de comunicación, que posibilitó comprender cómo se posicionaban las cuestiones ambientales en la opinión pública en nuestro país. Del mismo modo, se tuvieron en cuenta las diferentes estrategias empleadas por esos medios para

transmitir la información sobre cuestiones ambientales, sin perder de vista aciertos y falencias. Lo antedicho propició el análisis de las representaciones culturales sobre la crisis ambiental y sobre la naturaleza, presentes en las cuatro décadas estudiadas.

En conclusión, es de esperar que esta investigación refleje de qué forma se fue gestando el pensamiento ambiental en la Argentina, dando cuenta del creciente interés que ha despertado en el debate sobre los vínculos que la sociedad argentina ha establecido con su entorno natural en perspectiva histórica. De manera simultánea, se procura establecer que esas disputas en torno a la percepción de la naturaleza son *batallas culturales*; que la naturaleza es una construcción social, simbólica y dinámica; que la relación entre las esferas sociales y naturales requiere de un análisis integral que involucre diversos marcos teóricos y metodológicos, donde la historia ambiental adquiere mayor relevancia para brindar un enfoque crítico. En definitiva, procuramos que esta investigación se constituya como un aporte dentro del enfoque culturalista al estudio del desarrollo del pensamiento ambientalista argentino.

| BIBLIOGRAFÍA |

- Abers, R.; Gutiérrez, R.; Isuani, F., y von Bülow, M. (2013). La construcción de las instituciones ambientales en Argentina, Brasil y Chile. [Ponencia para XI Congreso Nacional de Ciencia Política]. *Sociedad Argentina de Análisis Político*, 1-35.
- Adorno, T., y Horkheimer, M. (1979). *La sociedad: lecciones de sociología*. Buenos Aires: Proteo.
- Alimonda, H. (2002). *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- ----- (2006). *Los tormentos de la materia*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Althusser, L. (1984 [1970]). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Alsina, R. (1997). *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós.
- Angenot, M. (2012). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Arizpe, N., y Locatelli, F. (junio de 2009). La expansión de los agrotóxicos y los impactos en la salud humana. *Revista Ecología Política*, 37, pp. 84-89. Recuperado de https://www.ecologiapolitica.info/novaweb2/wpcontent/uploads/2009/06/037_Arizpeetal_2009.pdf
- Arnold, D. (2000). *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión europea*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Arse Cortes, T. (noviembre-diciembre de 2008). Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación? *Revista Argentina de Sociología*, 11, pp. 257-271. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/269/26911765013.pdf>
- Bauman, Z. (1990). *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ----- (2002). *La cultura como praxis*. Barcelona: Paidós.
- Bechmann, G. (2004). Riesgo y sociedad posmoderna. En J. Luján y J. Echeverría (eds.). *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*, pp. 17-33. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Beck, U. (1992). *Risk Society: Towards a New Modernity*. Londres: Sage Publications.
- ----- (1995). *Ecological Enlightenment*. Nueva Jersey: Humanity Press.
- Benedetti, S., y Graziano, M. (2007). *Estación Imposible. Periodismo y contracultura en los 70: la historia del Expreso Imaginario*. Buenos Aires: Marcelo Héctor Oliveri editor.
- Bernardo, J., y Pellisser, N. (2010). La naturalización mediática de las catástrofes. Una aproximación crítica. *Cuadernos de Información*, 26, pp. 103-114. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=97114962010>
- Bevilacqua, P. (1996). *Tra natura e storia*. Roma: Donzelli.
- Blaikie, P., y Brookfield, H. (1987). *Land degradation and society*. Londres: Methuen.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N.; Matteucci, N., y Pasquino, G. (1991). *Diccionario de Política. 6ta edición en español*. México: Siglo XXI.
- Boff, L. (2013). *La sostenibilidad. ¿Qué es y qué no es?* Cantabria: Editorial Sal Terrae.
- Bookchin, M. (1962). *Our Syntetic Environment*. Nueva York: Knopf.

- Brailovsky, A. (1982). *La política ambiental de la generación del 80. Tres estudios argentinos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ----- y Foguelman, D. (1991) *Memoria verde: historia ecológica de la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Braudel, F. (1997). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bru, J. (1997). *Medio ambiente: poder y espectáculo*. Barcelona: Icaria.
- Cabello, M. (2008). Comunicación, cultura e ideología en la obra de Stuar Hall. *Revista Internacional de Sociología*, 67, pp. 35-63. Recuperado de <http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/96>
- Cabrera, A. (2014). Historia económica mundial 1950-1990. *Economía informal*, 385, pp. 70-83. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/277654436_Historia_Economica_Mundial_1950-1990
- Caletti, S. (2002). *Elementos de Comunicación. Cuadernos de trabajo*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Calsamiglia Blancafort, H., y Valls Tusón, A. (2002). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- Camus, P. (2001) Perspectiva de la historia ambiental: orígenes, definiciones y problemáticas. *Pensamiento crítico, Revista electrónica de Historia*, 1.
- Carreras Doallo, X. (2012). El discurso peronista acerca de la naturaleza. Una expresión iconográfica de la Nueva Argentina (1946-1955). Tesis de Doctorado inédita. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Carson, R. (1962). *Silent Spring*. Boston: Houghton Mifflin.
- Caruzzi, M. (1999). La autonomía como religión: la nueva era. *Revista Alteridades*, 9, 19-38. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/747/74791803.pdf>
- Castells, M. (2003). *La era de la información. El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.

- ----- (2009). *Comunicación y poder*. España: Alianza Editorial.
- Castro-Herrera, G. (1996) *Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*. Panamá: Celsa.
- Castro, H. (2002). Entre sequías y aluviones. Hacia una historia ambiental de la Quebrada de Humahuaca, Argentina. En B. García Martínez y M. Prieto (comps.), *Estudios sobre historia y ambiente en América Latina*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Castro Osorio, C. (2009). Valores, creencias y normas sociales en relación con el medio ambiente en dos localidades de Bogotá. *Revista Espacio Abierto*, 18, pp. 653-676. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12211871002>
- Charaudeau, P. (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social*. Barcelona: Gedisa.
- Clare, P. (2009). Un balance de la historia ambiental latinoamericana, *Revista Historia*, 59-60, pp. 185-201. Recuperado de <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/3474>
- Clay Schoenfeld, A.; Meier, R., y Griffin, R. (1979). Constructing a Social Problem: The Press and the Environment Social Problems. *Marquette University e-Publications*, 27, pp. 37-61. Recuperado de: <https://academic.oup.com/socpro/article-abstract/27/1/38/1613902?redirectedFrom=fulltext>
- Cockburn, A., y Ridgeway, J. (1979). *Political ecology*. New York: Times Books.
- Commoner, B. ([1966]). *Ciencia y supervivencia*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Coser, L. (1970). *Nuevos aportes a la teoría del conflicto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cronon, W. (1972). *Changes in the land: Indians, colonist and the ecology of New England*. Nueva York: Hill and Wang.
- Crosby, A. (1972). *The Columbian Exchange: biological and cultural consequences of 1492*. Westport: Praeger Publishers Inc.

- ----- (1986). *Ecological Imperialism: Biological Expansion of Europe, 900-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dean, W. (1995). *With Broadax and Firebrand: the Destruction of the Brazilian Atlantic Forest*. Berkeley: University of California Press.
- Debroise, O. (2007). *La era de la discrepancia. Arte y cultura visual en México, 1968-1997*. México: UNAM.
- Descola, P., y Pálsson, G. (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, Londres: Siglo XXI.
- Dobson, A. (1997). *Pensamiento político verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Duglas, M., y Wildavsky, A. (1982). *Risk and Culture*. California: University of California Press.
- Ehrlich, P. (1968). *The Population Bomb*. Nueva York: Ballantine Books.
- Escobar, A. (1994). El desarrollo sostenible. Diálogos de discursos. *Nueva Sociedad*, 23, pp. 7-25. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4289770>
- ----- (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Ican.
- Estenssoro Saavedra, F. (2009). La perspectiva histórica para comprender el fracaso de la Cumbre de Cambio Climático en Copenhague. *Revista Justiça do Direito*, 1, pp. 9-27. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/332655970_LA_PERSPECTIVA_HISTORICA_PARA_COMPRENDER_EL_FRACASO_DE_LA_CUMBRE_DE_CAMBIO_CLIMATICO_EN_COPENHAGUE
- Eujanian, A. (1999). *Historia de revistas argentinas 1900-1950. La conquista del público*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Londres: Polity Press.
- ----- (1995). General Introduction. Critical Discourse Analysis. *The Critical Study of Language*, p.p. 1-20. [Traducción: Federico Nava-

ro; autorizada y disponible en línea: <https://discurso.files.wordpress.com/2009/02/fairclough1995analisis-critico-del-discursocap-1trad-navarro1.pdf>

- Fairclough, N., y Chouliariki, L. (2000). *Discourse late modernity: Rethinking Critical Discourse Analysis*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Fairclough, N., y Wodak, R. (2000). Análisis crítico del discurso. En T. Van Dijk (comp.). *El discurso como interacción social* (pp. 367-404). Barcelona: Gedisa.
- ----- (2001). El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales. En R. Wodak y M. Meyer (comps). *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 179-201). Barcelona: Gedisa.
- Fernández Reyes, R.; Mancinas-Chávez, R. (2013). *Medios de comunicación y cambio climático*. Sevilla: Fénix Editora.
- Fernández, S. (2010). *La revista El Círculo o El arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*. Murcia: EDITUM.
- Fernández, A. (2011). Herbert Marcuse: La racionalidad tecnológica unidimensional como aporte a la teoría crítica. *Postdata*, 16, pp. 111-123. Recuperado de https://drive.google.com/file/d/0B637k_n5waBpb1VJMU-hRMmpaTVU/view
- Florez, A. (2000). *El campo de la historia ambiental: Perspectivas para su desarrollo en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Folch, R. (1977). *Sobre ecologismo y ecología aplicada*. Barcelona: Ketres.
- Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Foster, B. (2002). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Barcelona: El viejo topo.
- Foucault, M. (1973). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Gallini, S. (2005) Invitación a la historia ambiental. *Tareas*, 120, pp. 5-28. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/panama/cela/tareas/tar120/gallini.rtf>

- ----- (2009). Historia, ambiente, política: el camino de la historia ambiental en América Latina. *Nómadas*, 30, 92-102. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1051/105112060008.pdf>
- Galafassi, G. (2004). *Historia económico social del Delta del Paraná. Cuadernos de trabajo*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- ----- (2004). Movilización social contra la devastación minera en la Patagonia. *Herramienta*, 26, pp. 83-90. Recuperado de <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=262>
- García Canclini, N. (1981). Cultura y sociedad. Una introducción. Recuperado de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/2.p_garcia_canclini_cultura_y_sociedad_una_introduccion.pdf
- García, E. (2011). *Medio ambiente y sociedad: la civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid: Alianza Ensayo.
- García Naharro, F. (2012). Cultura, subcultura, contracultura “Movida” y cambio social (1975-1985). En C. Navajas Zubildia, y D. Iturriaga Barco (eds.). *Coetánea. Actas del III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo* (pp. 301-310). Logroño: Universidad de La Rioja.
- Gatto, E. (2012). El nuestro es un combate de creación: la revista *Eco Contemporáneo*, Argentina 1960-1969. *Revista Ciencias Sociales*, 9, pp. 169-198. Recuperado de http://www.icesi.edu.co/revistas/index.php/revista_cs/article/view/1219/1670
- Gianfelici, D. (2008). *La Soja, La Salud y La Gente*. Córdoba: Edición digital www.unl.edu.ar/santafe/museocn/la_soja_la_salud_y_la_gente.doc
- Giménez, G. (2005). *La concepción simbólica de la cultura*. México: Conaculta.
- Goffman, K. (1984). *La contracultura a través de los tiempos*. Barcelona: Kairós.
- González de Molina, M. y Martínez Alier, J. (1993) *Historia y medio ambiente*. Madrid: Eudema.
- ----- (2000) De la cuestión agraria a la cuestión ambiental en la historia agraria de los noventa. *Historia Agraria*. 22, pp. 16-36. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=197376>

- Gorz, A. (1980). *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo*. Madrid: Gustavo Gili.
- Grinberg, M. (1994). *Ecología cotidiana. Cómo transformar nuestra miopía depredadora en un acto de reverencia por la vida*. Buenos Aires: Planeta.
- ----- (2004). *La generación “V”: La insurrección contracultural de los años 60*. Buenos Aires: Emecé.
- ----- (1999). *Ecofalacias. De cómo las multinacionales se apoderan del discurso del ambiente*. Buenos Aires: Galerna.
- ----- (2010). *Poesía y libertad: manifiesto del Movimiento Nueva Solidaridad*. Rosario: Editorial Fundación Ross.
- Gudynas, E. (1992). *Los múltiples verdes del ambientalismo*. *Nueva Sociedad*, 122, pp. 104-115. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4012150>
- Hall, S., y Jefferson, T. ([1977] 2010). *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*. Buenos Aires: Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios.
- Hall, S., y du Gay, P. (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hornborg, A. (2001) La ecología como semiótica. Esbozo de un paradigma contextualista para la ecología humana. En P. Descola y G. Pálsson (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 6-80). México: Siglo XXI.
- Howell, S. (2001). ¿Naturaleza en la cultura o cultura en la naturaleza? Las ideas chewong sobre los “humanos” y otras especies. En P. Descola y G. Pálsson (2001) (comps.). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 149-169). México: Siglo XXI.
- Hviding, E. (2001). Naturaleza, cultura, magia, ciencia. Sobre los metalenguajes de comparación en la ecología cultural. En P. Descola y G. Pálsson (2001) (comps.). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 192-214). México: Siglo XXI.

- Ingold, T. (2001). El forrajero óptimo y el hombre económico. En P. Descola y G. Pálsson (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 37-60). México: Siglo XXI.
- James, D. (2007). *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jasper, J. (1988). The political life cycle of technological controversies. *Social Forces*, 67, pp. 357-375. Recuperado de https://www.jstor.org/stable/2579186?seq=1#page_scan_tab_contents
- José, A. (1996). *La contracultura en México*. México: Grijalbo.
- Krinsky, S., Plough, A. (1988). *Environmental Hazards: Communicating Risks as a Social Process*. Dover: Auburn House Publishing Co.
- Latour, B. (2013). *Políticas de la naturaleza. Por una democracia de las ciencias*. Barcelona: Enric Puig Punyet.
- Leal, C. (2002). La naturaleza en los estudios sociales. En G. Palacio y A. Ulloa (eds.). *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinares en torno a lo ambiental*. pp. 123-137. Colombia: Panamericana Formas e Impresos S.A.
- ----- (julio/diciembre 2005). Presentación del dossier sobre historia ambiental latinoamericana. *Historia Crítica*, 30, pp. 5-11. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/abs/10.7440/histcrit30.2005.00>
- Leff, E. (1986). *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. México: Siglo XXI.
- Lemkow, L., y Buttell, F. (1983). *Los movimientos ecologistas*. Madrid: Mezquita.
- Lema Blanco, I., y García Mira, R. (2009). La sensibilización y formación ambiental de los periodistas que informan sobre medio ambiente. Un enfoque socioeducativo. En R. García Mira, y P. Vega Marcote. *Sostenibilidad, valores y cultura ambiental*, (pp. 273-289). Madrid: Ediciones Pirámide.
- León, A., y de Lara, A. (2013). Ciencia y cambio climático. Estudio de la cobertura del cambio climático en la prensa española. En R. Mancinas

Chávez y R. Fernández Reyes (comps.). *Medios de comunicación y cambio climático. Actas de las Jornadas Internacionales*, (pp. 91-104). Sevilla: Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

- Le Roy Ladurie, E. (1974). Histoire et Environmental. Présentation. *Annales: Économies, Sociétés, Civilisation*, 14, 3-34. Recuperado de: <http://www.environmentandsociety.org/mml/le-roy-ladurie-emmanuel-histoire-et-climat>
 - Lezama, J. (2004). *La construcción social y política del medio ambiente*. México: El Colegio de México.
 - Lotman, J. (1979). *Semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra.
 - Lozano Ascencio, C. (2002). La cultura del riesgo global a las catástrofes. [Ponencia]. Recuperado de <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-16429/Lozano-CulturaRiesgoGlobal.pdf>
 - Manzini, E., y Bigues, J. (2000). *Ecología y democracia. De la injusticia ecológica a la democracia ambiental*. Barcelona: Icaria.
 - Marcellesi, F. (2008). Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde. *Revista Cuadernos Bakeaz*, 85, pp. 1-16. Recuperado de http://libroslibres.uls.edu.sv/ecologia/ideologia_verde.pdf
 - Marcuse, H. (1968). *El final de la Utopía*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
 - McNeill, J. (2005). Naturaleza y cultura de la historia ambiental. En *Nómadas*, 22, pp. 12-25. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/1051/105116726002.pdf>
 - Martini, S., y Luchessi, L. (2004). *Los que hacen la noticia: Periodismo, información y poder*. Buenos Aires: Biblos.
- Martín Rojo, L. (1997). El orden social de los discursos. *Discurso*, 21/22, 1-37. Recuperado de:
- https://www.researchgate.net/publication/260601257_El_orden_social_de_los_discursos
 - Martínez Alier, J. (2005). *El ecologismo de los pobres: conflictos ecológicos y lenguajes de valoración*. Icaria: Barcelona.

- Martínez Alier, J. y Wagensberg, J. (2017). *Solo tenemos un planeta. Sobre la armonía de los humanos con la naturaleza*. Barcelona: Icaria.
- Mastrini, G. (ed.) (2009). *Mucho ruido, pocas leyes*. Buenos Aires: La Crujía.
- Mattelart, M., y Mattelart, A. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Matteucci, S. (2006). La sustentabilidad del sistema humano-natural en el norte y noreste de la Provincia de Buenos Aires. En S. Matteucci; J. Morello; G. Buzai; C. Baxendale; M. Silva ..., y A. Rodríguez, *Crecimiento urbano y sus consecuencias sobre el entorno rural. El caso de la ecorregión pampeana*, (pp. 45-57). Buenos Aires: Orientación Gráfica Editora S.R.L.
- McQuail, D. (1994). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- Meadows, D. (1972). *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meyer, M. (2001). Entre la teoría, el método y la política: la unificación de los enfoques relacionados con el ACD. En R. Wodak y M. Meyer (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 35-59). Barcelona: Gedisa.
- Mindez, L. (2001). *Medio siglo perdido. La historia del Estado Argentino y su estación de televisión*. Buenos Aires: CICCUS.
- Miraglia, M. (2012). Historia, actores sociales y gestión ambiental en cuencas hídricas rurales de la provincia de Buenos Aires. El caso de las Encadenadas del oeste entre 1900 y 2000. En G. Zarrilli y A. Salomón (comps.), *Historia, política y gestión ambiental. Perspectivas y debates* (pp. 139-146). Buenos Aires: Imago Mundis.
- Miraglia, M. (2013). *La historia ambiental y los procesos de construcción territorial de dos cuencas hidrográficas de la provincia de Buenos Aires (1776 y 2006)*. (Tesis doctoral). Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
- Miraglia, M. (2018). La historiografía ambiental en la República Argentina. *Revista brasileira de geografia*, 62, 53-66. Recuperado de <https://www.>

academia.edu/36284187/LA_HISTORIOGRAFIA_AMBIENTAL_EN_LA_REPUBLICA_ARGENTINA

- Mires, F. (1990). *El discurso de la naturaleza, ecología y política en América Latina*, Costa Rica, Espacio Editorial.
- Morosi, P. (2013). *Cuadernillo de Gráfica*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Novaro, M. (2006). *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa.
- Núñez, P. (2011). *Distancias entre la ecología y la praxis ambiental: una lectura crítica desde el ecofeminismo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- O'Connor, J. (ed.) (1997). *Is capitalism sustainable? Political economy and the politics of ecology*. Nueva York: Guilford Press.
- ----- (2001). *¿Qué es la historia ambiental? ¿Por qué historia ambiental?* México: Siglo XXI.
- Palacio, G. (2002). Notas sobre la noción de conflicto ambiental: ¿un nuevo matiz en el análisis histórico? En G. Palacio y A. Ulloa (eds.). *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental* (pp. 193-203). Colombia: Panamericana Formas e Impresos S.A.
- ----- (2003). En búsqueda de conceptos para una historiografía ambiental. [Ponencia]. Recuperado de: <http://bdigital.unal.edu.co/46808/12/9587010760.capitulo1.pdf>
- ----- (2001). *Naturaleza en disputa, ensayos de historia ambiental de Colombia 1850-1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ----- (2006). Breve guía de introducción a la Ecología Política (Ecopol): orígenes, inspiradores, aportes y temas de actualidad. En *Gestión y ambiente*, 9, 7-20. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/gestion/article/view/49672>
- Pálsson, G. (2001). Relaciones humano-ambientales. Orientalismo, paternalismo y comunalismo. En P. Descola y G. Pálsson (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, (pp. 80-101). México: Siglo XXI.

- Pasolini, E. (1974). Pasolini, el inconformista implacable [nota]. Recuperado de <https://www.elciudadanoweb.com/pasolini-el-inconformista-implacable/>
- Pardo Abril, N. (2013). *Cómo hacer análisis crítico del discurso. Una perspectiva latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pasquevich, D. (2014). La creciente demanda mundial de energía frente a los riesgos ambientales. Recuperado de http://www.cab.cnea.gov.ar/ieds/images/extras/medios/2011/aapc_la_creciente_demanda_energ_frente_riesgos_amb.pdf
- Pengue, W. (2008) (comp.). *La apropiación y el saqueo de la naturaleza. Conflictos ecológicos distributivos en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- ----- (2009). *Fundamentos de Economía Ecológica*. Buenos Aires: Ediciones Kaicron
- Pérez, S. y Aymá, A. (2015). *Teorías y análisis del discurso*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Picós Garcés, M. (2013). La crisis económica versus el cambio climático. En R. Mancinas Chávez (coord.) y R. Fernández Reyes (dir.) *Medios de comunicación y cambio climático. Actas de las Jornadas Internacionales* (pp. 91-104). Sevilla: Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.
- Pinto, L. (2013). *Conflictos ambientales y apropiación de territorios rurales en Brasil y Argentina, un análisis a partir de los actores sociales involucrados: estudio comparativo de la acción internacional de la Vía Campesina*. Tesis de Doctorado, UNQ.
- Piñeiro, E. (2009). Paz, amor y rock and roll: cultura y contracultura juvenil en la década del '60 [Ponencia] Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/paz-amor-rock-and-roll-cultura.pdf>
- Pujol, S. (2007). Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. En D. James (dir.). *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976*. (pp. 283-327). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Pujol, S. (2011). *Rock y dictadura. Crónica de una generación (1976-1983)*. Buenos Aires: Booket.
- Prego, A. (1988). *El deterioro del ambiente en la Argentina*. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- Prieto, M. y Herrera, R. (2002). "Clima y economía en el área surandina. El Alto Perú y el espacio económico regional a fines del siglo XVIII". En B. García Martínez y M. Prieto. (comps.) *Estudios sobre historia y ambiente en América Latina*. Tomo II, México: El Colegio de México-Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Prieto, M.; Abrahan, E., y Dussel, P. (2000). Transformaciones de un sistema palustre. La gran ciénaga del Bermejo-Mendoza, siglos XVIII y XIX, *Multequina*, 17, 147-164. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42801711>
- Prieto, M.; Abrahan, E. (2000). Caminos y comercios como factores de cambio ambiental en las Planicies Áridas de Mendoza (Argentina) entre los siglos XVII y XIX [Ponencia]. Recuperado de: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero2/artprieto2.htm>
- Quattrocchi-Woisson, D., Girbal, N. (1999). *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del S. XX*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Raiter, A. (2008). *La caja de Pandora. La representación del mundo en los medios*. Buenos Aires: La Crujía.
- Rapoport, M. (2012). *Historia económica, política y social de la Argentina, 1880-2003*. Buenos Aires: Emecé.
- Reboratti, C. (1997) (comp.). *De hombres y tierras. Una historia ambiental del Noroeste Argentino*. Salta: Salta Editorial.
- ----- (2002) (comp.). *Agricultura, sociedad y ambiente. Miradas y conflictos*. Buenos Aires: FLACSO.
- Riechmann, J. y Fernández Buey, F. (1994). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós.

- Rivadeneira Prada, R. (1990). *La opinión pública: análisis, estructura y métodos para su estudio*. México: Trillas.
- Rodríguez, I. (2012). La “nave espacial tierra” de Kenneth Boulding. En *Revista de Economía Crítica*, 14, pp. 320- 326. Recuperado de <http://www.revistaeconomia critica.org/sites/default/files/revistas/n14/Clasicos2-Ignacio.pdf>
- Rojas, F., y Gallardo, O. (2017). La historia ambiental en contextos de transformaciones. Contribuciones desde el centro del oeste argentino. En C. Zaidenwergr; G. Garza Merodio; R. Piqueras Céspedes, y G. Dalla-Corte Caballero (coords.). *Ciencias sociales, humanidades y derecho: cómo pensar el mundo latinoamericano*. Barcelona: Universidad de Barcelona y Universidad Nacional Autónoma de México.
- Roszak, T. (1968). *El nacimiento de una contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*. Barcelona: Kairos.
- Rubio Durán, F. (2011). Viejos y nuevos problemas: una propuesta latinoamericana de superación conceptual para los estudios de ambiente y sociedad. *Americanía*, 1, pp. 102-149. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3609149>
- Santamarina Campos, B. (2006). *Ecología y poder. El discurso medioambiental como mercancía*. Barcelona: Catarata.
- ----- (2008). Antropología y medio ambiente. Revisión de una tradición y nuevas perspectivas de análisis en la problemática ecológica. *Antropólogos iberoamericanos en red*, 2, 144-184. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/623/62330203.pdf>
- Sauer, C. [1941] (2004). Introducción a la geografía histórica. Recuperado de <http://polis.revues.org/6159>
- Sauri Pujol, D. (1993). Tradición y renovación en la geografía humana. En *Documents d'análisis geographique*, 22, pp. 139-157. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=237808>
- Schoenfeld, C.; Meier, R., y Griffin, R. (1979). Constructing a social problem: The press and the environment. *Marquette University*, 27, 38-61.

Recuperado de https://www.jstor.org/stable/800015?seq=1#page_scan_tab_contents

- Serrano, M. (1982). *El uso de la comunicación social por los españoles*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Soluri, J.,; Pádua, J., y Leal, C. (2013). *Nuevas historias ambientales de América Latina y el Caribe*. Munich: Rachel Carson Center.
- ----- (2018). *A living past. Environmental histories of Modern Latin America*. Nueva York: Berghahn.
- Steiner, G. (2003). *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa.
- Suriano, J. y Ferpozzi, L. (1992) El cambio global. Tendencias climáticas en la Argentina y el mundo. *Ciencias hoy*, 18 (3).
- Tarcus, H. (2007). *Catálogo de revistas culturales argentinas (1890-2006)*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas.
- Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Thompson, K. (2014). *Pánicos morales*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Trejo Delarbre, R. (2003). Apremiar y estudiar a los medios. Quimeras e insuficiencias en La Era de la Globalidad [ponencia].
- Ulanovsky, C. (1997). *Parent las rotativas: una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Ungar, S (2000). Knowledge, ignorance and the popular culture: climate change versus the ozone hole. En *Public Understanding on Science*, 9, 297-312. Recuperado de <https://pdfs.semanticscholar.org/1398/f54b3e621be9ef46f35259e39f01ffe2ad64.pdf>
- Van Dijk, T. (1996). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona: Paidós.
- ----- (2001a). *El discurso como estructura y proceso*. Barcelona: Gedisa.

- ----- (2001b). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad. En R. Wodak y M. Meyer (comps.). *Métodos de análisis crítico del discurso*, pp.142-177. Barcelona: Gedisa.
- Vázquez Mantecón, A. (2007). Los Grupos: una reconsideración. En O. Debroise (comp.) *La era de la discrepancia. Arte y cultura visual en México, 1968-1997*, pp. 194-196. México DF: Universidad Autónoma de México.
- Verón, E. (1981). *Construire l'événement. Les medias et l'accident de Three Mile Island*. París: Minuit.
- Verón, E. (2004). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa.
- Vilar, F. (2013). Examen de puntos focales en cambio climático. En R. Mancinas Chávez y R. Fernández Reyes (coords.). *Medios de comunicación y cambio climático*, pp. 91-104. Sevilla: Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.
- Voloshinov, V. ([1960] 2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- White, P. (1998). *Telling Media Tales. The News Story as Rhetoric*. Tesis doctoral. Sidney: University of Sidney. Recuperado de: www.grammatics.com/appraisal
- ----- (2006) *Evaluative semantics and ideological positioning in journalistic discourse. A new framework for analysis*. En I. Lassen (comp.). *Mediating Ideology in Texts and Images*, pp. 37-69. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Whorf, B. (1971). *Pensamiento, lenguaje y realidad*. Barcelona: Seix Barral.
- Williams, R. ([1958] 2008). *Culture and society, 1970-1950*. London: Columbia University Press.
- Wodak, R. (2001). De qué se trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos. En R. Wodak y M. Meyer (comps.) *Métodos de análisis crítico del discurso*, pp.17-34. Barcelona: Gedisa.

- ----- (2003). El enfoque histórico del discurso. En R. Wodak y M. Meyer (comps.) *Métodos de análisis crítico del discurso*, pp.101-142. Barcelona: Gedisa.
- ----- (2010). Una mirada al análisis crítico del discurso. Entrevista a Ruth Wodak. *Discurso y sociedad*, 4, pp. 579-596. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3734885>
- Wolf, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- Worster, D. ([1984] 2000) *Transformaciones de la Tierra. Una antología mínima de Donald Worster*, Panamá: Universidad de Panamá.
- Worster, D. (2004). ¿Por qué necesitamos de la historia ambiental? *Tareas*, 117, pp. 119-131. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/76526114/Donald-Worster-Por-que-necesitamos-de-la-historia-ambiental>
- Zabiuk, M. (2007). Las revistas de rock en la Argentina. *Trampas de la comunicación y la cultura. Rock, cultura y comunicación*, 52, pp. 43-47. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36689>
- Zarrilli, G., y Galafassi, G. (2002). *Ambiente, sociedad y naturaleza. Entre la teoría social y la historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- ----- (2011). Historia ambiental: nuevas miradas y perspectivas en la historiografía argentina. En N. Blacha-Girbal y B. Moreira. *Producción de conocimiento y transferencia en las Ciencias Sociales*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- ----- y Salomón, A. (comps.) (2012). *Historia, política y gestión ambiental. Perspectivas y debates*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- ----- (2014). Argentina, tierra de promisión. Una interpretación historiográfica de las relaciones entre la historia rural y la historia ambiental. *Revista de Historia Iberoamericana*, 7, pp. 107-132. Recuperado de <https://revistahistoria.universia.net/article/view/303/argentina-tierra-promision-interpretacion-historiografica-relaciones-historia-rural-historia-ambiental->

Notas periodísticas

- Del Mazo, M. (13 de agosto de 2017). Cómo viene la mano. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/56188-como-viene-la-mano>
- Fernández Romeral, D. (11 de julio de 2016). Las notas que los militares no entendían. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-39399-2016-07-11.html>
- Frieria, S. (3 de noviembre de 2015). El hombre que iba al hueso de las frases. *Página/12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-37116-2015-11-03.html>
- Pérez, M. (27 de octubre de 2002). Qué se puede hacer salvo hacer revistas. *Página/12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-446-2002-10-27.html>
- Pérez, M. (1 de junio de 2014). Hablando de mi generación. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-9774-2014-06-02.html>
- Pérez, M. (4 de octubre 2015). El maquinista imaginario. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-10949-2015-10-10.html>
- Rial Ungaro, S. (20 de agosto de 2006). Hombre de ningún lugar. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-3187-2006-08-20.html>
- Romeral, D. F. (29 de enero de 2015). El rock fue una grieta que permitió hacerse preguntas. *Página/12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-34587-2015-01-29.html>
- Saccomanno, G. (8 de noviembre de 2015). Justificar la vida. *Página/12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-11034-2015-11-10.html>
- Sánchez, G. (2 de agosto de 2014). Miguel Grinberg: hay otro amor de primavera dando vueltas. Revista *Crítica*. Recuperado de <http://www.revistacritica.com/-miguel-grinberg-hay-otro-amor-de-primavera-dando-vueltas.html#prettyPhoto>

Fuentes

- Revista *Eco Contemporáneo* (1961-1969). Buenos Aires: Miguel Grinberg Ediciones.
- Revista *Expreso Imaginario* (1976-1983). Buenos Aires: Ediciones de la Ventana.
- Revista *Mutantia* (1980-1987). Buenos Aires: Ediciones: Psiconauta.

Tabla N° 1. *Expreso Imaginario.*

Mes	Año	Contenido
Agosto	1976	Guía práctica para habitar el planeta Tierra
		Un refugio humano
Septiembre	1976	Correo de lectores
		Ecología: la vida pierde la batalla
		Guía práctica para: puntos de partida para volver a gozar la sutil simplicidad de la vida
Noviembre	1976	Investigación de Diego Más Trelles: investigador ecológico
		Editorial
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
		Antártida contaminada
Diciembre	1976	La contaminación por especies
		La sensibilidad de las plantas
		Editorial
Enero	1977	Correo de lectores
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
Febrero	1977	Correo de lectores
		¿El hombre es solo un mecanismo bioquímico?
		Armas tóxicas: los nuevos jinetes del Apocalipsis
Julio	1977	Número aniversario
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
		Testimonios desde El Bolsón
Septiembre	1977	Energías para la vida
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
Octubre	1977	Guía práctica para habitar el planeta Tierra
		¡Crash! ¿Y si se rompe el equilibrio ecológico?

Noviembre	1977	¿Cuál es la verdadera biónica?
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
Enero	1978	Guía práctica para habitar el planeta Tierra
		Elefantes: el gigante sometido
Marzo	1978	El equilibrio se resquebraja: ¿qué pasa con el clima?
Junio	1978	Editorial
Agosto	1978	La ecología. Ese difícil equilibrio de la vida
Septiembre	1978	Hiroshima
Noviembre	1978	La contaminación invisible
Diciembre	1978	Carta abierta de Jacques Cousteau
		Jacques Cousteau, la última batalla
Enero	1979	Correo de lectores
Febrero	1979	El océano contaminado
		¿Te acordás de la naturaleza?
Abril	1979	“La naturaleza es mi maestra, mi ejercicio la vida”, Gary Snyder
		Animales, cuidado con la basura
Mayo	1979	Editorial
Junio	1979	Aerosol: un práctico, muy práctico, peligroso para la vida en el planeta
		Hiroshima: aniversario nuclear
Septiembre	1979	1° Congreso Interdisciplinario Del Hábitat
		Energía: Dejar Entrar El Sol
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra
Octubre	1979	Jóvenes ecólogos: regresando a las fuentes de la vida
Noviembre	1979	Los parques nacionales, refugios de la naturaleza
Diciembre	1979	La mujer keniana en la educación ambiental
Enero	1980	¿Te acordás de los animales? A Juan Schroder
		Guía práctica para habitar el planeta Tierra

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de *Expreso Imaginario*.

Tabla N° 2. Titulares de la Revista *Mutantia*.

Mes	Año	Contenido
Junio-julio (N° 1)	1980	"Matar o no matar"
		Diez profecías para la nueva década: Australia, cantera de Occidente
		La URSS: dividida por sus costuras
		Crisis energética resuelta
		Simposio Mundial Sobre La Humanidad
		Primera conferencia global sobre el futuro
		Carta abierta a los ciudadanos del planeta agua
		Radiación ionizante
		Persona planeta
		La amenaza de la guerra nuclear
		Desarrollo sin destrucción: Día Mundial del Medio Ambiente
		Cada cosa en su lugar: entrevista A Eduardo Rapoport
		Económico y elegante sistema solar
		Salvar las selvas tropicales
		Monopolios nucleares
		De la naturaleza a su tanque
		Energía solar para la guerra y la paz
Agosto-septiembre (N° 2)		The Ecologist
		Ser joven
		Alianza entre la ciencia y la conciencia
		Tropezando hacia la frugalidad
		El Apocalipsis según Livermore
		Una filosofía para el siglo XXI: las características de la ecofilosofía
		Abriéndole la puerta al Sol
		Grupo ecológico colombiano
		Los peligros del átomo

Noviembre-diciembre (N° 3)	1980	La próxima ola
		Las opciones terapéuticas blandas
		El monopolio occidental de la energía solar
		Las conexiones multinacionales: quién hace qué y dónde
Enero-febrero (N° 4)	1981	La sicro-fluencia
		Hacia una visión planetaria
		Primera aldea solar
		Polución sutil
		Precipitaciones radiactivas
Marzo-abril (N° 5)	1981	Una generación biosférica
		La Tierra pide clemencia
		Derechos nucleares: los mitos y las realidades
		La mafia de los pesticidas
		La ecología en la vida diaria
		Ciudadanos planetarios ayudando a unir a la familia humana
		Un manifiesto humano
Mayo-junio (N° 6)	1981	Armamentos o supervivencia
		Energía nuclear y Tercer Mundo
		A mis amigos "subdesarrollados"
		Apagón ambiental
Septiembre-diciembre (N° 8/9)	1981	Si atacaran Filadelfia
		Si las forestas se mueren, algo nuestro también se habrá extinguido
Enero-febrero (N° 10)	1982	Introducción al plutonio
Agosto (N° 11)	1982	La liberación de nuestro planeta
Diciembre (N° 12)	1982	Eco-ternura
		Corte de páldia
		La extracción de uranio nos amenaza

Abril (N° 13)	1983	¿Cómo definir al ecologismo?
		Somos huéspedes de la Tierra y debemos el alquiler
		La mujer y el futuro
Agosto (N° 15/16)	1983	Por la salvación del macá tobiano
		La vertical de Hiroshima
		El desafío ecologista
		Verde esperanza
		¿Qué pasa con el clima?
		Nuclear son la bomba y los desechos
Diciembre (N° 17)	1983	Democracia y otras intoxicaciones
		Argentina potencia nuclear
		Mortandad de peces
		Leucemia y cáncer en niños vecinos de una planta nuclear británica
Marzo/abril (N° 18)	1984	El día después
		Alternativas ecologistas, pacifistas y el Partido Verde en Alemania
Mayo (N° 19)	1984	Nace la red ecológica nacional
		Declaración del CEMA (1983)

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de *Mutantia*.



El movimiento ambientalista en Argentina

Construcciones discursivas, actores sociales e ideología (1960-1990)

En 1857 Marx escribía que, desde el principio, las relaciones del hombre con la naturaleza se establecieron mediante la acción. Sin embargo, la idea de la naturaleza estática no se transformó hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando tuvo lugar el avance de la crisis ambiental.

Con un lenguaje claro y preciso, Ayelen Dichdji analiza aquí diversas aristas sobre este tema, y se basa en el enfoque histórico-ambiental, cuyo eje es el discurso ambientalista, para discutir una lógica instrumental y hegemónica camuflada de desarrollo y progreso que atentan contra la naturaleza.

Dado que todo discurso evidencia una situación de comunicación, la autora selecciona publicaciones clave para analizar el origen del movimiento ambientalista argentino: las revistas *Eco Contemporáneo*, *Expreso Imaginario* y *Mutantia*, que confirman la afirmación de Said de que la cultura no es un rincón de convivencia armónica, sino una especie de teatro en el cual se enfrentan distintas causas políticas e ideológicas.